

ramente al bolsillo, desvaliéndole en la ancianidad, abandonándole á sus propias fuerzas, no sospechando que con ellas podía forjar y tenía ya en la forja nuevos aceros para combatirla.

De semejante situación moral comenzaban á hablar, cortantes como estocadas del maestro Pacheco de Narváez, ciertas letrillas que por la corte corrían de boca en oreja y que grandes y chicos repetían, unos riendo, otros con gravedad. Un momento hubo en que Cervantes pensó y pudo ser Góngora: pero pronto alzó el vuelo y siguió siendo él mismo.

CAPÍTULO L

LA PROTECCIÓN DEL CONDE DE LEMOS.—LA AMISTAD DE LOS ARGENSOLAS.—DOÑA MAGDALENA HACE TESTAMENTO

Sin ninguna confianza
vivo ocioso en mi cuidado,
pero en un desesperado,
¿de qué ha de haber esperanza?
¡Ay de mí! que nadie alcanza
aqueste despecho esquivo;
yo soy solo quien lo escribo:
yo solo soy quien lo siento:
él me tiene sin aliento,
ni bien muerto, ni bien vivo.

Ninguna cosa procuro,
porque ninguna deseo;
todo lo examino y veo
y de nada me aseguro.
Ni me quejo ni me apuro;
hállome sin resistencia
sufriendo, harta mi paciencia;
y en estado tal estoy
que por doquiera que voy
no soy más que una apariencia.

Pero por no andar conmigo
obro á veces tan acaso,
que ni siento lo que paso,
ni consiento lo que digo.
Téngome por enemigo
después que la causa dí;
si con causa me perdí,
ora de cuerdo ó de loco
dáseme de mí tan poco
que ni aun sé parte de mí...

El desesperado poeta que escribió estas décimas hipocondriacas, era ó estaba en condiciones para ser uno de los hombres más felices de la nación. Tenía treinta y tres años, estaba casado con la bella señora doña Catalina de la Cerda, hija del duque de Lerma, se llamaba D. Pedro Fernández de Castro, poseía cuantiosa fortuna y los más envidiables honores y títulos, entre ellos el que Cervantes inmortalizó: el de conde de Lemos.

Al cabo de los años mil volvía á tropezar Miguel con otro magnate melancólico á quien el desengaño de la corte hizo poeta. El hablar y tratar con el conde de Lemos, siquiera fuese en rápidas visitas, audiencias más bien, trajo á la memoria de Cervantes el recuerdo grato del duque de Sessa, su amigo y protector en Nápoles. A Nápoles iba también destinado Lemos después de largas gestiones, después de haber rechazado el virreinato de Nueva España, que se le ofreció, y de haberse retirado lleno de enojo á sus tierras de Galicia, para más hacer valer la necesidad de su talento, y de haber escrito, como esas décimas, otros muchos versos en que pintaba con colores retóricos sus desilusiones.

El conde de Lemos había tenido como secretario, siendo él marqués de Sarriá, á Lope de Vega. Parece probable que, salido Lope de la casa no volvió á reanudar con él las antiguas estrechas amistades. El conde de Lemos, no menos que de la corte estaba, pues, desengañado de los poetas cortesanos y no sentía por ellos esa ciega admiración propia de quien es incapaz de forjar un verso que suene bien, pues él mismo era discreto en saber comunicar sus tristezas. El logro de sus deseos, que en el virreinato de Nápoles se cifaban, no sacó de su alma elegante y soñadora la tristeza que en ella residía.

Vino á la corte á principios de 1610, muy endeble de salud y un tantico torcido de gesto. Aumentaba su mala disposición el disgusto que le producía cierto largo y enredoso litigio con el conde de Monterrey sobre el estado de Viedma. Agrióse aún más su humor con la inesperada muerte de su secretario D. Juan Ramírez de Arellano, en quien tenía puesta su confianza.

El conde de Lemos se encontró en la corte, metido en aventuras curialescas y sin secretario que le acompañase y resolviese

las dificultades comunes del vivir de un tan poderoso prócer. Estaba como un hombre á quien se le hubiese perdido de repente su mano derecha. Buscándola, buscándola, cayó en la cuenta ó alguien se lo indicó, de que nadie tan apropiado para la secretaría particular y para el cargo oficial de secretario de Estado y Guerra en el virreinato de Nápoles como aquel suave, mundano, correcto, limpio y edificante poeta Lupercio Leonardo de Argensola, que, cuando se cansase de los negocios el conde, podía distraerle y restaurarle con discretos, humanísimos y templadísimos versos de la fuente horaciana trasegados. ¿Qué más ni mejor podía esperar Lupercio Leonardo para la tranquilidad poética, que era el mayor de sus anhelos, junto con el sosiego burgués y burocrático de que muchas de sus poesías adolecen? No tardó en trasladarse á la corte acompañado de su hermano, el gordísimo clérigo y también poeta de la misma cuerda que él, llamado Bartolomé Leonardo. Para que en la familia hubiese de todo cuanto al conde pudiera agrandar y satisfacer, al secretario hombre de mundo y al clérigo poeta y de oronda y magnífica estampa, muy propia para honrar una casa ducal y acreditar su tinelo, acompañaba el chico de Lupercio Gabriel Leonardo de Albión, joven de veintidós años que á los quince ya era peritísimo en la lengua latina y no ignoraba la griega, juntando á estos méritos purísimas costumbres, "de mejor edad y de mejor padre digno" y el mérito, valioso en una corte, de poseer un memorió descomunado, pues le ocurrió muchas veces oír recitar diez décimas y repetirlas de corrido sin equivocarse en una tilde.

Los Leonardos eran la familia que convenía al conde para organizar en Nápoles una corte literaria, siguiendo la tradición española. No bien hablaron con él, le convencieron de la utilidad que traería á su buen nombre el llevar consigo unos cuantos poetas que solazasen y alegraran las aulas y atrajesen á ellas gentes de buena calidad, de aquellos descontentadizos y exigentes italianos, á quienes no se puede conquistar, sino por el arte. Debieron de cruzarse influencias y de emplearse intrigas numerosas para entrar en la lista de poetas del Virrey que los Argensolas, no sin consultarle, formaron.

Recurrió Miguel á la antigua amistad de Lupercio, y éste pareció atenderle y entenderle, y le habló con muy urbanas razones y le alentó con muy halagüeñas esperanzas. Por desgracia, el número de los elegidos estaba ya determinado. Se había escrito una primera lista, ya aprobada por el conde, y en ella figuraba el primero, *ufano, alegre, altivo, enamorado* el doctor Mirademesqua, ingenio tan grato á los Argensolas por su clara raigambre romana, más tibulina ó catulina que horaciana, para que ni asomo de competencia hubiese. Con él iban Gabriel de Barrionuevo, Antonio de Laredo y Coronel y Francisco de Ortigosa, escritores jóvenes y de última fila, bastantes á entretener los ocios del conde, sin hacer sombra á los Leonardos.

Poco olfato se necesitaría para no comprender que, ni acudiendo á tiempo ni á destiempo, hubiera encontrado Cervantes apoyo en los dos hermanos. Ambos tenían la suficiente finura de percepción para traslucir y reconocer en su fuero interno, aunque tal vez ni el uno al otro se lo confesase, que Cervantes era mucho hombre y mucho escritor para llevado consigo, y aun cuando le vieran á la sazón pobre y humilde, solicitante y menesteroso, bien se les alcanzaba que, viéndose en Nápoles, él habría de alzarse con la mayoralía de aquel cotarro, tanto por lo que á las letras tocaba, cuanto por lo que al trato y experiencia del mundo, y más aún de Italia, se refería.

Grande fué la tristeza de Miguel, viendo que sus humildades y rendimientos no hallaban lugar en el pecho de sus sedicentes amigos: tan grande como fuera alegre su esperanza de volver á la amada Parténope, pisar sus ruas, gozar de los dulzores de su trato y amabilidad. Esta amargura le acongojó la vejez, aun cuando en la disfrazada negativa de los Leonardos viese un reconocimiento tácito de cuán superior á ellos le creían: que nunca había visto Cervantes, como no vió Goethe, albergarse ratones en los trojes vacíos.

No por repetido debe dejar de recordarse el lugar del *Viaje del Parnaso* en que, con el corazón en la mano, mienta este desagradable asunto:

Mandóme el del alígero calzado
que me aprestase y fuese luego á tierra
á dar á los *Lupercios* un recado,

En que les diese cuenta de la guerra
temida y que á venir les persuadiese
al duro y fiero asalto, al cierra cierra.

— Señor — le respondí — *si acaso hubiese
otro que la embajada les llevase
que más grato á los dos hermanos fuese*

Que yo no soy, sé bien que negociase
mejor. — Dijo Mercurio: — No te entiendo
y has de ir antes que el tiempo más se pase.

— *Que no me han de escuchar estoy temiendo* —
le repliqué — si ya el ir yo no importa.
puesto que en todo obedecer pretendo,

*Que nõ sé quién me dice y quién me exhorta
que tienen para mí, á lo que imagino,
la voluntad, como la vista, corta,*

*Que si esto así no fuera, este camino
con tan pobre recámara no hiciera,
ni diera en un tan hondo desatino,*

*Pues si alguna promesa se cumpliera
de aquellas muchas que al partir me hicieron,*
lléveme Dios si entrara en tu galera.

Mucho esperé, si mucho prometieron,
mas podrá ser que ocupaciones nuevas
les obligue á olvidar lo que dijeron.

Muchos, señor, en la galera llevas
que te podrán sacar el pie del lodo.
Parte y excusa de hacer más pruebas,

— Niguno — dijo — me hable de ese modo,
que si me desembarco y los embisto,
voto á Dios que me traiga al conde y todo.

*Con estos dos famosos me enemisto
que habiendo levantado á la poesía
al buen punto en que está, como se ha visto.*

Quieren con perezosa tiranía,
alzarse, como dicen, á su mano,
con la ciencia que á ser divinos guía.

Por el solio de Apolo soberano
juro... y no digo más. — Y ardiendo en ira
se echó á las barbas una y otra mano.

Y prosiguió diciendo: — *El doctor Mira*

apostaré, si no lo manda el conde
que también en sus puntos se retira...

Cuatro años duraron, según se ve por estos versos escritos en 1614, las esperanzas que Miguel tuvo de volver á pisar las calles napolitanas. Fábula eran, de los mentideros de Madrid, sus pretensiones, como las de Góngora, Cristóbal de Mesa y otros desechadas: pero más prudente ó menos desesperado que los otros, no se quejó de ello sino pasados cuatro años y en la mesurada forma que se ha visto. Góngora, en un soneto formidable dió á entender su despecho:

El conde mi señor se va á Napóles
y el duque mi señor se va á Francia.
Príncipes, buen viaje, que este día
pesadumbre daré á unos caracoles.

Como sobran tan doctos españoles
á ninguno ofrecí la Musa mía...

lo cual no era cierto, pero el genio no le dejaba á Góngora la paciencia que largamente otorgó á Miguel, por lo mismo que era Cervantes más desgraciado, pues sus pesadumbres eran reales y efectivas, no imaginadas como las de Góngora: así era Cervantes un escritor robusto y sano y Góngora un neurasténico de dos mil demonios.

Por fin, el 17 de Mayo de 1610, el conde de Lemos, con su acompañamiento de poetas asalariados, salió de la corte para saludar á los reyes que en Lerma se hallaban, huéspedes de su favorito, y embarcar en Vinaroz.

Antes que saliese debió de hablarle Miguel de las *Novelas ejemplares*, y darle á entender que estaba acabando y corrigiendo algunas de ellas para dedicárselas. ¿Quién no conoce cómo el nombre de ejemplares y la insistencia en marcar que tienen "misterio escondido que las levanta," responden al propósito de Miguel, á cuya grandísima experiencia del mundo no podía ocultarse que los grandes señores, príncipes y gobernantes, gustan sobremanera de que haya en sus lecturas un punto de didáctica y de aplicación moral y política? Pensadas fueron algunas de ellas para el prudente y previsor cardenal D. Fernando Niño de

Guevara: no parecerían mal para un hombre político encargado de misión tan importante y difícil como gobernar el virreinato de Nápoles.

Si en *El amante liberal*, *La española inglesa*, *La señora Cornelia* y *Las dos doncellas* se limitaba á novelar á la italiana, aunque, claro está, alzando á veces el vuelo de la trivialidad usual en los *novelieri*, en *Rinconete y Cortadillo* ofrecía á la consideración del gobernante un estudio de vicios y malas costumbres locales de Sevilla, pero aplicables á la Sevilla de Italia, á Nápoles; en *La Gitanilla*, *La fuerza de la sangre*, *La ilustre fregona*, *El casamiento engañoso* y *El celoso extremeño*, mostraba arcanos repliegues del corazón femenino, muy sabrosos y útiles de conocer para quien, si ha de mandar en los hombres, necesita saber cómo suelen gobernarlos las mujeres: y por fin, en el *Coloquio de los Perros* y en *El Licenciado Vidriera*, se levantaba á una grandiosa consideración filosófica del mundo entero, y, como dice con gran acierto el señor Icaza, en la segunda proponía y esculpía sus *apotegmas*, dejando en ella consignado, en forma sentenciosa, cuanto los afanes y contratiempos de su vida le enseñaran, y anticipando en la figura del loco Vidriera la imagen del superhombre, que todo filósofo anhelante de conquistar mejores y mayores mundos al espíritu ha traído siempre en las mientes. Sin la honda meditación y la potente originalidad del licenciado Vidriera, en que Cervantes, como Fausto, se presenta cual un viejo eternamente joven, apenas sería posible concebir el arte supremo de la segunda parte del *Quijote*. Las verdades las ven claras, y claras las dicen los locos y los niños. Cervantes acertó más que nunca á ver el mundo cuando lo miró con ojos de loco, y los ojos del licenciado Vidriera son el intermedio necesario para pasar de la visión del primer Quijote á la del segundo, tanto más grandiosa cuanto más sencilla.

Embebecido en estas ideas andaba Cervantes, sin que por eso dejara de atender al espectáculo de la realidad chica y menuda. No podemos creer que las comedias llamadas de la segunda época, *Los baños de Argel*, *El gallardo español*, *La gran sultana*, *La casa de los celos y selvas de Ardenia*, *El laberinto de amor*,

El rufián dichoso, *La entretenida*, el sainete largo *Pedro de Urde-malas* y los entremeses *La elección de los alcaldes de Daganzo*, *El rufián viudo*, *El juez de los divorcios*, *El viejo celoso*, *La guarda cuidadosa* y *El vizcaíno fingido*, sean muy anteriores á lo mejor de las novelas ejemplares: pero puede tenerse por seguro que hay dos entremeses, por lo menos, *La cueva de Salamanca* y *El retablo de las maravillas*, en donde la percepción filosófica, oculta bajo una ficcioncilla bufonesca, es la de un hombre de sesenta años, que no sólo conserva el bello humor de la mocedad, pero le mejora con las gracias que comunica la experiencia, y con la dulce ironía sólo á los hombres probados accesible: esa ironía de la plata que se desdora, de los ojos que se aclaran, de los labios que se sumen por la falta de dentadura, de la boca que ríe y no muerde, ó si muerde no hace daño.

En estas imaginaciones pasaban para Cervantes las horas y los días de una existencia cansada y monotoná. Quizás sus antiguas visitas á los libreros las alternó con sabrosas paradas en el mentidero de representantes, por vivir entonces Miguel allí mismo, en la calle del León, enfrente del panadero Castillo. Su casa no debía ofrecerle grandes atractivos ni alicientes. Doña Magdalena, cada vez más sumergida en sus beatitudes, arrastró á doña Catalina, quien asimismo profesó en la Venerable Orden Tercera, y vistió su hábito el 27 de Junio de 1610. Los dos hábitos franciscanos de aquellas dos buenas señoras aumentaban la cenicienta melancolía en la casa de la calle del León, que nunca fué de las más alegres de la corte. Sólo la juventud de doña Constanza, su sobrina, alegraba un poco el hogar.

Un día del otoño de aquel año, Doña Magdalena, á quien, sin duda, acechaban continuamente las añoranzas de sus amores pasados y el temor de la muerte, propio de quien profesa como idea única la de salvarse, fué con su hermano á casa del notario Gerónimo López, deseosa de hacer testamento. Por esta interesantísima escritura se viene á averiguar otras dos relaciones de Doña Magdalena con sendos caballeros mozos y nobles, D. Fernando de Ludeña y D. Enrique de Palafox. Novela ejemplar puede llamarse la contenida en estas líneas del testamento:

“Item: declaro que D. Fernando de Ludeña me debe trescientos ducados, prestados siendo mozo soltero, y después de casado con Doña Ana María de Hurbina, su mujer, yo los fuy á pedir delante de la dicha Doña Ana, y por entonces, por no henojar á la dicha su mujer, diciendo los debía, no me los confesó deber, y después, habiendo ydo á su casa otra vez en razón del dicho débito, en presencia de la dicha Doña Ana María y de un sobrino suyo, diciendo que si no quería yo házer una zédula que me pedía en que yo confesase que no me debía nada, el dicho Don Fernando de Ludeña me amenazó muchas veces, diciendo que no me daría nada en su vida si no hazía la dicha zédula *y á solas me dixo que me prometía mientras él viviese de darme todos mis alimentos*, y que si yo le alcanzaba de vida, me dexaría con qué viviese, y debaxo de la dicha promesa le hize zédula en que declaré no deberme nada, lo qual hize contra mi voluntad, y así declaro debajo de mi conciencia quedarme á deber los dichos trescientos ducados. Mando que mis testamentarios los cobren, á lo menos se lo digan, y le encarguen la conciencia, pues sabe que es verdad..”

La naturaleza y fundamento de esta deuda no era, sin duda, la misma por la cual anduvo Doña Magdalena, cuando joven, en pleitos con los Portocarreros y con Juan Pérez de Alcega. Al don Fernando de Ludeña lo nombra Miguel en el *Viaje del Parnaso*:

Otros de quien tomó luego reseña
 Apolo, y era dellos el primero
 el joven *Don Fernando de Ludeña*,
 Poeta primerizo, insigne empero,
 en cuyo ingenio Apolo deposita
 sus glorias para el tiempo venidero.....

Raro es, pero así ocurrió, que subsistiendo la deuda, prosiguiese la amistad, pues al frente de las *Novelas ejemplares*, entre otros versos del marqués de Alcañices, de Fernando Bermúdez Carvajal y de Juan de Solís Mejía, gentil-hombre cortesano, va un soneto regularcillo de Don Fernando de Ludeña, que empieza:

Dejad, Nereidas, del albergue umbroso

y acaba

Que cuando no lo fuera para Apolo,
hoy se hiciera laurel, por ver ceñida
á Miguel de Cervantes la cabeza.

Donde se ve la paga del D. Fernando en buenas palabras, ya que no en dineros.

No menos interesante debía de ser la historia cuyas consecuencias se advierten claras en esta manda del testamento de Doña Magdalena:

“Item: mando asimismo á la dicha Doña Constanza sesenta y cuatro ducados de dos panyaguas que me dió Don Enrique de Palafox, caballero del hábito de Calatrava, que los ha de haber en virtud de la merced de Su Magestad, del pan y agua que se da á los dichos caballeros, para que en mi lugar la dicha Doña Constanza los haya, de que me tiene dado poder el dicho Don Enrique.”

Era este un caballero aragonés, natural de Ariza, hijo de don Enrique y Doña Ana de Palafox, perteneciente á la más rancia nobleza del reino. ¿Por qué hizo esa merced á Doña Magdalena? ¿Se le hizo, tal vez, en consideración á su sobrina Doña Constanza? No se sabe, pero novela ejemplar hay aquí, según todos los indicios.

Importa mucho este documento, porque en él se vé cómo Miguel y su familia estaban desengañados respecto de doña Catalina de Salazar y la suya. Doña Magdalena deja todos sus bienes futuros y actuales á su sobrina doña Constanza de Figueroa, la única alegría de la casa. En el mismo día y en el acto, Miguel cede á doña Constanza los derechos que le corresponden á la herencia de su hermano el alférez Rodrigo de Cervantes, muerto en las Dunas, y á quien se debía aún una gran cantidad por sus sueldos. Se vé la unión fraternal que había entre Miguel y doña Magdalena y el cariño que á su sobrina profesaban: se vé también que Miguel, conecedor ya del testamento hecho por su mujer doña Catalina ocultándoselo á él, correspondía, y ocultándoselo á ella, regalaba á su sobrina y no á su mujer la parte de herencia que podía pertenecerle, los únicos bienes que aún esperaba. De igual modo se advierte el absoluto olvido en que Miguel deja á su hija

doña Isabel de Saavedra, con quien estaba entonces desavenido, por causa de su yerno Molina.

Llegados los sesenta y tres años, el horizonte iba cerrándosele á Miguel. Casi no le quedaban amores en el corazón; casi no le quedaban esperanzas. Las comedias y las *Novelas ejemplares* y hasta el mismo *Quijote* dormían á ratos: tal vez meses enteros iban cubriendo de polvo sus hojas.

A últimos de 1610, Miguel y doña Catalina se trasladaron á Esquivias. Al divisar las lomas del lugar de su mujer, Miguel sentía el corazón amargo como las verdes aceitunas nuevas que en los olivares comenzaban á engordar: amargo como las verdes retamas que se erguían en las laderas.

CAPÍTULO LI

MIGUEL EN ESQUIVIAS.—LAS NOVELAS EJEMPLARES.
LA ACADEMIA DE PASTRANA.—BODAS REALES

Desde el huerto de los Perales al majuelo del camino de Seseña, paseaba Miguel sus sesenta y cuatro años, sin que las desilusiones minasen su eterno buen humor. Algunos achaques del corazón gastado le decían que la vejez estaba allí en su compañía, pero cierto que no con sus naturales pensiones de avinagramiento y desigualdad del carácter. Viviendo en Esquivias al amparo y con las rentas que satisfacía Francisco de Palacios, el buen clérigo que ya tenía por cosa propia los bienes de doña Catalina, y sin más conversación ni sociedad que la de los Ugenas y la de los Quijadas, amigos y parientes de la familia, no se amilanó ni se achicó el ánimo de Cervantes. Como era ante todo hombre, antes que literato, no experimentó entonces ni nunca el mal de la literatura, esa especie de diátesis ó vicio de la sangre que mueve á muchos escritores á vivir entre escritores solamente y á no interesarse en otros asuntos que no sean de versos, novelas ó dramas y á aburrirse y hastiarse con la conversación de los que ellos llaman hombres vulgares: ni participaba del *odio al burgués*, que hoy suele aquejar á cuantos tienen pluma ó pincel entre las manos.

Rebelde era el espíritu de Cervantes para las grandes injusticias del mundo, para aquellas que hacen garra y tienen raíz en lo más hondo de la naturaleza humana, nunca para las pequeñas desigualdades ó los menudos inconvenientes de la sociedad constituida. Don Quijote pelea con gigantes, no con gente villana y

de humilde ralea. Don Quijote es rebelde contra la injusticia, el desafuero y la soberbia que oprimen á la humanidad, y en este concepto, no sólo es revolucionario, sino anarquista en el excelente sentido de esta palabra, pues desea que nunca prevalezca la maldad y que los hombres vuelvan á las dulzuras y bienandanzas de la edad de oro, por él mejor y más elocuentemente pintada que todas las utopías, Ciudades del Sol y Sociedades futuras por los grandes soñadores antiguos y modernos forjadas: pero, en cuanto á la marcha externa y actual de la vida, es Don Quijote conservador y amigo de que no se corte, sino lo corrompido, ni se altere ó derogue, sino lo mal usado. Por eso Cervantes, aunque víctima de la mezquindad y pequeñez de alma de su cuñado y de sus convecinos, vivía contento con ellos, atendía benévolo á sus cortas y simples razones y entre ellos encontraba siempre algo aprovechable.

“No es malo ser poeta — pensaba y ponía en boca del paje de *La gitanilla* — pero el ser poeta á solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre”, y pensándolo así, consolábase Miguel en sus paseos solitarios por la campiña toledana, solo con su poesía, porque esta “bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda y retirada... es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran”, y si “parece que es pobrísima y tiene algo de mendiga”, y es certísimo que “no hay poeta que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear la que no tiene”, como Cervantes podía acreditar con el ejemplo de su vida, también es verdad que “no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado: filosofía que alcanzan pocos”. Así, cuando más apurado y pobre se veía, siempre pensaba Miguel como la gentil Preciosa: “Tengo yo un cierto espiritillo fantástico acá dentro que á grandes cosas me lleva”, y cuando algunos de sus convecinos, hombres para quienes el mundo se contenía en los linderos de este olivar ó de aquella loma y podía recorrerse y ararse todo con una besana larga, pensaban ser más expertos y

avisados que él, Miguel meditaba y reía á sus solas, como quien ha visto mucho, mucho y sabe que "no tiene otra cosa buena el mundo sino hacer sus acciones siempre de una misma manera, porque no se engaña nadie sino por su propia ignorancia," como decía el dolido Ricardo en *El amante liberal*, y no ignora que "las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos," como argüía el licenciado Vidriera.

Con todo esto, dormía mucho y bien, siguiendo el consejo del mismo licenciado para remediar ó evitar el mal de la envidia. "Duerme—pensaba—que todo el tiempo que durmieres serás igual al que envidies," y no dejaba de darse sus atracones de lectura ni de consagrar tiempo á la meditación piadosa, porque creía, como los padres de Leocadia, en *La fuerza de la sangre* que "sobre la sabiduría y la virtud no tienen jurisdicción los ladrones ni lo que llaman fortuna". No se le daba gran cosa de su pobreza además, porque siempre recordaba que la mayor cantidad de dinero que en sus manos hubo no era suya y por habérsela entregado torpemente al tal Simón Freyre de Lima, le había valido más disgustos, cárcel, procesos y declaraciones que todas sus estrecheces y miserias, pero al propio tiempo no dejaba de pensar que las desazones á esta última causa debidas eran en él perdurable usufructo por sus días y así reflexionaba, como *el celoso extremeño* que "tan pesada carga es la riqueza al que no está usado á tenerla ni sabe usar de ella como lo es la pobreza al que continuo la tiene. Cuidados acarrea el oro y cuidados la falta dél, pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad y los otros se aumentan mientras más parte se alcanza," y aun cuando en ratos de mal humor juzgaba que los dichos y pensamientos de los pobres no tienen eco ni utilidad, porque el sabio perro Cipión dijo que "nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fué admitido," y que "la sabiduría en el pobre está asombrada, que la necesidad y miseria son sombras y nubes que la oscurecen y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio," y su coloquiante el perro Berganza certificó "que al desdichado, las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra," acogíase al prudente re-

medio de su filosofía sin dar gritos, hacer aspavientos ni proferir quejas, escribiendo aquello de que "cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, ó se acaban presto con la muerte ó la continuación dellas hace un hábito y costumbre en padecellas que suele en su mayor rigor servir de alivio". Con estas y otras reflexiones que iba intercalando en el texto de las *Novelas ejemplares* templaba el desabrimiento y la inseguridad de su situación, si por acaso estas eran cosas que le aconsejasen de veras.

Si al componer la primera parte del *Quijote*, conocía él que estaba haciendo un libro inmortal, *único y sólo*, al aderezar y rehogar las *Novelas ejemplares*, ya compuestas en fechas y ocasiones distintas, bien se le alcanzaba que estas narraciones habrían de entretener al mundo entero, y al mismo tiempo no dejaba de pensar en la tercera salida del caballero de los Leones, ni de imaginar á cuánto estaba obligado su ingenio para que la segunda parte respondiese ó sobrepujase á la primera y al valor y mérito de las *Novelas ejemplares*.

Apaciguados los sinsabores domésticos, aceptada por Cervantes con singular grandeza de alma la situación en que la familia de su mujer le había colocado, como si un hombre insignificante y para poco fuera, aún hubo necesidad de que á principios de 1612 firmase doña Catalina otro nuevo documento, repitiendo la partición de bienes hecha y cediendo ó regalando á su hermano Francisco de Palacios la mejora del tercio y quinto que á ella le pertenecía, en atención á que el astuto clérigo había pagado los censos y obras de dichos bienes. Y para mayor irrisión, en esta escritura aparece una vez más hipotecado al cumplimiento de ella el pequeño majuelo del camino de Seseña (cuatro aranzadas y media, es decir, poco más de mil cepas y hasta un centenar de olivas) único bien que en caso de morir doña Catalina había de tocar á Cervantes. ¿Era este el amor entrañable y solícito, era esta la ternera y blandura de corazón que algunos biógrafos ponderan en la mujer del grande hombre?

En estas cavilaciones pasó todo el año de 1611. Durante él, la desavenencia de Cervantes con su yerno Luis de Molina, cre-

ció considerablemente. En 17 de Septiembre, Luis de Molina, que había regañado con el secretario Juan de Urbina por ciertos negocios mal proyectados por el uno y peor realizados por el otro, pidió ante el juez ó alcalde Ramírez Fariñas que Cervantes y Urbina hiciesen efectivos los dos mil ducados ofrecidos en las capitulaciones matrimoniales de doña Isabel de Saavedra. En 29 de Noviembre, el generoso Juan de Urbina pagó la mayor parte de la cantidad, esto es, diecinueve mil reales, á las veinticuatro horas de ordenada la ejecución judicial, y Molina se dió por satisfecho y pagado de ellos y de los tres mil reales que restaban. Claro está que Urbina pagó esta cantidad de su bolsillo, pues no hay que pensar á Cervantes en disposición de hacerlo. El compromiso moral creado por este noble proceder de su amigo Juan de Urbina, obligó á Cervantes á buscar medio de remunerarle ó resarcirle en alguna manera de tan importante sacrificio pecuniario.

Vino Miguel á Madrid, volvió á frecuentar las librerías, á buscar la compañía y trato de los escritores famosos. Había conocido años antes, cuando vivía en la calle de la Magdalena, á dos caballeros mozos, muy gentiles poetas y valientes soldados, que se llamaban Don Diego y Don Francisco de Silva y pertenecían á la casa de Pastrana, siendo, por tanto, vecinos de Cervantes. Del Don Francisco dijo en el *Viaje del Parnaso*:

Este gran caballero que se inclina
á la lección de los poetas buenos
y al sacro monte con su luz camina
Don Francisco de Silva es, por lo menos,
¿qué será por lo más? ¡Oh, edad madura
en verdes años de cordura llenos...

Fundó este gentilhomme en el propio palacio de Pastrana una Academia llamada *Selvaje*, á la cual asistían los más floridos ingenios de España. Otras Academias, cenáculos y parnasillos habría en la Corte, pero ninguna tan lucida como la de la casa de Pastrana. En ella, como en todas partes, llevaba la voz y no admitía réplicas ni rivales un académico, mejor sería decir, un hombre torencial é impetuoso que todo lo dominaba: Lope de Vega Carpio.

Sucedió que por casualidad ó adrede se encontrara Cervantes con su amigo D. Francisco de Silva, y éste le invitó á que asistiese á algunas reuniones de su Academia. Allá fué, con sus achaques y sus desengaños Miguel y presencié las disputas literarias que enzarzadas solían parar en gresca y tremolina. El 2 de Marzo de 1612, escribía Lope de Vega al duque de Sessa: «Las Academias están furiosas: en la pasada se tiraron los bonetes dos lizenziados: yo leí unos versos con unos anteojos del Zervantes que parecían huevos estrellados mal hechos...» En estas cortas frases no es necesario ser muy suspicaz para ver claramente que si Lope se había reconciliado con Miguel no le apreciaba nada. *El Zervantes* seguía no siendo santo de su devoción. Quizá había leído Cervantes algunas de las *Novelas ejemplares* en la Academia de Pastrana: quizá había hablado una vez más de sus comedias. Lope era absoluto, único, como casi todos los hombres de genio. Podía conceder que Cervantes tuviese un gran talento, que fuese un poeta más versado en desdichas que en versos, pero no toleraba, no aguantaba que pudiese hacerle sombra un día ú otro y no se ha de creer que otros chicos y cicateros motivos impulsaban á Lope, á quien aún no habían tocado en el alma las primeras chispas del arrepentimiento humano, leña que alzó muy fuerte y súbita llama y que muy pronto se consumió. No: Lope era sólo, por su estilo y en su manera. Lope era el monstruo de la Naturaleza. Lope gozaba de la popularidad que él mismo había despertado, Lope había sacudido, agitado y hecho saltar muchos miles de corazones, y ejercía el mero y mixto imperio en los nervios de todas las mujeres de España. Privilegios son estos que no se comparten. No, si no proponedle á un emperador ó á un rey que entreguen á otro la mitad de su corona y de su poderío, aunque crean y sepan que vale más que ellos. El odio de Góngora y su enemistad podían irse bandeando y trampeando con cuatro letrillas, sonetos y migajas de conversaciones epigramáticas. El crecimiento de la personalidad de Cervantes, cuyo nombre y cuyo pensar más lentamente, pero con mucha más seguridad y profundidad que el de Lope en sus obras dramáticas y líricas, iban conquistando el ánimo del público y no de este ó de aquel, sino

de todos, grandes y chicos, no era un hecho despreciable para Lope.

No volvió éste á decir mala palabra de Cervantes, sino que le elogió cuanto pudo, con urbanidad pero sin entusiasmo. La ojeriza que le tuvo cuando joven se había cambiado en simple prevención muy justificada. Mirémoslo hoy desapasionadamente y aún nos parecerá caso increíble que dos hombres tan grandes viviesen al mismo tiempo como que dos soles al par alumbrasen á la tierra: y aún creeríamos esto y veríamos á los dos soles frente á frente, pero lo que no cabe en los términos de lo humano es que no tuviesen celos uno de otro.

Si no los hubiesen tenido Cervantes de Lope y Lope de Cervantes, hubieran dejado de ser hombres y no siendo hombres, siendo solamente literatos ó poetas, ya los habríamos olvidado, como empezamos á olvidar á Góngora, á pesar de ser, como poeta, el más grande, el más fino, el que más variedades arcanas de belleza ha revelado, el que ha logrado estimular mayor número de sensaciones, el que más ha enriquecido el diccionario y la sintáxis, el más obscuro cuando quiere y el más claro cuando se le antoja. Por hombres, no por poetas, se salvan del olvido y en los siglos descuellan Cervantes y Lope y de hombres es el odio pasión fecunda, bien mirado, más fecunda que el amor para la producción intelectual. La agridulce referencia de Lope *al Zervantes* muestra con toda claridad lo que hoy día llamamos un estado de alma respecto de Miguel: y asimismo prueba cuánto había crecido la consideración de que éste gozaba.

En tanto Cervantes trataba con Francisco de Robles la venta de las *Novelas ejemplares* y cuidaba de su impresión y corrección, nuevos y grandes sucesos agitaban á la corte, y antes que en ninguna parte eran conocidos en el palacio de Pastrana, como que el jefe de la casa, el príncipe de Mélito, duque de Pastrana y de Francavila estaba encargado nada ménos que de trasladarse á París, para acordar y ajustar el casamiento del príncipe heredero D. Felipe, después Felipe IV, con la princesa Isabel de Borbón, hija mayor del difunto Rey de Francia Enrique IV y de su mujer la reina María de Médicis. Al propio tiempo llegaba á Madrid el

duque de Mayenne ó de *Umena*, como le llamaron los madrileños, con granada comitiva, para ajustar asimismo la boda de la princesa primogénita de Felipe III, doña Ana de Austria con el nuevo Rey de Francia, Luis XIII. El 20 de Agosto se firmaron simultáneamente en París y en Madrid las estipulaciones de ambos matrimonios.

Grande fué la alegría en Francia y en España, no chicos los celos en Inglaterra. Desde entonces arrancan las poco provechosas simpatías de los españoles para los franceses como de bastantes años antes el funesto odio á Inglaterra. No fué posible entenderse con Francia en los tiempos de aquel gran Rey Enrique IV, que siempre olía un poco á azufre, y este tufillo no lo podían soportar las escurialenses narices: ni Enrique IV veía con buenos ojos á un Rey y á una nación que habían expulsado cruelmente, rápidamente, radicalmente, brutalmente á los moriscos, como gustan de realizar las malas ideas los gobernantes españoles, á quienes siempre complació más un momento de arbitrariedad popular que diez años de buenas, pequeñas, lentas y útiles reformas.

Pero, muerto Enrique IV, y reemplazado su olor de azufre diabólico por el santo olor á cirio y á incienso que el apocado, beato y gurrumino Luis XIII se complacía en olfatear tanto como el gurrumino, beato y apocado Felipe III, no hubo dificultades para que España y Francia se entendieran. Francia comenzaba á copiarle á España su literatura y su gobierno. Las ficciones de nuestros novelistas y dramaturgos eran aderezadas y servidas con la picante salsa francesa para regalar los paladares de damas y caballeros de Luis XIII: imitaba este monarca también á nuestra corte en sus peores usos. Enrique IV no había tenido favorito, como no lo tuvo nuestro Felipe II. Luis XIII tuvo favoritos, como los tuvo Felipe III. El concepto y la práctica del régimen monárquico y aristocrático iban transformándose en Francia como en nuestro país.

De todos los preparativos, fiestas y regocijos motivados por la amistanza entre españoles y franceses, ninguno impresionó tanto á Cervantes, como la noticia que tuvo por relación en prosa que

imprimió un D. Juan de Oquina, del magnífico torneo celebrado en Nápoles el 17 de Abril, y cuyo cartel firmaban como mantenedores *los cavalleros del Palacio encantado de Atlante de Carena*, que eran, el primero el conde de Villamediana, D. Juan de Tasis,

este varón en liberal notable,
 que *una mediana villa* le hace conde
 siendo rey en sus obras admirable
 este que sus haberes nunca esconde,
 pues siempre los reparte ó los derrama
 ya sepa adonde ó ya no sepa adonde,
 este á quien tiene en tan en fil la fama
 puesta la alteza de su nombre claro
 que liberal y pródigo le llama...

El segundo,

... el mancebo generoso
 que allí descende de encarnado y plata,
 sobre todo mortal curso brioso,
 es *el conde de Lemos*, que dilata
 su fama con sus obras por el mundo
 y que lleguen al cielo en tierra trata...
 El *duque de Nocera*, luz y guía
 del arte militar es el tercero
 mantenedor deste festivo día.
 El cuarto, que pudiera ser primero
 es de *San Telmo* el fuerte castellano,
 que al mesmo Marte en el valor prefiero.
 El quinto es otro Eneas el troyano,
Arrociolo que gana, en ser valiente
 al que fué verdadero por la mano...

Aunque se equivocara Cervantes, como el diligente Benedetto Croce ha demostrado y confundiera al duque de Nocera con el caballero calabrés Donato Antonio di Loffrado, duque della Nocera y á un Arrociolo con D. Troyano Caracciolo, por ser éstos dos jóvenes italianos á quienes no conocía, bien claro da á entender cómo se le hizo la boca agua, al oír contar ó leer la caballeresca función, el teatro y máquina que á costa del noble don

Juan de Tasis trazó el Arquitecto é Ingeniero mayor del Reino de Nápoles Julio César Fontana, ahijado del célebre Dominico, y cuyas obras de maquinaria escénica se admiraron diez años más tarde en los jardines de Aranjuez.

Era un monte alto de sesenta palmos, hórrido y alpestre, en cuya cumbre se alzaba el palacio del mago Atlante en la misma forma y hechura en que lo describe Ariosto en el *Orlando*, y en él se veían selvas espesísimas y cavernas hondas... Pelearon como buenos los caballeros, y la fiesta se completó con otras muchas de comedia y farsa, de las que ordinariamente se celebraban en el palacio del Virrey, y en las que, según cuenta el *desengañado* Diego Duque de Estrada, tomaban parte los individuos de la *Academia de los Ociosos*, por el conde de Lemos establecida para que nada faltase en su palacio, sin que se desdeñara el gordo rector Bartolomé Leonardo de vestirse ridículos atavíos femeniles y de hacer bufas contorsiones para risa de damas y caballeros: cosa, ¡nótese bien! á que no quiso llegar aquel buen Pedro Pérez, el cura del *Quijote*, alegre y desenfadado como el que más, pero harto digno para no arrepentirse en cuanto una vez se le vino á las mientes vestirse faldas, aun cuando era con el laudable propósito de desengañar á Don Quijote. Ya sabían, ya sabían lisonjear y ser cortesanos *los Lupercios*, tan rígidos censores de los vicios de su época, y bien se vé, que si Cervantes hubiese ido á Nápoles con el conde de Lemos, los Lupercios le habrían puesto de lado ó le habrían reembarcado para España.

A estos pensamientos y á estas dulces remembranzas de la amada Nápoles, venían á juntarse en el ánimo de Miguel las noticias de que el conde iba á publicar ó había publicado á sus expensas multitud de libros originales de escritores cortesanos suyos, entre ellos la nueva traducción de Tansilo *Lágrimas de San Pedro*, por Fray Damián Alvarez, el *Tratado de la Música théórica y práctica*, de Pedro Cerón y la curiosísima obra *Varias aplicaciones y transformaciones*, por el alférez D. Diego de Rosell y Fuenllana, en elogio del cual compuso Cervantes dos sonetos.

El pensamiento de Miguel vagaba de Madrid á Nápoles. El

rojo incendio de la inmortal ciudad al ponerse el sol todas las tardes se le antojaba al viejo autor que aún le relucía en sus ojos cansados de présbita. Y con aquella luz en las pupilas ó en la mente escribió esa breve obra maestra que se llama el prólogo de las *Novelas ejemplares*, donde legó á la inmortalidad su retrato, diciendo: "Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies: este digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* y del que hizo el *Viaje del Parnaso...* y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño; llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra..."

CAPÍTULO LII

VISITA Á ALCALÁ DE HENARES.—LA CASA Y EL CAMINO.—EL
VECINO LOPE —CERVANTES, INGENIO DE ESTA CORTE

En el verano de 1613, no se sabe por qué ni para qué, estuvo Miguel en Alcalá de Henares. No encontró allá parientes ni amigos. En Alcalá de Henares había muchas más cosas en qué pensar que en si había allí nacido un poeta que no era Lope. La ciudad había variado no poco de aspecto y manera de vivir. Los desórdenes y osadías de los estudiantes crecieron y se hicieron consuetudinarios.

Leed, no la grave *Historia de las Universidades*, del académico Sr. Lafuente, sino *La vida del buscón Don Pablos*, y decidme si es posible que en Alcalá se conservaran la disciplina ética y el respeto social necesarios para que la Universidad hiciese una labor fecunda. Como consecuencia de la zozobra en que los estudiantes traían constantemente á la ciudad no universitaria, emigraron poco á poco de Alcalá los rancieros linajes complutenses, fueron borrándose los escudos y blasones de las casas solariegas, cuyos moradores iban á aumentar la confusión hirviente en la olla podrida de Madrid: sólo algún fanfarrón armatoste italianesco, tal como el de la fachada de los Lizanas, conservaba con dignidad el aparato nobiliario. Las demás casas, convirtiéndose en hospedaje de studentones y albergue de dómines Cabras, se aplebeyaban de día en día. Miguel no halló quien le conociese, quien le entendiera y, en cambio, pudo observar cuán diferente era la fiereza y desorden del trato entre los estudiantes

de Alcalá y aquella noble cortesanía y urbano proceder de los de Bolonia.

Italia, que, en pasados tiempos, había enviado aquí lo mejor, lo más fino y brillante de sus luces, ya no lo hacía, y no es necesario atribuir á Miguel una penetración inverosímil para poner en su pensamiento la idea que hoy vemos bien clara de cuán graves perjuicios habían de seguirse y se han seguido de que los españoles apartáramos de la luz de Italia nuestros ojos y los volviéramos, como entonces ya estábamos volviéndolos, hacia Francia, la cual en un principio no fué para nosotros un faro ni un foco, sino un espejo que nos devolvió, primero en su tamaño natural y después aumentadas grotescamente, nuestras dotes y nuestras macas nuevas y añejas. Lo que en toda la nación comenzaba á advertirse ya se notaba en Alcalá de Henares. No existía allí una ventana abierta hacia Italia y el saberlo y sentirlo hubo de causar á Cervantes tanta impresión, por lo menos, como el no encontrar casi nadie que le reconociera.

El desengaño de no ver proseguirse lo que él creía en su juventud comenzado con la mayor firmeza y solidez no le hizo desanimarse en sus proyectos. Ya sabía él que si en las *Novelas ejemplares* había algo ó bastante de fuente italiana, mucho había también de pura cepa española y, aunque quizás le costó trabajo, hubo de persuadirse de que esto último era lo mejor. En sus soledades de Esquivias había aprendido á escuchar el silencio, él cuyos oídos se avezaran al estruendo y fragor de los cañonazos y al barullo y algarabía de las galeras, de los puertos, de las cárceles y de los baños de Argel.

El hombre que escucha el silencio, el que sabe estimar lo que la soledad vale es el verdadero superhombre. ¿Creíais que nunca fué Cervantes un gran pensador solitario, como los amamos y los buscamos ahora? Pues ved á este hombre de la tertulia del libro Villarroel y de la Academia de casa de Pastrana y del mentidero de representantes, vedle abandonado á sí mismo cantar en el capítulo XX del libro III del *Persiles* aquellas estrofas de poética y dulce blandura: «¡Oh, soledad, alegre compañía de los tristes! ¡Oh, silencio, voz agradable á los oídos donde llegas, sin que la

adulación ni la lisonja te acompañen! ¡Oh, qué de cosas dijera, señores, en alabanza de la santa soledad y del sabroso silencio!... ¡Oh, vida solitaria, renta libre y segura que infunde el cielo en las regadas imaginaciones, quién te amara, quién te abrazara, quién te escogiera y quién, finalmente, te gozara!» Mas fué tal su desgracia que ni aún de la soledad pudo gozar ni con el silencio regalar sus fatigados oídos.

Nos hallamos ya en los tres últimos años de la vida de Cervantes y vemos que fueron estos tres los de más desenfundada actividad literaria, aquellos en que, poseso de su inmortalidad y consciente de su inmenso valer, se daba prisa y prisa á aprovechar el tiempo y aun quería detener los pasos de la muerte, como Josué el sol, para seguir combatiendo. Amaba la soledad cuando ya no podía aprovecharse de ella: estimaba y anhelaba el reposo cuando ya no le era dable en manera alguna reposar: conocía su genio creador cuando no le quedaba espacio para que tantas creaciones cuajasen y se solidificaran.

Así le vemos en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, dominado por la obsesión de sus obras futuras, anunciando al lector "con brevedad, dilatadas las hazañas de Don Quijote y donaires de Sancho Panza. Tras ellas (tras las *Novelas ejemplares*) si la vida no me deja—dice lleno de vagos presentimientos—te ofrezco los *Trabajos de Persiles*, libro que se atreve á competir con Heliodoro... y luego *Las semanas del Jardín*." Y por si acaso la muerte llegaba antes de realizar tales propósitos, no dejaba de pintar su retrato para la posteridad, único cierto que poseemos, siendo cuantos se han pintado meras fantasías absolutamente faltas de grandeza estética y de precisión humana.

La lucha que en el alma de Cervantes demuestran estos tan vanos proyectos era perfectamente lógica y se ve con gran claridad. Para el entretenimiento y la edificación moral escribía y publicaba sus *Novelas ejemplares*, reflejos de Italia, de Sevilla y de Toledo, pero no eran aquellas, ni tampoco las comedias que ya no ofrecía siquiera á los comediantes avasallados por Lope, lo que turbaba y aprehendía su espíritu.

En él vino á introducirse la duda de si aquellas narraciones

circunstanciales y pasajeras, retratos de un estado de cosas que no había de durar y reflejos de unas costumbres que podían pasar de un momento á otro, cambiando las ciudades, como había cambiado Alcalá en cincuenta y tantos años, tendrían fuerza é interés bastantes para salvar su nombre de la obscuridad de los siglos. Llegó á pensar que el concepto de la existencia humana por él formado no tenía suficiente exactitud. Y como habían luchado en su interior el amor al silencio y á la soledad con la afición al ruido y á la turbamulta, peleaban ahora recio combate los dos grandes alicientes de la vida humana, la casa y el camino. En la segunda parte del *Quijote*, que ya casi acabada tenía, la casa parecía triunfar del camino, la vida quieta y reposada sobre la vida aventurera: en ella salían tan gratas representaciones de la tranquilidad burguesa como el hogar del discreto Caballero del Verde Gabán, tan sabrosas imágenes de la rústica holgura como las bodas de Camacho el rico, tan espléndidas visiones del vivir aristocrático cual los capítulos, casi la mitad del libro, que pasan en el castillo de los duques y tan suaves pinturas del bienestar accesible ya á las personas ricas aunque no fueran de la alta nobleza como las escenas que en casa de D. Antonio Moreno en Barcelona ocurren: finalmente, en la segunda parte del *Quijote*, aunque tal vez el final aún no lo viese enteramente claro Miguel, Don Quijote moría en la cama, como buen cristiano, renegando de sus locas aventuras. La vida era razón, era calma, era sosiego.

Peró tan poco seguro estaba Miguel de la certeza de este razonar, que al mismo tiempo iba labrando en las oficinas del entendimiento la luenga fábula de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, en donde todo es camino, todo aventura, mutación y zozobra y las más variadas sensaciones sacuden el ánimo de los personajes y traquetean á los lectores de aquí para allá, siguiendo un itinerario fantástico, propio para cansar y fatigar á todo otro ingenio que no hubiera sido el mayor de España.

¿Cuál de los dos conceptos era el exacto? En sus últimos días, pensó Cervantes que el contenido en el *Persiles*. Mientras construía las dos obras, unas veces se acostaba á este parecer y otras veces al contrario. Y de todas maneras, apenas si concebi-

mos la agitación en que vivía Miguel, más joven á los sesenta y seis años que á los veinte ó más favorecido, por lo menos, con las dotes ordinariamente asignadas á la juventud, la viveza y frescura de la imaginación, las cuales aumentan considerablemente en la segunda parte del *Quijote*, y llegan á las lindes de la excitación hiperestésica en el *Persiles*.

¿Será muy aventurado pensar que esas *Semanas del jardín*, ya comenzadas en esta época y de las que en el lecho de muerte aún le quedaban ciertas reliquias y asomos, eran un libro de reposo, un libro de calma y de casa y no un libro de camino y de agitación? Desde la altura de sus sesenta y seis años contemplaba Miguel el panorama de su vida y encontraba en ella mucho más camino que posada, pero ¿no expresaría en esas *Semanas del jardín*, su aspiración ideal al goce de la soledad y á la música del silencio, que con tan lindas palabras cantó? ¿No pensó el humano Cervantes, como el humanísimo *Cándido* de Voltaire, que el fin último de la vida es el cultivo del propio jardín? ¿Acaso no es esta una eterna aspiración de la Naturaleza y en los remotos libros de la Sagrada Escritura no se presenta el Paraíso terrenal, que es como la Edad dorada, en forma de jardín ameno, y en los viajes mitos griegos y fenicios no hay un jardín de las Hespérides para coronar y premiar los esfuerzos dilatados del atrevido nauta?

Este título de *Las semanas del jardín*, anunciado ya en las *Novelas ejemplares*, nos sume en la mayor perplejidad. ¿Qué se haría de ese libro clave? ¿Cuál sería el concepto definitivo que en él se contuviera? Y la escasa estimación que ya nos merecía la mujer de Cervantes disminuye aún más al reparar el ningún cuidado que tuvo en recoger los manuscritos de su marido, porque, sin duda, aún después de muerto él y de aprovechado en lícita venta el original del *Persiles*, pensaba con su criterio mezquino de lugareña casi rica, que todas aquellas eran liviandades y locuras.

En medio de estas cavilaciones, Cervantes no mejoraba de fortuna. No pudo pagar la impresión ni el papel de las *Novelas ejemplares*, y hubo de abonarlo Francisco de Robles, quien, natu-

ralmente, por este hecho, ya tenía cogido á Miguel y casi obligado á venderle los privilegios que había ido sacando. Así se hizo el 9 de Septiembre de 1613. Miguel vendió las *Novelas ejemplares*, en precio de mil seiscientos reales y veinticuatro cuerpos ó volúmenes del libro. Piensen y digan lo que quieran quienes juzgan de estas cosas con el criterio y las ven con los ojos de hoy, no fué una mala venta, ni mil seiscientos reales era una cantidad despreciable, aunque en realidad se hubiese encarecido la vida considerabilísimamente, gracias á la detestable administración, á la venalidad y al fraude que comenzaron á constituir entonces un sistema de gobierno.

Repitamos el argumento hecho ya á propósito de la *Galatea*.

Cervantes no era considerado entonces, ni mucho ménos, como el mayor de los ingenios de la Corte. Cervantes era pobre. La celebridad suya, con ser tan grande que había pasado las fronteras, no era, en verdad, materia cotizabile todavía. En aquellos años solamente fué cuando Miguel cayó en la cuenta de que podía, en efecto, ganarse la vida con la pluma, siempre que no le faltaran los auxilios del conde de Lemos y los reparos del Ilustrísimo D. Bernardo de Sandoval. ¿Acaso — digamos una vez más — no conocemos hoy ingenios cuyas primeras obras han sido muy elogiadas por el público y por la crítica y á quienes ningún editor pagaría por otra obra nueva una cantidad equivalente á la que Francisco de Robles dió á Miguel? ¿Sabemos hoy, podemos adivinar quién de los novelistas y poetas conocidos y famosos que viven será inmortal ó si no lo será ninguno?

Pocos meses después de vendidas las *Novelas ejemplares* comenzaban á cobrar los herederos del alférez Rodrigo de Cervantes los sueldos atrasados que se le debían, cuyo total no se remató de percibir hasta 1654: La cantidad que la nación adeudaba á aquel héroe de la Tercera, muerto en las Dunas, eran sus haberes de varios años é importaba 71.543 maravedís. A Miguel le daba de un golpe Francisco de Robles por el privilegio de las *Novelas ejemplares* 54.400 maravedís. ¿Puede afirmarse con razón que era esta suma despreciable, relativamente á lo que no percibió el valiente soldado que murió peleando como buenò? ¿Excedían las

letras á las armas en punto á las recompensas que por ellas se conseguían? Para colocarnos en un punto de vista acertado no habrá sino pensar y decir claramente que ya entonces la nación era pobre, que no existía aquí sino bambolla y apariencia, que todo estaba mal pagado, letras, armas y lo demás, y que sólo el hecho de seguir viviendo en España sin protesta constante y violenta era indicio de una abnegación y una magnanimidad dignas de los mármoles y de los bronces. La arbitrariedad y la injusticia, la desidia y la pereza, la ignorancia y el orgullo vano se enseñoreaban de los de arriba y de los de abajo. Para pintar semejante estado social y político, Cervantes volaba demasiado alto. Eran precisos ingenios que á ratos tuviesen las alas del águila y á ratos las del murciélago, como el Señor de la Torre de Juan Abad.

Grandes fueron la aceptación y el agrado con que se leyeron las *Novelas ejemplares*. Ellas colocaban definitivamente á su autor en la fila y gremio de los llamados *ingenios de esta corte*. Al fin lograba, por su propio esfuerzo, lo que no consiguió, lo que tal vez no intentó con ahinco en Sevilla, penetrar en el sagrado recinto de los literatos. No hubo aquí un Francisco Pacheco que retratase á los *intelectuales* de su época, pero por seguro puede tenerse que sus caras y maneras no diferirían gran cosa de aquellas caras regalonas y optimistas ni de aquellos empaques señoriles de los poetas amigos de Pacheco. No era todavía un oficio ni una manera de vivir el ser literato, ni siquiera para el dichosísimo Lope. Este, como los otros, era un cortesano, y si el rey y la corte se movían, como solían hacerlo con frecuencia, ansiosos de fiesta y diversión, Lope tenía que seguir al rey y á la corte á donde fueran.

Era Cervantes vecino del Fénix de los ingenios, pues vivía éste en la calle de Francos, y Miguel, primeramente en la de las Huertas, frente á las casas donde se hospedaba el príncipe de Marruecos, y después en la casa donde murió, calle del León, esquina á la de Francos, que era propia de su amigo el presbítero D. Francisco Martínez Marcilla. Además se encontraban frecuentemente Miguel y Lope en las funciones y ejercicios de la Venerable Orden Tercera á que ambos pertenecían. Desde la segunda

mitad del año 1612 fué Lope de Vega más que nunca asiduo á estas devociones. Una gran desgracia, la que más hondamente sintió en toda su vida, le había asestado golpe rudísimo: la muerte de su hijo Carlos Félix, niño de siete años, de gentiles prendas y en quien Lope tenía puestos sus ojos y su corazón. Cantó sus dolores el llagado padre en aquella inmortal canción:

Este de mis entrañas dulce fruto...

donde el sentimiento paternal aparece sangrando y gimiendo por una vez más fuerte y profundo que en ninguna otra obra en España escrita. Ya en esta elegía incomparable se vislumbra que el dolor de sus entrañas había de conducir á Lope al arrepentimiento de sus pecados y extravíos. Pero á esta desgracia sucedió como natural secuela, la muerte de la esposa de Lope, Doña Juana de Guardo, que falleció de sobreparto á primeros de 1613. Quedó el poeta solo en su casa, sin más sombra que la suya propia y la de su buena criada Catalina. Recogió entonces á sus dos hijos naturales, Marcela y Lope Félix.

Vivía casi enfrente de Cervantes. Viejo estaba Miguel, maduro Lope. Los años y las mayores desgracias habían pasado sobre sus rencillas y malquerencias. Lope y Miguel volvieron á saludarse. Las desventuras siempre son comunicativas, mayormente tratándose de un hombre tan necesitado de exteriorizar todos sus internos afectos como Lope de Vega, quien, digan lo que quieran sus poesías que íntimas parecen, no acertaba á vivir sólo consigo mismo. Pensaba, sí, ir y venir á sus soledades, pero sólo estaba en ellas una hora y muy luego había de dar pasto á su genio indomable haciendo, hablando, escribiendo, en constante actividad. Al ocurrirle las dos terribles desgracias seguidas, se acogió con nerviosa prontitud al sagrado de la V. O. T. en donde no faltaban hermanos piadosos y compasivos que le recordasen cómo, al entrar en aquella santa Congregación, escribió Lope sus famosísimos *Quatro soliloquios al arrepentimiento y conversión del pecador*, también titulados en la edición de Valladolid *Quatro soliloquios de Lope de Vega Carpio, llanto y lágrimas que hizo arrodillado delante de un Crucifijo pidiendo á Dios perdón de sus*

pecados, después de haber recibido el hábito de la Tercera Orden de Penitencia del Seráfico Francisco. Es obra importantísima para cualquier pecador que quisiese apartarse de sus vicios y comenzar vida nueva. En este título en el que, como en la obra que le sigue, puso Lope, cual en todas las suyas, su alma entera, se ve la sinceridad absoluta de sus sentimientos... y también se trasluce ó lo traslucimos después de leer los *Soliloquios*, la escasa confianza que él mismo tenía de perseverar en su contrición.

Muerto su amado hijo Carlos Félix, muerta su buena y pacientísima mujer doña Juana, los afectos de arrepentimiento crecían en el conturbado corazón de Lope. De seguro se los comunicó á Cervantes, ya en las reuniones piadosas de los terciarios, ya en la imprenta de Juan de la Cuesta, donde solían encontrarse, y de seguro que Cervantes le animó á publicar el cuadernito titulado, *Contemplativos discursos de Lope de Vega á instancia de los hermanos Terceros de Penitencia del Seráfico San Francisco. Uno es un coloquio entre San Juan y el Niño Jesús, refiriendo todos los pasos de su Passion y muerte. Otro la negacion y lágrimas de San Pedro.* Lo que el arrepentimiento nuevo de Lope duró, su historia lo dice, pero aquí sólo se ha de apuntar como cosa colegible y hasta probable que, en la V. O. T. se vieron y se reconciliaron, no sin reservas mútuas Cervantes y Lope que, por la vecindad, se veían á diario. Prenda de esta reconciliación fueron algunas citas del nombre de Cervantes hechas de pasada y no siempre con grande elogio por Lope en algunas de sus comedias, como en *El premio de bien hablar*, cuando pregunta D. Juan:

¿No es Leonarda discreta? ¿No es hermosa?

y le contesta Martín:

¿Cómo discreta? Cicerón, Cervantes,
Juan de Mena, ni otro después ni antes,
no fueron tan discretos ni entendidos,

Consecuencia de ello fué también el que en el *Viaje del Parnaso*, cuando ya iban nombrados muchos poetas buenos, regulares y malos, como defensores del Parnaso, cayese allí Lope de Vega, llovido del cielo:

Llovió otra nube al gran Lope de Vega,
poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
ninguno le aventaja ni aun le llega...

Hay en todas estas y otras muchas expresiones entre los dos grandes hombres cambiadas, momentos de sinceridad y franqueza y otros de artificio y conveniencia ó miramiento social. Conociáanse ya mutuamente, pero no se acababan de estimar, ni quizá de comprender en el respecto artístico ni en el particular y amistoso. No puede afirmarse de plano que los odios subsistiesen, aunque las fuentes del odio no se habían agotado en el alma de Cervantes, quien hasta en esto mostraba su brío juvenil. Tampoco puede aseverarse que llegaran en ningún momento ambos á una completa y franca inteligencia. Eran vecinos, se veían, el dolor los había juntado por un instante y los movimientos de la corte volvían á separarlos. De todas maneras, ya era Cervantes un ingenio de esta corte, y su nombre sonaba bien en todos los oídos y la discreción y moralidad de su *Novelas ejemplares* hallaban grata acogida en los criterios más graves y reparones.

Para acabar de entremeterse en aquella sociedad, componía en los ratos en que descansaba del *Quijote*, y del *Persiles*, los áureos tercetos del *Viaje del Parnaso*, que no supo leer siquiera el señor D. Manuel Josef Quintana, quien jamás hizo versos tan llenos de sentimiento y de nobleza como toda la parte autobiográfica en este admirable poema contenida.

Desdichadísimo en los versos, dijo el señor Quintana que había sido Cervantes. Afortunadamente han llovido más siglos sobre el poeta de *la vacuna*, que sobre el del *Quijote*, con no hacer todavía cien años que murió Quintana. Bien muerto está el buen señor, y bien vivo, cada vez más vivo, el *desdichadísimo* Cervantes.

Pero si con el *Viaje al Parnaso*, que ya tenía en el telar, intentaba ganarse la confianza y la gratitud de todos los demás poetas cortesanos, no parece creíble que, dadas sus muchas ocupaciones y el gigantesco esfuerzo que estaba realizando y que había de hundirle en el sepulcro, pudiese Miguel frecuentar el trato y sociedad de todos aquellos señores. Más seguro es que

anduviera cada vez ménos y escribiera cada vez más. Con aquellas dos ingentes fábulas del *Quijote*, y del *Persiles* en la cabeza, debía de vivir en un mundo de ensueño y de pesadilla, dándose escasa cuenta de sus impresiones, sintiéndose otro yo escribiente y pensante distinto del yo andante, corriente y moliente. De este modo, su fe en sí mismo, lejos de abatirse, crecía y se afirmaba.

Con ella no dejaba de crecer su fe divina. Sólo en su casa, no oía más ruido que el lento rezongar de su hermana y de su mujer que, en un rincón, removían sus rosarios. Su amigo y casero el clérigo D. Francisco Martínez Marcilla le visitaba, tenía con él conversaciones discretas y apacibles, más de casa que de camino. Afuera, en la calle del León, vociferaban los comediantes en el mentidero. Pasaba Lope, se le quitaban todos los capelos, con grandes reverencias.

Desde su ventana, Cervantes veía en un breve espacio la gran comedia del mundo.

CAPITULO LIII.

EL VIAJE DEL PARNASO

En medio del camino de la vida, con la cadena al pie y la argolla al cuello, la mano que libre y sana quedara á Miguel escribió su inmortal epístola á Mateo Vázquez, obra de sangre y de dolor, de vida y de miseria, cual jamás pudo escribirlas el *dichosísimo* y afeitado burgués señor Quintana. Los tercetos de esta epístola son tan buenos como los mejores que se hayan escrito en castellano, sin exceptuar los del famoso capitán Andrada. A aquellos críticos chirles para quienes no cabe dudar que Cervantes escribía deprisa y corriendo, sin reflexión y sin lima, ¿cómo no les ha chocado el hecho de que las mejores obras poéticas de su pluma sean sonetos y tercetos y que, si alguna vez quería desahogarse y dar salida á los sentimientos íntimos que hervían en su corazón lo hiciese en sonetos como el de

¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza...

ó como el de

Vimos en Julio otra semana santa...

y cuando no en sonetos, en tercetos, cual los de la epístola á Mateo Vázquez

Si el bajo són de la zampoña mía

ó los del *Viaje del Parnaso*.

Un quidam Caporali italiano...?

Tercetos admirables compuso cuando se vió en el último extremo de la angustia, allá en Argel. Admirables tercetos forjó cuando se hallaba en el último extremo de la vida.

Abarca el *Viaje del Parnaso*, por consiguiente, la época más grande y memorable en la existencia de Miguel, aquella en que el hombre, olfateando cercana la muerte, quiere decir á los futuros tiempos lo que él ha sido y lo dice, entreverando la sinceridad y la llaneza con estos ó aquellos toques de modestia no fingida, sino naturalmente mezclada con el franco orgullo de quien está cierto de haber realizado obra maciza, sólida. Sigamos el pensamiento de Miguel en este inapreciable documento autobiográfico y podremos reconocer cuanto él creía de sí mismo, ya que no cuanto pensaba de los demás, pues hay en esta obra, como en el *Canto de Caliope*, de la *Galatea*, y en el *Laurel de Apolo*, de Lope, demasiados poetas alabados para que todos ellos sean buenos.

Como el César Caporali, á quien imitó y al imitarle hundióle en el olvido,

contó, cuando volvió el poeta solo
y sin blanca, á su patria, lo que en vuelo
llevó la fama deste al otro polo,

Miguel, que ya gustara las amarguras del poeta que vuelve solo y sin blanca á su patria y recientemente las resaboreó al tornar así á Alcalá de Henares, comenzó alardeando de modestia, por decir

Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo...

versos que le han sido fatales, pues á ellos se han agarrado centenares de imbéciles para, sin más argumentos, pregonar la incapacidad poética de Cervantes "por él mismo reconocida"... y sin pasar de ahí, le han condenado, como debió de hacer el rimbombante cantor de las pústulas de terneña. Pero nosotros que hemos seguido al poeta en sus versos, sigámosle en sus pensamientos ó sentires.

El poeta camina fatigado,

Porque en la piedra que en mis hombros veo
que la fortuna me cargó pesada
mis mal logradas esperanzas leo...

Mas como de un error siempre se empieza,

creyendo á mi deseo dí al camino
 los pies, porque dí al viento la cabeza.
 En fin, sobre las ancas del destino,
 llevando á la elección puesta en la silla...

parte con la vista fija en lo futuro. Bien sabe él lo que son los
 poetas para el viaje del vivir.

Llorando guerras ó cantando amores
 la vida como en sueño se les pasa
 ó como suele el tiempo á jugadores.
 Son hechos los poetas de una masa
 dulce, süave, correosa y tierna
 y amiga del holgar de ajena casa...

Pero él se reconoce á sí mismo y dice:

Vayan, pues, los leyentes con letura,
 cual dice el vulgo mal limado y bronco,
 que yo soy un poeta desta hechura:
 Cisne en las canas y en la voz un ronco
 y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
 desbastar de mi ingenio el duro tronco:
 Y que en la cumbre de la varia rueda,
 jamás me pude ver sólo un momento
 pues cuando subir quiero, se está queda.

Huye, pues, de la engañosa corte de Madrid, despídese del
 Prado, y de las gradas de San Felipe, así como de los corrales y
 del hambre madrileña.

Adiós, teatros públicos, *honrados*
por la ignorancia que ensalzada veo
en cien mil disparates recitados,

donde no cabe dudar que alude á Lope...

Adiós, hambre sutil de algún hidalgo
 que, por no verme ante tus puertas muerto,
 hoy de mi patria y de mí mismo salgo...

Ya sabía lo que era el *hambre sutil* de los hidalgos y lo que
 daba de sí la corte. Por fortuna, él vivía á veces de antiguas me-
 morias, y al ver el mar se renovaban en su mente las imágenes de
 los gloriosos días. Estos recuerdos reaniman al cansado viandante
 y levantan su corazón. Pues nadie le ha hecho justicia entre

sus contemporáneos, sino el vulgo, en cuyas bocas andan el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, él, el mismo Miguel se la hará por boca del dios Mercurio que le dice:

¡Oh, Adán de los poetas, oh, Cervantes!
¿qué alforjas y qué traje es éste, amigo,
que así muestra discursos ignorantes?

Yo, respondiendo á su demanda, digo:
Señor, voy al Parnaso y como pobre
con este año mi jornada sigo.

Y él á mí dijo: ¡Sobrehumano y sobre
espíritu cilenio levantado!
toda abundancia y todo honor te sobre,

Que en fin has respondido á *ser soldado*
antiguo y valeroso, cual lo muestra
la mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra
perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra.

Y sé que *aquel instinto sobrehumano*
que *de raro inventor tu pecho encierra*
no te le ha dado el padre Apolo en vano.

Tus obras los rincones de la tierra,
llevándolas en grupa Rocinante
descubren y á la envidia mueven guerra,

Pasa, *raro inventor*, pasa adelante
con tu sutil disinio y presta ayuda
á Apolo, que la tuya es importante.

¿No era razón que el mismo Cervantes dejase á la dormida posteridad su *Non omnis moriar*, su *Naso magister erat*, como lo han dejado todos los grandes creadores? Comprendía él y sentía que legaba al mundo una obra imperecedera y quería avisárselo á su siglo, que tan mal le había pagado. Sentía venir la muerte y quería dilatar el goce del vivir, la alegría de ser, que nunca dejó de sentir en su alma. Tendía en torno suyo la vista y divisaba poetas, amigos y enemigos, todos inferiores á sus elogios: allá iba dejándoles embutidos cada uno en un terceto como muertos en nicho de camposanto... pero no, á todos no. Ya sabía Cervantes adelantar los juicios de la posteridad para los otros como para sí mismo, y habiendo servido con un terceto á Gón-

gora, con otro á Espinel, á Salas Barbadillo, á Suárez de Figueroa, á Balbuena y á Cabrera de Córdoba, para hablar de Quevedo necesita, por lo ménos, cuatro:

— Mal podrá *D. Francisco de Quevedo*
venir—dije yo entonces. Y él me dijo:
— Pues partirme sin él de aquí no puedo.

Ese es hijo de Apolo, y ese es hijo
de Calope musa. No podemos
irnos sin él, y en esto estaré fijo.

Es el flagelo de poetas memos,
y echará á puntillazos del Parnaso
los malos que esperamos y tememos.

— ¡Oh, señor!— repliqué,— que tiene el paso
corto, y no llegará en un siglo entero.

— Deso—dijo Mercurio— no hago caso.....

Un terceto solo, ya citado, nos muestra llovido del cielo al gran Lope de Vega,

poeta insigne á cuyo verso ó prosa
ninguno le aventaja ni aun le llega,

y aunque el elogio venga un poquillo tarde y descarriado, no es menos de agradecer. En pos de esto, canta el poeta su desengaño de las promesas que le hicieron los *Lupercios*, como él los llama, cuando ve en lontananza la tendida hermosura de Nápoles, cuyo caserío blanco se refleja en las aguas del amable golfo. Acuden todos los poetas hambrientos y ahitos al jardín de Apolo, siéntanse á la sombra de cien laureles que en él había. Cervantes sólo llega tarde, como siempre llegó en su cuitada existencia, y se queda en pie.

En fin, primero fueron ocupados
los troncos de aquel ancho circuíto,
para honrar á poetas delicados,

Antes que yo en el número infinito
hallase asiento: y así, en pié, quedéme
despechado, colérico y marchito.

Dije entre mí:— ¿Es posible que se extreme
en perseguirme la fortuna airada,
que ofende á muchos y á ninguno teme?

Y volviéndome á Apolo, con turbada
lengua, le dije lo que oirá el que guste.....

Marchito, sí, pero también *despechado* y *colérico*. Ved aquí tres adjetivos elocuentísimos, definitivos, inimitables para pintar una situación de ánimo. El hombre que á los sesenta y seis años se halla en tal disposición, es un hombre eternamente joven, á quien los golpes de la infame suerte no abatirán ni siquiera al pie del sepulcro. Pero veamos cómo aprovecha Miguel la ocasión para presentar á Apolo y al mundo la cuenta de sus méritos y servicios: veamos cómo, habiendo dicho el *Non omnis moriar* de Horacio y el *Naso magister erat* de Ovidio, sabe decir el *Ille ego qui quondam.....* de Virgilio, y aunque la cita parezca larga, no importa, pues sería tonto exponer en desmañada prosa lo que sobre sí mismo y sobre las desgracias y venturas de su vida expuso en versos insuperables él mismo.

Y así le dije á Delio:—No se estima,
señor, del vulgo vano el que te sigue,
y al árbol sacro del laurel se arrima.

La envidia y la ignorancia le persigue,
y así, envidiado siempre y perseguido,
el bien que espera por jamás consigue.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido
con que al mundo la hermosa *Galatea*
salió para librarse del olvido.

Soy por quien la *Confusa*, nada fea,
pareció en los teatros admirable,
si esto á su fama es justo se le crea.

Yo, con estilo en parte razonable,
he compuesto *comedias que, en su tiempo,*
tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
al pecho melancólico y mohino,
en cualquiera sazón, en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invención excede
á muchos, y al que falta en esta parte
es fuerza que su fama falsa quede.

Desde mis tiernos años, amé el arte
dulce de la agradable poesía,
y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la humilde pluma mía
por la región satírica, bajeza
que á infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza,
por honra principal de mis escritos:
¡Voto á Dios que me espanta esta grandeza!

Yo he compuesto *romances* infinitos
y el de los *Celos* es aquel que estimo
entre otros que los tengo por malditos.

*Por esto me congojo y me lastimo
de verme solo en pie, sin que se aplique
árbol que me conceda algún arrimo.*

Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
para dar á la estampa el gran *Persiles*
con que mi nombre y obras multiplique.

Yo en pensamientos castos y sötiles
dispuestos en sonetos de á docena
he honrado tres sujetos fregoniles.

También al par de *Filís* mi *Filena*
resonó por las selvas que escucharon
más de una y otra alegre cantilena.

*Y en dulces varias rimas se llevaron
mis esperanzas los ligeros vientos
que en ellos y en la arena se sembraron.*

*Tuve, tengo y tendré los pensamientos
merced al cielo, que á tal bien me inclina
de toda adulación libres y exentos.*

Nunca pongo los pies por do camina
la mentira, la fraude y el engaño
de la santa virtud total rüina.

Con mi corta fortuna no me ensaño,
aunque por verme en pie, como me veo,
y en tal lugar, pondero así mi daño.

*Con poco me contento, aunque deseo
mucho.*—A cuyas razones enojadas
con estas blandas respondió Timbreo:

—Vienen las malas suertes atrasadas
y toman tan de lejos la corriente
que son temidas, pero no excusadas.

El bien les viene á algunos de repente
á otros poco á poco y sin pensallo
y el mal no guarda estilo diferente.

El bien que está adquirido, conservallo

con maña, diligencia y con cordura
es no menor virtud que el *granjeallo*.

*Tú mismo te has forjado tu ventura
y yo te he visto alguna vez con ella,
pero en el imprudente poco dura,*

Mas si quieres salir de tu querella
alegre, y no confuso, y consolado,
dobla tu capa y siéntate sobre ella.

*Que tal vez suele un venturoso estado
cuando le niega, sin razón, la suerte,
honrar más merecido, que alcanzado.*

— *Bien parece, Señor, que no se advierte* —
le respondí: — *que yo no tengo capa*
Él dijo: — *Aunque sea así, gusto de verte.*

*La virtud es un manto con que tapa
y cubre su indecencia la estrechez
que exenta y libre de la envidia escapa.* —

Incliné al gran consejo la cabeza.
Quedéme en pie, que no hay asiento bueno
si el favor no le labra ó la riqueza.

Alguno murmuró, viéndome ajeno
del honor que pensó se me debía,
del planeta de luz y virtud lleno.

En esto pareció que cobró el día
un nuevo resplandor...

¿Conocéis algun poeta que haya sabido hablar de sí mismo y de sus desventuras y azares con mayor dignidad y nobleza? Apolo oídos y conocidos los méritos de Miguel, le habla el lenguaje con que tal vez le hablaron aquellos árboles á cuyo arrimo y sombra quiso vivir. Apolo le aconseja que se siente y espere. Parece que la casa va á triunfar del camino. Mas no sucede así. El poeta pasa adelante, seguro de sí mismo. Ya ha cantado sus alabanzas, con sublime y honrada inmodestia: él mismo declara

Jamás me contenté ni satisface
de hipócritas melindres. *Llanamente
quise alabanzas de lo que bien hice...*

La falta aún exponer su Estética, los principios á que él suele obedecer en la composición y en el pensamiento. Y para ello comienza por distinguir dos clases de poesías.

— Esta, que es la poesía verdadera,
la grave, la discreta y la elegante —
dijo Mercurio — la alta y la sincera,
Siempre con vestidura rozagante
se muestra en cualquier sitio que se halla
cuando á su profesión es importante.

Nunca se inclina ó sirve á la canalla,
trovadora, maligna y trafalmeja
que en lo que más ignora, menos calla.

Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,
amiga de sonaja y morteruelo,
que ni tabanco, ni taberna deja.

No se alza dos, ni aun un coto del suelo,
grande amiga de bodas y bautismos,
larga de manos, corta de cerbelo.

Tómanla por momentos parasismos.
No acierta á pronunciar y si pronuncia
absurdos hace y forma solecismos.

Baco, donde ella está su gusto anuncia
y ella derrama en coplas el poleo,
compa y verbena, y el mastranzo y juncia.

Pero aquesta que ves es el aseo,
la gala de los cielos y la tierra,
con quien tienen las musas su bureo...

Moran con ella en una misma estancia
la divina y moral Filosofía,
el estilo más puro y la elegancia.

Puede pintar en la mitad del día
la noche, y en la noche más oscura
el alba bella que las perlas cría.

El curso de los ríos apresura
y le detiene, el pecho á furia incita
y le reduce luego á más blandura.

Por mitad del rigor se precipita
de las lucientes armas contrapuestas
y da victorias y victorias quita.

Verás cómo le prestan las florestas
sus sombras y sus cantos los pastores,
el mal sus lutos y el placer sus fiestas...

Y expuesta esta definición de la poesía tal como él la concibe
y la entiende, confiesa más adelante los principios de su personal
y peculiar Estética:

Palpable ví, mas no sé si lo escriba
*que á las cosas que tienen de imposibles
 siempre mi pluma se ha mostrado esquivá.*

Las que tienen vislumbres de posibles,
 de dulces, de süaves y de ciertas
 explican mis borrones apacibles.

Nunca á disparidad abre las puertas
 mi corto ingenio y hállalas contino
 de par en par la consonancia abiertas.

¿Cómo puede agradar un desatino,
 sino es que de propósito se hace,
 mostrándole el donaire su camino?

Que entonces la mentira satisface
 cuando verdad parece y está escrita
 con gracia, que al discreto y simple aplice...

Esto es lo que hoy llamaríamos una profesión de fe naturalista, realista ó verista, como se quiera. Para Cervantes, la verdad y la razón son la única fuente del arte. La paradoja y el absurdo sólo son elementos de sátira deliberadamente empleados. Nada más curioso ni de más valor que esta declaración tan honrada y sincera en el autor del *Quijote*. Entiéndase bien y de una vez para siempre—dice—que él no busca la disparidad, sino la consonancia. A la posteridad avisa que no advierta en el contraste de Don Quijote y Sancho antagonismos eternos, sino meramente circunstanciales, y que en una superior armonía vienen á resolverse por fin. Quizás por eso mismo, y por no tener la conciencia enteramente tranquila con respecto á la realización de este propósito suyo, Cervantes aprecia más el *Persiles* que el *Quijote*, porque en el *Persiles* todo es consonancia ó armonía completamente manifiesta.

Su firmeza de juicio es tal, que no acepta el regalo con que Apolo obsequia á los poetas endebles: remedio á la flaqueza de éstos son los excrementos de Pegaso, caballo alimentado con ambar y almizcle entre algodones puestos, y que bebe del rocío de los prados. Este remedio—dice Apolo—

de los vaguidos cura y sana el daño...

—Sea—le respondí—muy norabuena.

*Tieso estoy de cerebro, por ahora,
Vaguído alguno no me causa pena.*

Con esto, vuelve el poeta á su morada. Los no incluídos en el *Viaje del Parnaso* le saludan con *risa de conejo*:

Yo socarrón, yo poetón ya viejo,
volviles á lo tierno las saludes
sin mostrar mal talante ó sobrecejo...

Unos mancebitos cuellierguidos y almidonados le dicen que su ingenio ya caduca. El poeta no les hace caso y vuelve fatigado á su posada antigua y lóbrega.

Aún le parece conveniente aclarar algunos puntos y añade la *Adjunta al Parnaso*, en donde no puede menos de mentar con nueva alabanza *al famoso Vicente Espinel* y á D. Francisco de Quevedo, ni resiste al deseo de mencionar nuevamente sus propias desafortunadas comedias. ¿Por qué no se representan?—le pregunta el mocito enviado por Apolo, Pancracio de Roncesvalles, en cuya pintura muestra Miguel lo que él habría hecho si á pintar lechuguinos madrileños se pusiera.—Porque ni los autores me buscan, ni yo los voy á buscar á ellos.—No deben de saber que vuestra merced las tiene—arguye Pancracio.—Sí saben—replica Miguel—; pero como tienen sus poetas paniaguados y les va bien con ellos no buscan pan de trastrigo: pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea despacio lo que pasa apriesa y se disimula ó no se entiende cuando las representan: y las comedias tienen sus sazones y tiempos como los cantares...

Compuesta y acabada esta obra veintiún meses antes de morir Cervantes, apenas hallaréis en ella una línea que no esté llena de frescura, lozanía y gracia juvenil. A un joven muy joven, como que no pasaba de los quince años, la dedicó. Llamábase el tal señorito D. Rodrigo de Tapia, y era caballero del hábito de Santiago, hijo del poderoso y bienquisto cortesano D. Pedro de Tapia, Oidor del Consejo Real y Consultor del Santo Oficio de la Inquisición Suprema. Es muy probable que Miguel ni siquiera conociese á D. Rodrigo de Tapia. Es seguro que la dedicatoria de su precioso *Viaje* no le sirvió para nada práctico. Previnién-

dolo y previéndolo había escrito la última de las ordenanzas y advertencias de Apolo á los poetas españoles, la cual dice así:

“Item, se da aviso que si algún poeta fuese favorecido de algún príncipe, ni le visite á menudo, ni le pida nada, sino *déjese llevar de la corriente de su ventura*, que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta, por sabandija que sea.”

CAPÍTULO LIV

LAS JUSTAS DE SANTA TERESA.—EL QUIJOTE DE AVELLANEDA
LO QUE OYÓ EL LICENCIADO MÁRQUEZ DE TORRES.

Conocido y colocado ya Cervantes en el número de los poetas cortesanos, de los cuales era el más viejo, no desperdició la primera ocasión de mostrarse en público con la dignidad que su mérito y sus años pedían y al propio tiempo, con brío juvenil, compitiendo en el primer certamen que se ofreciera.

Fué este una Justa poética celebrada en la Corte con motivo de haber sido beatificada por el Papa Paulo V la Venerable Religiosa Teresa de Jesús, tras repetidas instancias del Rey Felipe III y de todas las ilustraciones y dignidades de la Iglesia española, allende los cuerpos consultivos y seculares, las Universidades, el duque de Lerma y cuantos señores significaban ó valían algo.

No era la Corte Romana tan benévola y liberal entonces como ahora en esto de las beatificaciones. Hacía falta para conseguirlas que los santos, á más de serlo, tuviesen buenas aldabas á que agarrarse y sólo hallándose enérgicamente recomendados por personas de suposición y viso, lograban ser puestos en los altares. Por otra parte, sabido es cómo en vida y en muerte la Mujer divina de Avila tuvo feroces enemigos que encarnizadamente se empeñaban en parar turbia y confusa la clara vida de la Santa. Aun, después de beatificada, para lograr la canonización, que vino ocho años más tarde, fué menester que el Rey de Francia Luis XIII y la Reina Cristianísima María de Médicis escribieran nuevas suplicantes cartas á Paulo V y le envasen como embajador al marqués de Treynele, quien tampoco logró ablandar la resistencia del

Pontífice. Santa Teresa no fué canonizada hasta el 12 de Marzo de 1622, por decreto de S. S. Gregorio XV; en el mismo decreto se elevó á los altares á otros cuatro de los mayores santos de la Iglesia universal: Felipe Neri, Francisco Xavier, Isidro Labrador, Ignacio de Loyola. Tampoco todos los días se ofrecen santos de este porte.

La alegría de los carmelitas al ver beatificada á su fundadora y Madre debió de ser inmensa. Sin embargo, no parece que fueron ellos solos ni siquiera los principales organizadores del Certamen poético de Madrid. Tuvo esta fiesta carácter esencialmente cortesano: fué como una de esas funciones medio místicas medio literarias con que hoy ciertas congregaciones madrileñas entretienen la perfumada y frívola devoción de la aristocracia, logran llenar un local, iglesia ó semi-iglesia, de señoras y señoritas ataviadas con sus más gentiles trapos, exornadas con sus más ricas preseas, afeitadas con sus más finas pinturas, prevenidas con sus más excitantes incentivos, apercebidas con sus más graciosas maledicencias, y de caballeros ancianos á quienes la larga cuenta de sus pecados hace temblar y de caballeres lindos que van á la husma de una dote ó al olorcillo de una aventura, en lugar repuesto y reservado á las miradas del profano vulgo y donde todo puede parecer meritorio y acepto á los ojos de Dios. Imagináos esto y acertaréis.

El concurso era una fiesta elegante, refinada, entre personas de la más alta sociedad. Formaban el jurado tres señoritos aristócratas de la corte, á saber: D. Rodrigo de Castro, hijo del conde de Lemos, D. Melchor de Moscoso, hijo del conde de Altamira, y D. Francisco Chacón, hijo del conde de Casarrubios. Asesoraba al tribunal así formado ¿quién sino Lope de Vega Carpio, el universal, el ubicuo, el indispensable, el inevitable? Claro está que los tres señoritos citados no eran sino tres figuras decorativas, cual suelen serlo cuantos, por darse lustre, intervienen generalmente en esas fiestas. Ellos iban á colocarse detrás de una entapizada mesa, muy ricamente emperifollados, con las más joyas que pudiesen y á ser blanco de las miradas femeninas y de paso á echarla de importantes y de literatos, cosa que entonces *vestía* mucho más que ahora. Dictó Lope los temas para el Certamen y uno de

ellos rezaba "Al que con más gracia, erudición y elegante estilo, guardando el rigor lírico, hiciese una canción castellana en la medida de aquella de Garcilaso *El dulce lamentar de dos pastores*, á los divinos éxtasis que tuvo nuestra Santa Madre, que no exceda de siete estancias, se le dará un jarro de plata: al segundo ocho varas de chamelote: y al tercero, unas medias de seda."

Miguel, á quien, para preparar la publicación de sus nuevas obras, convenía mucho conseguir un premio en tan sonada fiesta, debió de visitar al hijo de su protector el conde de Lemos y á la influencia de este quizás y también á que Lope en aquellos días de arrepentimiento y blandura cordial, deseaba mostrar á Cervantes cómo había cesado su malquerencia, debió Miguel la suerte de que su canción mereciera uno de los premios, no sabemos cuál y fuese leída por el mismo Lope en la solemnísima función que se celebró el 12 de Octubre de 1614 y á la cual asistió lo más florido de la corte de España.

Para la vanidad de Miguel que alguna le quedaba, como hemos visto en sus propias frases revelado, no podía haber más glorioso triunfo que verse leído ante los más altos ingenios de la Corte y oír sus versos saliendo de los labios de Lope, que antes le habían alabado con mesura y discreción. Quería él mostrar que su numen se conservaba mozo y, cuando no lo probaba con los versos que no son sino mediocres, lo acreditaba con el arranque y el denuedo de intentarlo. Siempre los otoños le habían sido favorables y aquel lo era y mucho, sin duda alguna, pues colocaba por fin, las cosas en su lugar y dejaba á Miguel celebrado y ensalzado por quien siempre fué su enemigo y aplaudido por la corte, que tantos años le fuera indiferente ú hostil.

Por otra parte, á un viejo poeta le agrada por cima de otro honor y estimación la compañía y la consideración de los mozos, que es honra para hoy y gloria para mañana y en aquel punto Miguel se veía celebrado por jóvenes como el de Lemos, el de Altamira, el de Casarrubios, D. Fernando de Lodeña, D. Rodrigo de Tapia. Conocedor de la humanidad como nadie, comprendía Miguel que no hay error tan grande cual el de los viejos que desatienden á los jóvenes y no estiman sus aprecios, ni agradecen

sus admiraciones, ni buscan su conversación y compañía. Esta es una prueba profunda, decisiva de que un hombre no tiene confianza en su obra ni cree que traspasará los límites de sus días. Cuando se cree en el mañana, se comienza por estimar á los que más cerca del mañana se encuentran. Por eso mismo figuran bastantes poetas jóvenes en el *Viaje del Parnaso*, que debió de publicarse en aquellos días.

Contento y alborozado con esta nueva y ansiada gloria se hallaba Cervantes, cuando cierto día, al entrar en casa de su amigo Robles ó en casa de su amigo Villarroel, uno de estos dos libreros le mostró cierto libro, cuya portada decía: "SEGUNDO TOMO DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras, Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas. Al Alcalde, Regidores y hidalgos de la noble villa del Argamesilla, patria feliz del hidalgo Cauallero Don Quixote de la Mancha. Con Licencia, En Tarragona. en casa de Felipe Roberto".

Con ojos febriles, resguardados rápidamente detrás de los anteojos, con manos que temblaban de ira y de despecho, recorrió Cervantes las primeras hojas de aquella gran superchería, la aprobación firmada por el doctor Rafael Ortoneda, la licencia del vicario general del arzobispado de Tarragona, doctor Francisco de Torme y Liori, la dedicatoria del falso Avellaneda "al Alcalde, Regidores é hidalgos de la noble villa del Argamesilla de la Mancha", el procaz, insultante, insípido y pedantesco prólogo "menos cacareado y agresor de sus lectores que el que á su *Primera parte* puso Miguel de Cervantes Saavedra, y más humilde que el que segundó en sus *Novelas*, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas. No le parecerán á él—añadía el supuesto Avellaneda—lo son las razones desta historia, que se prosigue con la autoridad que él la comenzó, y con la copia de fieles relaciones que á su mano llegaron: y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una: y, hablando tanto de todos, hemos de decir dél que *como soldado tan viejo en años como mozo en bríos* tiene más lengua que manos; pero quéjese de mi trabajo

por la ganancia que le quito de su *Segunda Parte*; pues no podrá, por lo ménos, dejar de confesar tenemos ambos un fin que es desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa: si bien en los medios diferenciamos, *pues él tomó por tales el ofender á mí*, y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estuendas é innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar... "Nadie se espante—añade—de que salga de diferente autor esta *Segunda Parte*, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos. ¿Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos? Las *Arcadias*, diferentes las han escrito: la *Diana* no es toda de una mano. Y, pues, Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos, como él dice, al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura, y ¡plegue á Dios aun deje ahora que se ha acogido á la Iglesia y sagrado! Conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa: que eso son las más de sus novelas: no nos canse..."

Acostumbrado estaba Cervantes á caer desde los días felices y gloriosos en los de mayor miseria y aflicción, pero la maldad artera é hipócrita encubierta detrás de tan miserables insultos á su honrada vejez y á su honrosísima cicatriz le sacó de sus quicios, le puso fuera de sí y arrancó de su pecho toda la prudencia, conformidad y resignación que los años y las pesadumbres en él habían depositado.

Con el libro odioso en la mano, consultó á sus amigos, recorrió las casas donde aún le querían, procuró indagar, averiguar quién fuera el malvado que había querido causarle tan grave

y honda desazón. No era tarea fácil esto. El libro estaba impreso en Tarragona. El autor se ocultaba indudablemente tras la ficción de un seudónimo. En Tordesillas no conocía nadie á tal licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Ni cabía dudar de dos cosas: primera, que el autor era un aragonés, pues llena de expresiones aragonesas está su obra, y que era un amigo oficioso de Lope de Vega, y probablemente clérigo ó persona atropelladamente erudita en lecturas teológicas y clásicas.

Pasado el tiempo, confirmó Cervantes que el fingido Avellaneda era aragonés: pero nada más supo, según todas las trazas, ni nadie ha logrado descubrir cosa de provecho entre los muchos y grandes ingenios que á tal labor han consagrado sus vigilias. Hasta hoy, á pesar de las diversas hipótesis expuestas por hombres doctos, por atrevidos soñadores y por desaprensivos y caprichosos individuos á quienes ciega pasión guía, nada hay probado é indudable respecto de quién fuese Alonso Fernández de Avellaneda. No parece tan destituida de fundamento como las anteriores la hipótesis del maestro Menéndez y Pelayo, quien aventura el nombre de cierto Alonso Lamberto, aragonés, poeta mediano, tal vez desechado en las justas de Zaragoza. Quizá no está lejana la fecha en que otro ilustre escritor acarree nuevos datos relativos á este casi desconocido *Alisolán* ó Alonso Lamberto, de quien hoy sabemos tan poco. Posible es que con ellos se demuestre palpablemente lo que ya se deduce de las palabras copiadas del prólogo, la perfidia con que el envidioso Avellaneda ingirió en él el nombre de Lope, conociendo la escasa armonía en que éste y Cervantes habían vivido hasta entonces y deseando provocar un rompimiento entre ambos, por aquel odio que todos los escritores chirles tienen á los de gran mérito, y por el afán de verles desavenidos y prontos á sacar á relucir sus flaquezas, pues no se le oculta á la envidia, que sólo el grande puede murmurar del grande con razón suficiente para que se le haga caso y se conceda asenso á sus murmuraciones.

Leyendo el malhadado libro apenas alcanzaba Miguel á persuadirse de que tanta maldad como la que destila el prólogo cupiese en tan rastrero y pobre ingenio como el probado en la obra.

Quienes han dicho bien de ella, ó pertenecían á la triste raza de los envidiosos, de los impotentes, de los *postergados*, de los *ratés*, ó carecían de todo sentido literario. El *Quijote* de Avellaneda es una obra peor que mala, y se parece al *Quijote* verdadero como un brillante de á dos pesetas á uno que valga veinte mil. No busquéis en él nada de lo que va por dentro en el *Quijote* de Cervantes. El *Quijote* de Avellaneda es un *Quijote* falto de grandeza y de ideal. Sólo pueden engañarse respecto de él quienes sean capaces de confundir los brillantes de cristal con los verdaderos, y no sólo de confundirlos sino de presentarse en sociedad adornados con cachos de vasos rotos, como los indios salvajes con cuentas de vidrio. Todo en este libro es igualmente falso, desmañado, torpe, bajuno. Inútil é impropio de este lugar sería hacer de él análisis y pepitoria, desmenuzando las partes de su cansada é inaguantable lectura.

Si lo habéis leído como solamente puede leerse, á título de curiosidad é información, habréis reparado la incongruencia que desde las primeras páginas hay entre todas y cada una de sus figuras con las de la *Primera parte* de Cervantes. El falso Avellaneda era tan torpe y falto de cacumen, de sentido literario y de gusto que—él mismo lo dice—creía posible continuar el *Quijote* como Lope y otros continuaron la *Arcadia* y Gil Polo continuó la *Diana*. Todos los escritores de aquel tiempo habían caído ya en la cuenta de la enorme diferencia que había entre los demás libros de pasatiempo ó ficción y el *Quijote*. Ninguno había osado poner mano en esta obra, desde un principio tenida por intangible. Solamente el gordo Vicente Espinel, allá en sus adentros, meditaba algo que venía á ser una componenda, una transacción entre *Guzmán de Alfarache* y *Don Quijote*, sin desdoro del uno ni del otro, y á tales cavilaciones debemos *El escudero Marcos de Obregón*. Hacía falta que un ingenio provinciano, ya no muy enterado de los asuntos de la corte, ni de los nuevos valores y las recientes estimas que iban dándose á las cosas, se desatara con un aborto como el *Quijote* de Avellaneda, para mayor gloria de Cervantes, hablando de la *Arcadia* y de la *Diana*...

Recorred las páginas del *Quijote* de Avellaneda y recordad

cuántas es menester pasar en él de Cervantes y cuán en materia hemos entrado y cuál confianza no hemos adquirido ya con el autor para que éste se decida, en una situación que absolutamente lo requiere y en donde es naturalísimo hacerlo, á escribir la palabra fea de las cuatro letras que, por pudor representamos con una *p*... Pues bien, en el *Quijote* de Avellaneda no habéis leído aún cien líneas cuando esa palabra os salta al rostro como un bofetón, arguyendo la indelicadeza y la grosería del imitador inconsciente.

Más allá, y hacia el comedio del libro tropezáis con el cuento de los *Felices amantes*, que el autor recogió del Ejemplario ó libro de milagros de la Virgen Santísima, de Juan Hervet, el *Discípulo*, escritor del siglo xv ó de la hermosa comedia que con el título de *La buena guarda* ó de *La encomienda bien guardada* compuso Lope tres años antes de salir el *Quijote* de Avellaneda, á ruego de una señora destos reinos que había leído la narración en un libro devoto. Es una vieja leyenda, no posterior al siglo xii, contada por el monje cisterciense Cesáreo de Heisterbach en sus *Libri duodecim dialogorum de miraculis, visionibus et exemplis*, repetida por el citado Juan Hervet, recopilada entre las *Latin Stories*, que reunió Tomás Wright, puesta en verso francés en la famosa colección del gran vate mariano Gualtero de Coincy, con el título *De la nonnain que Nostre Dame delivra de grand blasme et de gran poine*, traducida al gallego por el Rey Sabio en la Cantiga XCIII de su libro inmortal, bajo el título *Esta é como Santa María serviu en logar de la monia que sse foi do moesterio*, y en fin, resucitada en los tiempos del romanticismo por el gran cuentista francés Carlos Nodier en su *Legende de Soeur Beatrix*, por nuestro Zorrilla en *Margarita la Tornera* y por el tierno P. Arolas en su *Beatriz la Portera*.

Con paz sea dicho del maestro Menéndez y Pelayo, la narración del caso de la monja liviana, es en el *Quijote* de Avellaneda un cuento estirado, prosaizado, deslavazado, falto en absoluto de ternura y de pasión, echado á perder, en suma. Cuatro larguísimos capítulos, llenos de impertinentes razonamientos, y en los que no se advierte el más leve indicio de que el autor conociera la

pasión amorosa, sino de oídas, ocupa el cuento con tan bella y nerviosa concisión relatado en once estrofas por el Rey Sabio, con tan fogosa travesura llevado á la escena por Lope, con tan noble poesía embellecido por Nodier y esculpido para siempre por Zorrilla. Vemos aquí cuatro autores de distintas épocas y de diferentísimos temperamentos que tratan un mismo asunto sin hacerle perder la sencillez y el fuego de la pasión que le dió vida. Sólo el envidioso, el *raté*, el mezquino Avellaneda acertó á diluir tan bello é interesante dato poético y á hacerle perder toda la poesía y á afearle con las más innobles bajezas, según el mismo señor Menéndez y Pelayo reconoce.

¿Qué quiere decir este ejemplo escogido entre otros muchos? Que el falso Avellaneda, fuera quien fuese, era un hombre basto y común, cuyas cualidades se reducían á las del perro de muestra que olfatea y levanta la caza, pero no tiene bríos ni maña para cobrarla nunca. Como olfateó, sin verlo, ni mucho menos, comprenderlo y aprovecharlo cuánto había de sustancial en el *Quijote* de Cervantes, y quiso echarlo á barato y hacerlo morteruelo y morondanga con sus manos gafas propias de quien si no era un frailuco, merecía serlo, venteó igualmente la hermosura de la leyenda piadosa mencionada, y no supo recoger el fruto que otros con más arte que él habían de gozar y aprovechar. Compárese esta inhabilidad de Avellaneda con el genial acierto de Cervantes al recoger en Toledo la leyenda del Cristo testigo y ponerla en prosa inmortal en *La fuerza de la sangre*, de suerte que la narración prosada compite en valentía y en intensidad estética con la poética narración de Zorrilla, quien no hizo sino añadir una circunstancia plástica, tomada de otra leyenda italiana referente á un Cristo de San Miniato: la feliz idea de que el Cristo desclave la mano atarazada, la pose en el libro y jure...

A la indignación y cólera que en Cervantes causó la lectura del falso *Quijote*, se debe la prisa con que entreveró y lardeó, aquí y allá, en el texto de su *Segunda parte* cuantas alusiones pudo contra el falso Avellaneda, aunque sin caer jamás en la bajeza del insulto ni recurrir á los ultrajes personales, ya por no ser propio esto de la noble y honrada condición de Miguel, ya tam-

bién, lo cual es no poco probable, porque no hubiese llegado á conocer con fijeza de dónde ni de quién había partido ataque tan furibundo.

Todo el invierno de 1614 y los primeros meses de 1615 los pasó metido en su casa ó en la imprenta de Juan de la Cuesta, corrigiendo aquí, retocando allá, mechando esto, peinando esto-tro. En Febrero de 1615 ya había terminado su obra. Al presentarla á la aprobación, encontró un excelente amigo en el licenciado Márquez de Torres, que había de examinarla por comisión del Dr. Gutierre de Cetina, Vicario general de esta villa de Madrid. Consolémonos, como se consoló Cervantes, de la avilantez de su detractor, y copiemos las bellas y curiosas palabras que Márquez de Torres puso en su aprobación:

“Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel Cervantes assí nuestra nacion como las estrañas, pues como á milagro dessean ver al autor de libros que con general aplauso, assí por su decoro y decencia, como por la suavidad y blandura de sus discursos, han recebido España, Francia, Italia, Alemania y Flandes. Certifico con verdad que en veynte y cinco de febrero deste año de seyscientos y quinze, auiendo ydo el Ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal Arzobispo de Toledo, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el Embaxador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus Príncipes y los de España, muchos cavalleros Franceses de los que vinierõ acompañando al Embaxador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros Capellanes del Cardenal mi señor, desseosos de saber qué libros de ingenio andavan más validos, y tocando acaso en este, que yo estaua censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, quando se començaron á hazer lenguas, encareciendo la estimacion en que, así en Francia como en los Reynos sus confinantes, se tenían sus obras, la Galatea, que algunos dellos tienen casi de memoria, la primera parte desta y las Novelas. Fueron tantos sus encarecimientos (*sic*), que me ofrecí lleuarles que viessen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos desseos. Preguntáronme muy pormenor su edad, su profession,

calidad y cantidad. Halléme obligado á dezir que era viejo, soldado, Hidalgo y pobre, á que vno respondió estas formales palabras: Pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público. Acudió otro de aquellos Caualleros cõ este pensamiento y cõ mucha agudeza, y dixo: Si necesidad le ha de obligar á escriuir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

Bálsamo eran estas palabras para curar á Cervantes la llaga que el falso Avellaneda le hizo.

La gloria universal, con sus alas invisibles, tocaba la frente del viejo soldado, hidalgo y pobre.

CAPÍTULO LV

LAS COMEDIAS.—EL ENGAÑO Á LOS OJOS.

El hidalgo de las barbas de plata, que veinte años antes fueron de oro, desembocó en la calle de Atocha con pasos desengañados y tardíos. Un poquillo se corcovaba al andar, como quien siente cercana la hora de ir escarbando para echarse, y en lo fruncido y cejijunto del rostro, ordinariamente jovial y bien dispuesto, se advertía la desazón que por dentro le hurgaba.

Aquel día, su amigo el librero Juan de Villarroel le había hecho esta revelación desconsoladora:

—De la prosa de vuestra merced se puede esperar mucho, del verso nada.—Y cuenta que esto no lo decía el buen Villarroel en són de menosprecio, ni como opinión personal suya, sino invocando el sentir de un autor calificado y famoso, no sin cierto dejillo de lástima que bien notó el hidalgo, muy hecho á sufrir compasiones ajenas.

Mascullando su amargura, siguió rebozado en su capa, lustrosa más del cepillo que de la plancha del sastre, y deseando no pensar más en aventuras poéticas y teatrales, se escurrió hacia la amiga casa de la Trinidad, que á mano izquierda se parecía y señoreaba la calle, harto angosta por aquel sitio. Entró en el portal como en el de su propia mansión y se encaminó á la capilla, donde ya otras muchas veces había encontrado remedio á las fatigas y angustias de su vivir, al levantar el espíritu á las más altas consideraciones. El postigo abierto en el portón del Claustro dejaba ver los arcos de piedra, por los que trepaban jazmines, y en el jardín, tres apacibles acacias y un robusto y orgulloso laurel. De

pronto, cubrió y cegó toda la luz del postigo la imagen de la comedia triunfante en la persona del doctor Alonso Ramón, que del convento salía apresurado. El autor de *Las tres mujeres en una* y de *El santo sin nacer y mártir sin morir*, próximo ya á cambiar la pluma regocijada del dramaturgo por la severa del historiador, miró al poeta pobre desde lo más hondo de su hábito y le saludó presurosamente con una sonrisa que al hidalgo le supo á desdén merecido, la cual es la más agria manera de sonrisas que puede verse.

Le quitó aquello á Miguel la gana de acogerse al sosiego y paz de la Iglesia: giró sobre sí mismo, con juvenil rapidez, salió de nuevo á la calle de Atocha, cogitando las más lúgubres aprensiones, revolviendo entre sí mismo las palabras de Villarroel con la sonrisa, á su parecer, compasiva del fraile y doctor Ramón.

¿Quién le había dicho al librero lo que tanto acongojaba al anciano poeta? ¿Había sido quizás el propio doctor Ramón? ¿Serían aquellos jóvenes cortesanos que con tan buen semblante le recibieron y aplaudieron en las justas de Santa Teresa? ¿Quién podría saber si, como algunas veces él había sospechado, no estaban aquellos señoritos almidonados y sotiles burlándose de sus canas, quizá por instigación maligna de...? Pero, no: el hidalgo no quería nombrar siquiera en sus adentros al monstruo de la Naturaleza y señor de la monarquía cómica. Lope era su sombra, una sombra lumínica y radiante, que llenaba el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, tenía avasallados y puestos debajo de su jurisdicción á todos los farsantes y llevaba "escritos más de diez mil pliegos: y todas, que es una de las mayores cosas que puede decirse, las ha visto representar ú oído decir por lo ménos que se han representado: y si algunos, que hay muchos, han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito, á la mitad de lo que él sólo".

Pensando escribir esto recordaba el hidalgo las palabras que Villarroel, como loro, le había repetido, escuchadas por él á un autor de título y meditaba: "O yo me he mudado en otro, ó los tiempos se han mejorado mucho, sucediendo siempre al revés: pues siempre se alaban los pasados tiempos".

Según iba andando con estas cavilaciones, los pies le llevaron sin querer al mentidero de representantes en la calle del León. Llamáronle unos cómicos que disputaban sobre cosas de su oficio y querían oír el parecer de tan donairoso ingenio ó por ventura reírle las gracias. El hidalgo los conocía á todos. Eran el gracioso representante y bailador Pablo Sarmiento, la vieja María Gabriela y su hija la moza Francisca María y otros varios, entre quienes la autorizada voz de Andrés de Claramonte, el autor de comedias famoso, se enredaba en polémica histrionil con el vozarrón de Pedro Cerezo de Guevara, su consocio.

Se hablaba ¿cómo no? de Lope, y otro comediante, Alonso de Heredia, aseguraba que el sol de la escena comenzaba á declinar hacia su ocaso. Decíase de cierto fraile de la Merced, llamado Tello ó Téllez, que había traído de los cigarrales de Toledo, en donde vivía, una famosa, bizarra y admirable comedia, *La Santa Juana*, donde el tropel y barahúnda de las de Lope, la sentenciosa ejemplaridad del Dr. Ramón, la dulzura del también doctor Mirademescua y el artificio del licenciado Miguel Sánchez, quedaban en muy obscuro y segundo lugar.

—Y de vuesa merced, señor Cervantes—agregó Alonso de Heredia—, también se dice que tenéis un cofre lleno.

Rieron los representantes al oír lo del cofre, con risa que al hidalgo se le antojó de mala sombra. Volvióles la espalda, tartamudeando, y triste, con tristeza mortal, dobló la primera esquina y entró en su casa.

El aposento en donde solía trabajar estaba en el piso bajo, con una gran reja á la calle. Al través de las verdosas vidrieras, nunca visitadas por el sol, á no ser en lo más importuno del verano, porque la fachada caía al Norte, no era raro ver al viejo poeta, sentado en un sillón de moscovia carcomido, ante una lironda mesa sin bufetes, trabajar en sus máquinas imaginativas de novelas y teatros.

Cuando llegó aquella tarde, estaba anocheciendo. Desciñóse la espada, colgó de un clavo capa y sombrero, salió un instante y volvió con un velón encendido que dejó en el suelo, junto al rincón donde se veía el cofre irrisorio. De éste fué sacando, uno

tras otro, los manuscritos de sus comedias, ni leídas ni representadas. Eran muchos pliegos grandes de papel de marca, barbudo y amarillento del largo esperar, borroneados de una letra gallarda española con alegres y generosos rasgos en las *eses* y en las *tes*. Allí pensó el hidalgo, en no lejanos tiempos, que se encerraba lo mejor de su caletre, allí la gloria de los futuros siglos, donde correrían sus alabanzas por todo lo descubierto del mundo. Y, encorvado como estaba, hecho un ovillo, sobre la boca negra del abierto cofre, la luz del velón que por bajo le hería arrancaba no sé qué aureola de chispas extrañas á los desdorados cabellos del anciano y alargaba su frente pensativa, haciendo del rostro aguileno algo así como un perfil de ave majestuosa y noble que arranca de llameante y hondo cráter la codiciada presa.

En las comedias no leídas ni representadas había puesto él todos los grandes amores de su existencia. Renunciar á la gloria de verlas en el teatro le costaba harto más pesadumbre que cuanto le causó con sus dislates é insultos el falso Avellaneda. Recogerlas ó publicarlas sin que el público las viese era como hacer el testamento, despedirse del mundo, legar á la posteridad algo que los contemporáneos no habían sabido comprender. Sólo con voltear y hojear las comedias podía hacer un resumen de toda su vida.

Tres de ellas, *Los baños de Argel*, *La gran sultana doña Catalina de Oviedo* y *El gallardo español*, completaban y resumían toda la época de su cautiverio. Repasándolas, reconocía Cervantes el mérito de su traza y de sus frases, como aquella de *El gallardo español*:

mas que venzáis no lo dudo,
que el cobarde está desnudo
aunque se vista de acero...

y de los tipos tan admirablemente reales como el soldado Buitrago, de esta misma obra, el cual supera á todos los graciosos de Lope y de Tirso: y de aquel maravilloso romance de cautivos y forzados, parangonable con los mejores del *magno Cordobés*, á quien Cervantes honró imitándole:

Dió fondo en una caleta
de Argel una galeota,
casi de Orán cinco millas,
poblada de turcos toda...

Pedazos de su corazón eran las escenas de *Los baños de Argel*, el más poético de cuantos dramas se han escrito con este asunto, en donde se lee el romance

A las orillas del mar
que con su lengua y sus aguas...

y en donde se presentan las trágicas, inocentes, archiespañolas figuras de los dos niños cristianos Juanico y Francisquito, que mueren mártires de su fe en una escena conmovedora, evocada tal vez por el recuerdo de los santos niños Justo y Pastor, patrones de Alcalá de Henares, y tanto más digna de notarse cuanto que no sobran tampoco en nuestro teatro ni en nuestra novela tipos de niños interesantes y simpáticos, como los hay de muchos hampones, sacudidos y pícaros: que de grandes genios de la invención poética (Dickens, Balzac, Galdós) es el estimar y aprovechar la niñez y la locura como piedras de toque de la madurez y de la razón.

En *Los baños de Argel*, como en la vida ocurre muchas veces, los dos niños son los personajes que piensan con mayor rectitud y cordura, los que sienten con más noble honradez. Y tanto en ésta cuanto en la otra obra no podía menos de reconocer su autor, como de mano maestra, los personajes judíos que en ellas aparecen. En ellos (pormenor que no han reparado tantos críticos al hablar de las comedias de Cervantes, sin haberlas leído con la atención necesaria á la honra de su autor y á la propia estimación del crítico) se encuentra resumido el carácter y la idiosincrasia y temperamento de los judíos de todos los tiempos y naciones.

Por fin, en *La gran sultana* aparecía la vida de Constantinopla pintada con viveza y realidad no inferiores á las del relato verdadero del ingenioso truhán y escritor excelente Cristóbal de Villalón ó *Cristóforo Gnophoso*, y á esta comedia pertenece un

soneto que debió de ser de los que Miguel enseñó al Dr. Sosa en la prisión de Argel, y en el que nadie ha reparado:

A tí me vuelvo, gran Señor, que alzaste
á costa de tu sangre y de tu vida
la mísera de Adán primer caída
y á donde él nos perdió, tú nos cobraste.

A tí, Pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida
y hallándola del lobo perseguida
sobre tus hombros santos te la echaste.

A tí me vuelvo en mi aflicción amarga
y á tí toca, Señor, el darme ayuda
que soy cordera de tu aprisco ausente,
y temo que, á carrera corta ó larga,
cuando á mi daño tu favor no acuda,
me ha de alcanzar esta infernal serpiente.

Estos sentimientos, que en la gran tribulación de Argel llenaron su alma, no andaban muy lejos de ella en la ocasión presente, al sentir su amor propio herido por el dictamen de un autor cuyo nombre ni conocía ni osaba sospechar. ¡De los versos de vuestra merced, nada puede esperarse!... ¡Oh, sí, á la justicia y misericordia divina sería necesario encomendarse y al juicio de los siglos venideros! Y acaso, con esas adivinaciones y vislumbres de los hombres de genio, imaginaba que también los venideros siglos habían de ser injustos y considerarle como un poeta de segundo orden y menospreciar sus versos... Tal vez preveía la acerba, la injusta, la arbitraria, la petulante sentencia del hinchado orador en verso, D. Manuel Josef Quintana; tal vez adivinaba los desprecios de tanto y tanto poetastro ridículo y de tanto crítico chirle como habían de aseverar después, sin leerlos, que los versos de Cervantes eran malos y desdichadas sus comedias.

Desde las escritas con recuerdos de Argel y de la vida turca, vagaban sus ojos á las compuestas con asunto italianesco ó de lecturas italianas, como *El laberinto de amor*, obra juvenil, de los tiempos en que los amores halagaron fugitivos y volanderos el corazón del poeta soldado: y á las sacadas de los libros de caballerías, *La casa de los celos y selvas de Ardenia*, donde apare-

cen y hablan el emperador Carlomagno y Reynaldos de Montalbán, Roldán, Bernardo de Carpio, el traidor Galalón, el encantador Malgesí, la hermosa Angélica, en suma, los personajes principales de la leyenda caballeresca del ciclo carlovingio. Libro de caballerías llevado á la escena, como también lo había intentado Lope, singularmente en aquel cuadro admirable de *Las pobrezaas de Reinaldos*, tiene el drama cervantino una parte bucólica y pastoril muy parecida por su tono y ambiente á la que el titán Guillermo Shakespeare gustó de intercalar en algunas comedias caballerescas suyas, como la titulada *As you like it (Como gustéis)* y para que no faltara, ni aun en tan complicado embolismo legendario, la nota realista y alegre que el autor llevó siempre en su alma, hay en la *Casa de los celos* un tipo de vizcaíno gracioso, de los que el autor vió cuando niño representar en Sevilla al gran Lope de Rueda, cuyos donaires recordados cuando viejo le regocijaban y refrescaban los cansancios y enojos de la ancianidad.

Ni podía faltar en un repertorio tan variado cual el de las ocho comedias del cofre, una divina y ejemplar, donde se presentase el tipo español puro del libertino que se arrepiente y se vuelve santo (*San Franco de Sena, Don Alvaro* y todas sus imitaciones y contrafiguras), Mañara antes de Mañara: y este Mañara que se parece tanto al verdadero por ser paisano suyo y haber bebido las aguas y respirado los aires del Guadalquivir, este Mañara que en su primera vida es un rufo, un jaque, un *hombre* como los de la cárcel de Sevilla, y á quien vemos retratado en la casa de la Caridad, que él fundó, con una cara parecidísima á la del bufón velazquino Pablillos de Valladolid, es decir, tal y como era antes de convertirse, y á quien después vemos macerado, ennoblecido, hermoseedo por la penitencia y la contemplación en la mascarilla que en la misma casa de la Caridad se conserva, no es otro sino *El Rufián dichoso Cristóbal de Lugo*.

Sin reconocer cómo Cervantes poseía el poder de la adivinación y olfateaba y presentaba los grandes tipos románticos de la escena española, y de la gran comedia de nuestra vida espiritual, han pasado los ojos por esta singularísima obra y cantera, de don-

de tantas otras han salido, los que, trillando neciamente la opinión oída por Villarroel, el librero, siguen creyendo que Cervantes no era autor dramático ni sus comedias han de tenerse en cuenta. ¿Qué más español, más valiente, más castizo y más de autor dramático que la escena de la tentación en este asombroso drama, al que ni Calderón ni Tirso, en otras semejantes situaciones, han aventajado? ¿Conocería y comprendería claramente Cervantes lo que su *Rufián dichoso* era, como lo apreciamos hoy, á posteriori, sabiendo que fué escrito bastantes años antes de la conversión de Mañara, y que en él están todos los sentimientos y casi todos los hechos que en tan dramática acción acabaron? ¿Es un caso tan frecuente este de que un autor hunda la mano en las entrañas de la sociedad y sepa sacar de ella, como vísceras palpitantes, los sentimientos vivos que la guían y que han de producir y engendrar hechos aún no ocurridos? ¿Son tantos los autores dramáticos, anteriores y posteriores á quienes el cielo concedió este dón de anticiparse á la verdad, rebuscándola en lo más hondo y recatado de la conciencia contemporánea?

Desde las comedias tornaba la vista el anciano escritor á los entremeses, y primeramente al que llamó comedia, por tener tres actos, á *Pedro de Urdemalas*, farsa graciosísima, donde se presentan escenas magistrales de gitanos andaluces, notados con goyesca precisión, y al sainete ó juguete cómico, en tres jornadas también, titulado *Comedia Entretenida*, en la que se propuso tan sólo hacer reir á su público, y lo hubiera conseguido, y lo lograría hoy, si tan regocijada invención se representase.

Palpaba y casi no veía la injusticia con que los cómicos y, por lo visto y oído, los poetas trataban tan excelentes obras. Trabajo inmenso le costaba el venderlas á vil precio, como el que, en último resultado, le ofreció Juan de Villarroel, después de decirle lo dicho, sin duda para rebajar algo la cantidad. Por fin, se decidió á darlas á la imprenta, acompañándolas de ocho entremeses, *La elección de los alcaldes de Daganzo*, *El rufián viudo*, *El juez de los divorcios*, *El retablo de las maravillas*, *La cueva de Salamanca*, *El vizcaíno fingido*, *La guarda cuidadosa* y *El viejo celoso*, ocho obras maestras, ocho joyas en que Miguel Angel se

volvió Benvenuto. Harto se le alcanzaba al hidalgo que en ellas había llegado al posible extremo de la perfección artística.

Con todo, resuelto ya á vender tan rica parte de su juventud pasada, recogió sus manuscritos, los colocó amorosamente en la mesa, y de una alacena sacó otros pliegos más recientes, llenos de borrones y tachaduras: eran el manuscrito de su obra maestra, de la que había de tapar la boca á los murmuradores y henchir de hiel á los envidiosos y de contento á quien la viese representar. Titulábase la comedia no concluída aún *El engaño á los ojos*, y la miraba su autor como miran los padres sesentones á sus hijos recién nacidos. Una vez que aquella obra sin par se conociese y diera á luz, sin duda alguna que se hablaría de quien la compuso, como se hablaba del doctor Ramón y del divino Miguel Sánchez y del otro mercenario de Toledo: y la lengua de hacha de Góngora y la lengua bisturí del doctor Cristobal Suárez de Figueroa se embotarían para siempre.

En cuanto á Lope..... ¡oh! al pensar en Lope, el hidalgo sintió un nudo en la garganta. ¿Cómo era, de qué estaba hecho aquel hombre para quien el teatro no tenía dificultades ni secretos, y que arrojándose por precipicios insondables, llegaba siempre sano al fondo, y hallándose toda la vida consagrado á *ocupación continua y virtuosa*, halagado por los príncipes, buscado de las damas, aclamado del pueblo, admirado por los doctos y festejado, sin saber por qué, de los ignorantes, producía, producía y producía, manaba fábulas trágicas y cómicas, sin cansancio ni agotamiento? ¿Era fácil, era posible contender con semejante monstruo? ¿Qué armas para tal competir serían ocho comedias viejas y una nonnata, aunque ésta fuese, como era, de juro, la octava maravilla?

Y al pensar esto, no con envidia, que jamás cupo en su pecho magnánimo, sino con el sentimiento claro de la propia y de la ajena valía, que es insólito entre los escritores, el poeta viejo dióse á revolver su manuscrito y á encontrar en él defectos y tachas en que nunca antes reparó..... y justo, cual siempre, en la apreciación de los hechos, vió manifiesto y patente el sentido oculto, arcano del título de su última y perfecta comedia: *El engaño á los ojos*.

Inclinó sobre ambas manos, en la mesa acodadas, la extensa frente luminosa, y dejó abrirse en el rostro largo dos surcos hondos y correr por ellos no se sabe qué humedad aceda.

Así estuvo una hora muy larga, hasta que vino á sacarle de su ensimismamiento y tristeza el mismo Lope, aún gallardo y buen mozo, la vestimenta de clérigo, los ojos alegres y provocativos, el bigote marcial. Pasaba por la calle, había visto á su vecino, quiso tener con él una conversación, necesaria para quitarle ciertos resquemores, y al entrar y verle en tan extraña aflicción, que ni aun había notado la presencia de su visitante, miró de hito en hito al desconsolado poeta, púsole cariñosamente ambas manos en los hombros, y con voz afable le preguntó:

—¿Cómo es esto? Estáis llorando, señor Miguel de Cervantes?.....

CAPÍTULO LVI

LA SEGUNDA PARTE DEL QUIJOTE

“Don Quijote de la Mancha—decía Cervantes al enviar sus comedias al conde de Lemos—queda calzadas las espuelas en su Segunda Parte para ir á besar los pies á vuestra excelencia. Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado, aunque, por sí ó por no, lleva información hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto que quiso ser él y no acertó á serlo.”

A cinco de noviembre de 1615 está fechada la aprobación en que el Doctor Gutierre de Cetina hacía constar sencillamente que “es libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha Filosofía moral.” El hecho de que transcurrieran tantos meses como van de marzo á noviembre entre las aprobaciones firmadas por el licenciado Márquez de Torres, á quien comisionó el doctor Gutierre de Cetina, como Vicario General y por el P. Josef de Valdivielso, que examinó la obra por comisión y mandado de los señores del Consejo, hace suponer que todo el verano se pasó en la composición topográfica y corrección de los setenta y tres pliegos del libro. Terminada la corrección á 21 de octubre y dada la licencia en 5 de noviembre, la segunda parte del *Quijote*, debió de salir en los primeros días del mes de los Santos de 1615.

Al verle en las librerías, Miguel respiró contento. Era mucha la priesa que de infinitas partes le daban y mucha más la que él sentía de sacarle á luz “para quitar el hamago y la náusea,” que el falso Quijote de Avellaneda había causado, según el mismo

Cervantes decía en su dedicatoria al conde de Lemos, fechada á último de octubre.

Aquel de 1615 fué el último otoño de Cervantes y quiso la suerte que, por ser el último, fuese el más glorioso de su vida. Enfermo y achacoso, pero no rendido por la enorme carga de trabajo que sus ancianos hombros sostenían, la enfermedad, lejos de empañarle sentidos y mente, se los aguzaba de tal modo que le permitía gozar su obra, recrearse en ella y anticiparse para sus adentros la gloria venidera. Como á esposa legítima y fiel amaba á la historia de Don Quijote, como á amante apasionada de las que tal vez alegran los otoños de los viejos amadores, á la historia de Persiles y Sigismunda.

Los demás amores y pasiones de la tierra, para él se habían desvanecido y así como á muchos viejos robustos les pasa, sus pupilas se habían aclarado tornándose de azules en cenizas y su visión había ganado mucho, trocándose de miope en présbita. Ya Miguel no veía bien más que las cosas grandes y lejanas: le molestaban más las miserias y pequeñeces, porque las sentía y no las veía, y así le pasó con el *Quijote* falso, que le enfurruñó y escoció como un sarpullido ó un ataque de viruelas á la vejez, pero sin que llegara á hacerse bien cargo ni de quién era su autor, ni de cuáles eran su alcance y sus efectos. Generoso, perdonaba aquí, y olvidadizo atacaba acullá al encantador invisible que había acertado á amargarle los últimos días de la vejez y á sacarle de su beata ecuanimidad: luego hacía esfuerzos para no volver á acordarse del malhechor y no podía.

Un joven á quien roban cualquier prenda ó joya de estima, pronto se distrae del sentimiento que la pérdida le causa, pero un viejo robado, aunque sea tan grande como Goethe ó como Cervantes, nunca perdona del todo.

Era entonces Miguel un viejecito alegre y bonachón: las cosas pequeñas del mundo, las cosas que de cerca le tocaban, como ya se ha dicho, apenas las veía. Su mujer, su hermana, su sobrina, su hija habían entrado ya hacía tiempo en este número de las mendencias invisibles. La vida, para él, no ofrecía ya las dificultades pasadas. Bien claro da á entender, con su espléndida gratitud, que

ni el conde de Lemos, desde Nápoles, ni don Bernardo de Sandoval, desde Toledo, le tenían olvidado, antes bien, uno y otro menudeaban sus liberalidades. El viejo amigo y paisano Francisco de Robles el librero no le hubiera dejado tampoco volver á las estrechezas antiguas, pues harta cuenta le tenía estar bien con un autor tan productivo: fuera de que no hemos de creer á los librerros dotados de peores entrañas que el resto de la humanidad. Con literatos debía de tratar poco. De su casa no saldría sino á lo más preciso.

La enfermedad iba trabajando, sorda, la robusta naturaleza del anciano. Y, ¿qué es lo que padecía? Observad cómo los grandes fenómenos de la Historia se repiten y cómo en las cimas de la humanidad brillan siempre las mismas luces. La última dolencia y angustia de que se quejó Cervantes era también la última de que se lamentó Jesucristo en la Cruz. Tenía sed. ¡Qué poco trabajo cuesta el hallar elocuentísimos simbolismos en las cosas naturales! Fácil sería aquí decir que la sed de Cervantes no era solamente física, y que su andante Caballero no es sino una encarnación simbólica de la sed de bondad, de razón y de justicia que á la humanidad aquejaba entonces y sigue aquejando hoy. Nada tendría tampoco de forzado el aseverar que, si Cervantes apreciaba el *Persiles* por cima de todos sus demás libros, débese esto á que es *Persiles* un libro-fuente, un libro-manantial, que fluye, que corre, que refresca, así como agua de arroyo claro poco honda, y por esto le agradaba tanto á su autor, que en él, con más facilidad y soltura y fluidez que en ningún otro de los suyos, seguía trabajando sin cansarse, sólo con dejar suelta á la fantasía y ayudada por la imaginación reproductora, hacerla hablar de cosas añejas, lejanas, como las que veía tan bien con sus ojos cansados.

Al terminar la segunda parte del *Quijote* y proseguir rematando, puliendo y acicalando el flamante *Persiles*, se encontró Cervantes en esa situación que á todos los grandes artistas les llega con la vejez, y de que él, por dicha suya, no supo darse cuenta, como no suelen percatarse ellos casi nunca. La maestría, la facilidad y ligereza alada en el concebir y en el expresar son ya para ellos tan grandes, y la facilidad en el imaginar tan enorme, que

les hacen perder los estribos, olvidarse de que tanto vale lo que se calla como lo que se dice, y mayor y más definitivo arte hay en callar que en decir. Funesta es la facilidad de algunos jóvenes chirles: más lo es aún la ligereza y soltura de estos viejos *fa presto*, para quienes no existen obstáculos ni impedimentos en el pensar ni en el decir. Cervantes había llegado á la más alta cumbre á donde escritor alguno llegó: desde ella no cabía hacer otra cosa sino descender. El viejo ama la cuesta abajo: el viejo gusta de engañarse á sí mismo creyéndola cuesta arriba y afirmándose al bajarla en la ilusión de que para él no han llegado la senectud y el agotamiento, y de que aún son sus tropezones brincos gallardos y sus caídas efectos del sobrante brío juvenil.

Por eso prefería Cervantes el *Persiles* al *Quijote*, no porque no tuviese, como alguien neciamente ha insinuado, conciencia absoluta del enorme é inmortal valor de su obra compuesta *para universal entretenimiento de las gentes*, según Sansón Carrasco; de su obra, cuya claridad y popularidad eran tales, que "los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran... unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten si aquéllos le piden;" de su obra, de la que el mismo Don Quijote decía: "Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia." El amor de Cervantes al *Persiles*, su último hijo, fruto de la fecundidad de su vejez, no le quitaba conocimiento de cuánto valía el *Quijote*. En todos los lugares citados y en otros muchos del *Quijote*, reconoce Miguel y hace constar la inmortalidad y la universalidad de su libro, mientras que el *Persiles* lo elogia sólo para el conde de Lemos, á quien probablemente gustó, en efecto, el *Persiles* más que el *Quijote*. "Con esto—son las palabras de Miguel—me despido, ofreciendo á V. Ex. los trabajos de Persilis (*sic*) y Sigismunda, libro á que daré fin dentro de quatro meses, Deo volente, el qual ha de ser, ó el más malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, *quiero decir de los de entretenimiento*, y digo, q̄ me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible."

¡El extremo de bondad posible! ¿No suena esto á las alabanzas que un padre viejo hace de su benjamín, sin olvidar en el fondo de su alma, el amor al primogénito, mozo honrado y fuerte que sostiene la casa? De la inmortalidad del *Persiles* no escribió Cervantes una línea sola: de la del *Quijote* se hallaba profundamente persuadido. El poeta amaba á la querida que en la vejez le deparó la suerte, pero sabía que no era ella quien había de salvar su nombre del olvido. Así es como parece justo entender este punto de la psicología de Cervantes, resuelto de plano por tantos escritores. No se puede creer en los genios inconscientes: retirada está ya en definitiva esa teoría romántica. Y si en alguna obra luce y brilla la más absoluta conciencia de cuanto el autor iba haciendo, es en la segunda parte del *Quijote*.

La segunda parte del *Quijote* marca, en cuanto al pensar y en cuanto al hacer, lo que puede llamarse *la segunda manera* de Cervantes: en ella el autor llega á vislumbrar y conocer las cosas y las personas en sus líneas y rasgos sintéticos y precisos. Ve de todo lo que vemos todos sin darnos cuenta, pero él lo ve haciéndose cargo y forzando á nuestra distracción y volubilidad á hacerse cargo. Para él no hay pormenor insignificante y si una vez se descuida ó parece olvidar algo, estad seguros de que lo ha hecho adrede, porque ello merecía descuidarse y desfumarse en una voluntaria dejación. Dice cuanto quiere decir, calla cuanto le importa callar, prescinde absolutamente del afeite retórico, aliaña y adereza la frase con el pensamiento y no el pensamiento con la frase. No es un literato de los de su tiempo, ni de los de ningún tiempo.

Esta ficción vana y huera que bajo el nombre de *Literatura* ha venido por tantos siglos embaucando á la humanidad y que, por fortuna, va de capa caída en todas partes menos en Francia, donde apenas hay escritor cuya levita no tenga aire de casacón y en cuya cabellera no queden aún pegotes de polvos y restos de bucleado peluquín, no existe ya para Cervantes. A España estaba reservada la gloria, que nadie ha querido reconocerle, por la torpeza de sus hijos, de escribir antes que ningún otro país, con llana sinceridad, con naturalidad humana y de que el más grande

y genial de todos sus escritores nada tenga de *clásico* en el sentido académico, aparatoso y artificial de esta palabra terrible. Intentad empotrar á Cervantes en cualquier *gran siglo*, tan cómodamente como lo están en el de Luis XIV esos nobles señores de los casacones bordados y de las empolvadas pelucas que se llaman Racine, Fenelón, Labruyère, etc., etc., santos á quienes viene justa la ltornacina, y veréis cómo los hombros del luchador, las piernas del caminante, los brazos del soldado y la noble cabeza, cuyos cabellos blanqueó solamente el polvo del camino, se salen del marco, le rompen, le resquebrajan. Afirmémoslo resueltamente y de una vez. Cervantes no es un literato, como Velázquez no es un pintor. La segunda parte del *Quijote* no es *Literatura* como no son *pintura* las *Meninas*. La naturaleza escoge á veces un hombre de estos para que pinte ó para que escriba, como escoge otro para que levante quinientas libras de peso y otro como el peje Nicolás para que nade veinte leguas sin cansancio y viva á su gusto bajo el agua.

Manoseadas, pero exactas, suelen ser las comparaciones pictóricas aplicándolas á la literatura. El Cervantes de la primera parte del *Quijote* es como el Velázquez anterior á las *Meninas* y al retrato del *Escultor*. La Naturaleza estaba poco á poco, porque ella no repentiza, elaborando, trabajando, perfeccionando los ojos y los cerebros del pintor y del poeta, para que llegasen á ver tan claro, como ella misma ve, y tan obscuro como lo hace, manejando á su antojo las luces y las sombras, pues para eso ella pinta con el sol y la luna en la paleta. Ni los pintores ni la pintura la importaban nada á Velázquez, como á Cervantes los literatos y la literatura, cuando el uno pintó *Las meninas* y el otro escribió el segundo *Quijote*. Reparad que puso el libro en manos de todo el mundo, niños, mozos, viejos, posaderos, caminantes, menos en manos de escritores de oficio. Hubiera pasado de aquel punto supremo Velázquez y se habría convertido en un *fa presto*, por el estilo de tantos como ha criado la fácil y alegre Italia. Pasó de ese punto no más que un paso Cervantes y fué un poco, no más que un poco *fa presto* en el *Persiles*, admiración de los literatos, no del vulgo, sabio infalible en sus juicios á *posteriori*.

Como en su soledad tenía ratos para todo, pensaba y examinaba atentamente el viejo Miguel su obra y le contentaba en extremo. Bien se le alcanzaba cómo en ella habían crecido y se habían ennoblecido hasta llegar á inmortales proporciones la acción y las figuras que la engendraban: y no porque la acción se complicase, pues, al revés que Lope, cada vez á Cervantes le interesaba menos la acción, le hacía menos falta para conseguir el resultado artístico. Véanse en esta segunda parte once capítulos de preliminar y preparación, en los cuales casi nada ocurre. Don Quijote va creciendo en locura discursiva, que es como decir, va haciéndose más amplio en sus miras, más grande en sus propósitos, más humano en sus proceder. Para más engrandecerle y sublimarle, crea Cervantes la única figura nueva de la fábula, el eje y quicio de su comienzo y de su conclusión, es decir, el sentido común, la lógica, el método, la prudencia pura, la razón seca, el frío discuir, encarnados en el bachiller Sansón Carrasco. ¿Habéis notado cómo se ríe el bachiller? Si lo habéis reparado, veréis de qué modo esa misma risa fría, aleve, socarrona, de quien está seguro de sí mismo, de quien se halla en posesión de la verdad, os sale al paso en són de burla ó de afectuosa despección ó de triunfante *conocimiento del mundo* en los labios de los razonadores, de los aprovechadores y de los establecidos, sesudos, sentados, acreditados y competentes siempre que intentéis cualquier generosa locura. El bachiller Sansón Carrasco no os pondrá en ridículo con una pública y sonora carcajada, pero os minará el terreno á vuestras espaldas y os desacreditará, si puede, con una suave sonrisa. No es malo, ó nadie cree que es malo: las más puras intenciones (aquellas de que está empedrado el infierno) y los más racionales propósitos le mueven. De una sola cosa parece enteramente convencido, y á esa convicción suya funestísima debemos el rebajamiento del carácter y de la intelectualidad en España. Esa convicción millones de veces la han formulado oradores y gobernantes, periodistas, seudofilósofos y seudopolíticos y ya ha formado costra en millones de cerebros: que la *teoría* es una cosa y la *práctica* otra muy distinta.

Sansón Carrasco es un buen hombre razonador y sensato que

no cree en la eficacia de las ideas, á las cuales llama locuras. Por combatir las llega hasta lo sumo en cuanto de él puede esperarse: hasta arriesgar el pellejo, si bien, como fía en la robustez de sus juicios, confía asimismo en la de sus puños, y en ello, como en lo demás, se equivoca. No vayamos á decir que Sansón Carrasco está enteramente bien avenido con el orden de cosas: no es un burgués tan pacífico y enemigo de discusiones y alborotos como el caballero del Verde Gabán, porque es algo peor aún, puesto que él comprende el valor de las locuras nobles y las combate, conoce el ideal y le niega el auxilio de su brazo y procura soterrarle con todas sus fuerzas. Ante todo, es un espíritu conciliador y tolerante, que trata de poner una de cal y otra de arena para meter en razón á Don Quijote, y, en todo caso, para divertirse con él. No olvidemos, no olvidéis nunca en la vida que Sansón Carrasco y sus descendientes, no ménos Carrascos por lo desapacibles que Sansones por la fuerza que mandan, son muy amigos de divertirse, y para ellos la diversión suprema consiste en ver un idealismo caído al suelo y en contemplar á un idealista apaleado. Pero les queda en el fondo del alma un cazarismo temible, y en caso de ser ellos los apaleados, temedles, que ya se vengarán tarde ó temprano.

¿Véis claro desde el principio cómo ni el sentido vulgar y llano de Maese Nicolás, el barbero, ni la amable y superior filosofía del cura Pedro Pérez (uno de los antepasados de nuestro reciente y apacible amigo el abate Coignard), bastaban á que Don Quijote no renovase su locura, y cómo el desolador, el igualitario, el administrativo, el rapaterrón sentido común de Sansón Carrasco, máquina de esta Segunda Parte, eran suficientes para hacer morir á Don Quijote en la cama, dejando en pos los sueños de la gloria, sin volver hacia ellos la cabeza? ¿Os dáis cuenta de cómo para el contraste supremo de su obra comprendió Cervantes que no le bastaba la honrada simplicidad de Sancho, y por qué en la segunda parte Sancho es no ménos loco que su amo, á sabiendas de que su amo lo está, y al serlo Sancho es más bueno, más humano, más dulce en sus costumbres, más ameno en sus palabras, ménos duro de mollera y hasta más valiente y resuelto? ¿Por qué

esto? Porque en el discurso de su trabajada existencia, había Cervantes visto que aun los Sanchos tienen buen natural, honrados prontos y de ellos se puede sacar mucho. *Todas nuestras locuras*—dice al capellán de Sevilla aquel loco graduado en cánones por Osuna, que afirmaba ser el Dios Neptuno—*proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire*.—Ya conocía Miguel á los locos del estómago vacío y del cerebro lleno de aire, y comprendía que no eran los causantes de los mayores daños los Sanchos hambrientos ni los Neptunos desvariados, sino los Sansones ahitos y razonadores, los que digerían y discurrían con perfecta regularidad á costa del hambre y de la locura ajenas.

Caballero y escudero—piensa con gran acierto el cura—se forjaron en la misma turquesa. Locos están los dos, el uno por la vaciedad de su estómago, el otro por la de su cabeza: y cuanto más locos, son mejores y más tiernamente se aman, hasta que, al final, queremos tanto al caballero del ideal, como al simple é inocente escudero, á quien, desde el conffronte con la carreta de los comediantes llama Don Quijote "Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero". Conmovedora es también la amistad de Rocinante con el rucio. Hasta en este pormenor se ve el empeño de Cervantes en hacer desaparecer las asperezas del contraste, ya inútil, pues ya amo y mozo iban, sin saberlo, guiados por la mano oculta de su *racional* amigo Sansón, en cuyo nombre hemos de ver el símbolo de quien todo lo podía ya entonces, de quien todo lo pudo después y lo puede hoy: Sansón se llama la medianía, la socarronería amiga de divertirse y de pasar el rato sin cavilaciones hondas, Sansón se llama y Sansón es y comenzaba á serlo entonces, desde que, muertos los héroes del tiempo de D. Juan de Austria, vivían y triunfaban los medianos, como el duque de Lerma, á la sombra de los insignificantes, como Felipe III.

El imperio de las medianías comenzaba: y estas medianías no quieren á nadie, estas medianías son egoístas y ahorradoras, todo lo desean para sí, no saben pronunciar aquellas evangélicas frases de Sancho el bueno á su vecino Tomé Cecial: Mi amo "no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro: no sabe

hacer mal á nadie, sino bien á todos: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón y no me amaño á dejarle por más disparates que haga.» Disparates ó no, de ello Sancho no se halla enteramente seguro y así responde á la tentación con que el sentido común le hurga, por boca de su vecino Tomé Cecial. Antes de esto, al tocar en las paredes del Toboso, al verse á punto de que se descubriese su invención de Dulcinea, un momento de humana, de bellísima y profunda flaqueza ha sobrecogido al escudero y también al amo. A tientas y á oscuras van caminando, temerosos de tropezar con la realidad. Ya están bien locos ó ya están cuerdos de remate, puesto que la verdad real y corriente les inspira pavor. Por eso Don Quijote deja que Sancho vaya solo, ansiando que Sancho invente alguna bien urdida mentira que sea bastante para tranquilizar su conciencia, para no cerrarle la ventana de las etéreas ilusiones con algún bulto grosero y material. ¿Hay nada más hondamente filosófico que el cambio ó encanto de Dulcinea, donde el caballero ve á la princesa como zafia labradora y el simple escudero quiere verla y finge verla como tal criatura sublime y delicada? La invención del encanto engrandece á Sancho Panza y le hace digno de la compañía y del amor de su amo. Sancho, al embaucar á Don Quijote, procede como hubiera procedido el divino Platón, y en su propio embaimiento llega á creerse sus mentiras y hasta á pensar con festiva melancolía, que es el colmo del humorismo, en la confusión y apuro de los gigantes y caballeros vencidos por Don Quijote cuando vayan á buscar á Dulcinea y no la encuentren.

Más ennoblece todavía á los dos la aventura con el caballero de los Espejos. Aquí Don Quijote supera y aventaja á todos los Amadises y Esplandianes, como superan y aventajan un lanzazo ó una cuchillada reales y efectivos á cuantos se dan en el papel. ¿Porqué no se habían de conquistar reinos y tierras de ese modo? ¿Habían pasado tantos siglos desde que hacían otro tanto Hernán Cortés, Pizarro, Alvarado y Valdivia?

Pero aun esta aventura no bastaba á hacer de Don Quijote el verdadero caballero andante que es, más en la segunda parte que

en la primera. Llega la cima de la obra y el más alto punto de la resolución y desnudo del héroe con la aventura de los leones, seriamente emprendida por Don Quijote y seriamente contada por el poeta, en palabras que ni el mismo Homero emularía. Homero hubiese hecho salir de la jaula á los leones y hubiese pintado con maestría la lucha sangrienta. Cervantes, más humano, más verídico, pone en el pecho de su héroe todo el ánimo preciso para concluir la hazaña y en el momento más culminante de su locura le hace volver á la razón, no á la razón de Sansón Carrasco, sino al *nous* divino que gobierna los mundos, y le dicta estas sublimes palabras: — Cierra, amigo, la puerta y dame por testimonio... lo que aquí me has visto hacer: cómo tú abriste al león, yo le esperaré, él no salió y volvióse á acostar. *No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad y á la verdadera Caballería.*

¿Es posible hablar más claro ni significar de manera más patente quién es Don Quijote? La razón y la verdad son la verdadera caballería: la razón y la verdad que andan desamparadas y errantes por el mundo, apaleadas aquí, apedreadas allá, desconocidas de los tontos, perseguidas de los medianos Sansones, malpagadas y desagradecidas de todo el mundo y prontas á morir en el camino ó en la calle, en la pelea ó en la posada. Ese es Don Quijote y con épica homérica seriedad le pone su creador el mote más honroso, el de *caballero de los Leones*. Poco importa ya cuanto venga después. Suceda lo que quiera, Don Quijote se ha puesto frente al león, le ha provocado, ha sido capaz de vencerle. El intento vale aquí más que el hecho. La idea ha tenido eficacia bastante para persuadir, para abrir un surco hondo en el ánimo de quien atento considera la hazaña. Después de ser el caballero de los Leones, se puede ser todo lo demás sin dolor.

Desde esta culminante escena, la fábula marcha cuesta abajo, por los senderos floridos, por los bosques umbrosos, por los puertos rientes. Ya Don Quijote es cuanto puede ser en la vida. Ya sólo le falta, como á su autor, aquella sublime espiritualización que da la cercanía de la muerte.

CAPÍTULO LVII

LA SEGUNDA PARTE DEL QUIJOTE (CONCLUSIÓN)

Componer un libro con protagonista, si este es de la fuerza y valer de Don Quijote, viene á ser algo así como una lucha, semejante al amor ó á la guerra entre iguales, donde no se sabe quién vencerá á quién. En la primera parte, Don Quijote vencía á su autor, le dejaba con el ánimo rendido, suspenso. Miguel era ya en 1604 el primer ingenio de España, pero aún le quedaba por doblar la cumbre de los sesenta años, aún no había hecho el duro aprendizaje de la corte. Lo que en ella se adquiere de experiencia y de conocer á los hombres, cuando el aprendiz tiene sesenta años, ya no le sirve á él para nada, pero si tiene una pluma en la mano, sirve á la humanidad futura. Lo poco que sabemos acerca de nuestra estancia en el mundo y de los modos mejores de hacerla llevadera, es decir, lo que suelen llamar filosofía, lo hemos aprendido no en nuestros desengaños de jóvenes, sino en las desilusiones y desesperanzas de unos pocos viejos que han tenido la caridad de escribirlas para que de los escarmentados nacieran los avisados. Nada hay más hermoso ni más útil que un viejo con ilusiones, que es como decir un viejo mozo, un viejo alegre, un viejo resuelto, sagáz, simpático. Las ilusiones, las esperanzas, fueron el único caudal de Cervantes, pero de ellas era tan rico y opulento que pasó con ellas más allá de la muerte y con esperanzas é ilusiones murió, sin exclamar ni siquiera como el justo: *Todo se ha consumado.*

En la primera parte, la fiereza y el brío con que van sucediéndose las aventuras y más aún, el miedo que su autor tenía de

fatigar á sus lectores. cohíben un poco á Cervantes, Don Quijote se enseñorea de su autor como de sus leyentes: Don Quijote vuelve á su pueblo vencido, mas no convencido. En la segunda parte, Don Quijote se ha avejentado mucho ¿no lo notáis? Por él han pasado más años de los que transcurrieron entre la publicación del primer libro y la del segundo. Este segundo es un libro cien veces superior á todos los demás ¿por qué? porque es un libro cuyo principal asunto son desilusiones y desencantos de un viejo eternamente joven, es decir, lo más interesante é instructivo de cuanto escribirse puede. El primer *Quijote* no vale más que el primer *Fausto*, pero comparad las segundas partes de ambos poemas, y con ser esencialmente el mismo su pensamiento, notaréis al punto la seguridad con que Cervantes supo resolver todas las dificultades y rematar su obra de manera que á todos los tiempos y á todos los hombres dejase consolados, mientras que á Goethe le faltó en el momento más preciso la fortaleza y la confianza en su genio y lo echó todo á barato, creyendo deslumbrar á sus lectores con alardes de escenografía épica por él aprendidos en Italia. Comparad el frío que os queda en el corazón al terminar el segundo *Fausto* y la caliente, humana, melancólica emoción con que leéis el último capítulo del *Quijote*. La causa de esta diferencia es notoria, clara, y la dió aquel caballero francés que hablando de Cervantes con el licenciado Márquez de Torres, le decía:—Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega Dios que nunca tenga abundancia. Un hombre feliz, rico, dichoso, amado, como Goethe, un viejo pagano, clásicamente impasible como él, no puede escribir la segunda parte del *Quijote*; Goethe no posee el arte que á Cervantes le enseñó la vida suya, de convertir una lágrima y una mueca de dolor en sonrisa y una sonrisa en carcajada. No poseía el Gran Pagano el *quid* supremo del humorismo, expresión la más alta á que puede llegar el humano ingenio.

Además, Goethe no era católico, y Cervantes sí. A última hora, después de haber sufrido todas las desventuras, el viejo hidalgo cayó en la cuenta tristísima de que aún le quedaba por resolver el máximo problema, el del sentimiento: y á última hora se aco-

gió á sagrado y puso la esperanza en lo incognoscible, ya que de lo conocido no podía fiarse. A esta última ilusión, ó á esta última esperanza, supo asirse en los trances postreros de su vida. Murió feliz, porque esperando murió. ¿Percibís la diferencia? Goethe hubiera desencantado á Dulcinea y hubiese llevado á Aldonza Lorenzo al pie del lecho mortuorio de Don Quijote, seguro de aquello que él mismo dijo:

La moziela que, hecha un pingo,
barre el sábado mejor,
es la que con más amor
te acariciará el domingo.

A pesar de sus paganismos y de sus refinamientos, allegados en Italia, Goethe es un tudesco, á quien tal vez en una posada ó venta no hubiese detenido el hedor de Maritornes, mientras que Cervantes..... ¡ah! Cervantes, el hidalgo español, es la más acabada representación de la finura humana, y su caballero, como dice un autor inglés, el prototipo del *gentleman* de todos los tiempos, sensible á la más leve indelicadeza.

Vedle así en casa del caballero del Verde Gabán: Don Quijote no está conforme, ni con el patriarcal régimen de vida que allí se lleva, ni con las relamidas razones y los cortesanos versos del hijo poeta que le ha salido al buen Don Diego; pero Don Quijote sabe contentar á padre é hijo, proceder con la más noble cortesía, ser superior á los mejores, más fino y delicado que quienes mayormente lo sean. El caballero del Verde Gabán se pasma al ver cómo un hombre tan loco cual hace falta estarlo para acometer la aventura de los leones, habla y obra bajo techado con tan refinada cortesanía. El caballero del Verde Gabán no comprende que de la hartura del corazón habla la boca. Vase Don Quijote, y aquella apañada, burguesa, tranquila y sosegadísima familia, se queda en profunda perplejidad. Lo que D. Diego de Miranda y su esposa Doña Cristina y su hijo D. Lorenzo sintieron y pensaron al partirse de allí D. Quijote, no lo dijo el autor, quien dejó tantos placeres y regalos á sus lectores cuantos cabos sueltos quedaron en su obra, pero cada cual puede imaginarse cómo al pasar Don Quijote por aquella casa honesta y recogida del discreto

caballero, pasó con él la ilusión y la alegría heroica que sólo una vez nos visita en nuestras pobres soledades.

Tampoco Cervantes estaba conforme con el modelo de vida feliz ó de *aurea mediocritas* presentado en D. Diego y en la imagen horaciana de su casa solariega: pero el considerarlo así nos lo dejaba á nosotros. Torpe hace falta ser para pensar que tras la verdaderamente heroica proeza de los leones, ponía la pintura del egoista y confortable reposo de D. Diego para preferirle y presentarle como una perfecta condición de vida. Amaba Cervantes á Horacio el cuarentón, pero seguir, seguía, y admirar, admiraba á Homero, que tiene eternamente veinte años. Para que más se recalcase, á la visión de Horacio en casa del caballero del Verde Gabán, seguía una visión de Petronio ó de Rabelais en las bodas de Camacho.

Créese que este episodio lo compuso Cervantes sólo para Sancho: para que Sancho engullera, trasegara, se ahitase y largase tres ó cuatro chistes entre cuatro ó seis regüeldos: ¡error indudable! En las bodas de Camacho habla poco y hace menos Don Quijote. El espectáculo de la abundancia grosera, de la felicidad material, no turba sus sentidos ni le hace proferir una sola palabra: pero en medio de tan carnal visión, que despierta en nuestra memoria los gratos recuerdos del Arcipreste de Hita y de su pantagruélica batalla de carnes y pescados, surge la desdicha amorosa con el suceso de Basilio el pobre, y allí todo se espiritualiza, y allí Don Quijote habla, y el autor siente y canta con igual simpatía el amor de Basilio y la generosidad de Camacho, como quiera que, al final de la vida, Cervantes se encuentra persuadido de que tan de estimar es un fino enamorado, pronto á matarse ó á morir por el amor, como un rico espléndido á quien no le ducen liberalidades.

No piensa entonces Cervantes ni lo mismo que Don Quijote ni lo mismo que Sancho, sino al par de los dos. El contraste va fundiéndose, la diferencia radical esfumándose, el autor haciéndose cargo de que una es la naturaleza humana, explicables todas sus contradicciones y conciliables sus antagonismos.

Antes que Kant y con mayor claridad que él ha visto el autor

del *Quijote*, y humanamente ha pintado la diferencia entre el sentido común, consenso, universal ó conciencia inferior, llamado *razón práctica*, y la razón suprema, que está por cima de los hechos y es conciencia común á estos y á las ideas, la *razón pura*. Y antes que Kant y mejor que él ha resuelto y fundido humanamente la oposición, llegando á la identidad de los contrarios, á la armonía y síntesis superior de la naturaleza humana, porque la compañía y el trato de Don Quijote, *razón pura*, llegan á ennoblecer y educar la rastrera razón práctica, el bajo sentido común de Sancho y todo lector que no sea un belitre percibe cómo van armonizándose los sentimientos y las ideas del amo y del mozo, subiendo este algo, bajando aquel un poquillo hasta ser uno los dos espíritus. Nótase, con esto, cómo los disparates de Sancho en su grosería y las sinrazones de Don Quijote en su inaccesible sublimidad, van trocándose en discurso razonable, humano y proporcionado. Se entrevé aquí el vislumbre de un sistema de régimen y educación social del escudero por el caballero y viceversa, que ya tenía sus raíces en muchos libros medioevales como los de Don Juan Manuel. Cree Cervantes en los superhombres como Don Quijote y el licenciado Vidriera, pero, más racional y más bueno que Nietzsche, no los separa del vulgo, ni los hace despreciarle y zaherirle, sino que los aproxima á él y con ello da un alto ejemplo de filosofía. No conocía el benigno Miguel esas petulantías y odiosas palabras despreciativas del literaturismo reciente hacia la gente humilde: para él no había *burgueses, filisteos*, ni *vulgo*, en el mal sentido del vocablo.

Pero el libro de caballerías sigue adelante y á la poderosa inhalación de realidad prosáica que los dos héroes acaban de recibir, es menester que suceda algo tan disparatado, increíble y fantástico cual el relato de la cueva de Montesinos. Aquí surge un nuevo ligamen secreto entre Don Quijote y Sancho, ya unidos irremisiblemente por el encanto de Dulcinea. Movido quizás por la socarronería del primo del licenciado, de aquel estudiante que acompaña á señor y escudero en la excursión á la cueva y cuya presencia y palabras perturban y desasosiegan á los dos, no acostumbrados á que nadie se entremezcle en sus coloquios y aventu-

ras, Sancho no cree nada de cuanto Don Quijote ha dicho ver en la cueva de Montesinos. Por su parte, Don Quijote no está muy seguro tampoco de que todo ello no haya sido una pesadilla suya: y esta admirable, esta soberbia dubitación, de tanto valor clínico, le coloca á Don Quijote en el caso terrible de un amo que, por algún estilo, es inferior á su escudero y ha de vivir, en cierto modo, atenido y sujeto á su misericordia y bondad. Así tal vez en la vida nuestros mejores intentos se malogran por una nonada que amarra nuestra existencia á la de un ser que vale ménos que nosotros y nos agua las fiestas y nos apaga los entusiasmos. ¡Cuántas veces no se halló Cervantes en esta misma situación!

Pocos pasos después, aparece la misteriosa, la épica, la formidable figura de Maese Pedro, á quien Cervantes amaba como á una de sus más bellas creaciones: y para que sea aún más interesante, Maese Pedro lleva consigo á su enigmático mono, cuyas muecas y brincos nos causan tan profunda é inquietante impresión como los saltos y ladridos del perro Montiel en el *Coloquio de Cipiión y Berganza*. Nadie mejor que Cervantes ha logrado soliviantar el ánimo de sus leyentes sacando de la inagotable realidad estos animales dotados de inteligencia, que nos paran pensativos y soñadores. Con pena se despide el gran creador de la hermosa figura de Maese Pedro, jurándose continuar con más espacio sus fechorías. Pasa, tras esto, la aventura del barco encantado y cuando ya el bobo lector puede creer que la corriente de sus sucesos va á arrastrar á Don Quijote como á tantos personajes de la novela escrita y de la vivida, el encuentro del andante hidalgo con la duquesa introduce al amo y al mozo en un nuevo y desconocido mundo.

Los veintisiete capítulos que tratan de las aventuras de Don Quijote en el palacio de los duques son considerados por muchos como lo mejor de la fábula. Cervantes puso en ellos las más graciosas aventuras, los más variados incidentes, todo cuanto podía hacer por animar la narración.

En ellos el lenguaje se ennoblece, el diálogo es más vivo que nunca, la descripción más rápida y sintética. Nada hay que no

podiera haber ocurrido, ya en el castillo de Pedrola, donde habitaban los duques de Villahermosa, condes de Ribagorza, señores de la casa real de Aragón, ya en cualquier otra mansión señorial, como la que el privado de Felipe III poseía en Lerma y otros nobles y grandes señores en diferentes lugares. Todo pudo pasar tal como se cuenta y todo pudo crear en la mente de Don Quijote nuevas ilusiones que renovasen y agravasen el empeño y creencia de sus caballerías. Los sucesos van hilvanándose de suerte que amo y mozo se vean envueltos en la ficción y á ella sometidos y con ellos el lector, quien tampoco discierne dónde empieza la comedia y dónde la realidad, como en esta ocurre á menudo.

Hay en estos capítulos un equilibrio inestable de razón y locura, de lógica y desvarío, que es, á no dudar, el gran secreto de la vida humana, el que sólo Cervantes y otros pocos filósofos como él poseyeron. La bienhechora idealidad de Don *Quijote* iba poco á poco infiltrándose en los ánimos más duros, primero en el del simple y bueno Sancho, después en los de las gentes sencillas del pueblo con quien ha tratado hasta entonces: sólo en el palacio de los duques, donde residen personajes de la más elevada sociedad española, aun cuando en algunos momentos parezcan el duque y la duquesa tomarle en serio, la verdad es que desde el principio hasta el fin se le considera como á un loco bueno para divertirse con él. Sólo en aquellas almas cortesananas habituadas al fingimiento y á la mentira no hay un poco de compasión para el caballero del Ideal. Sólo allí se burlan de él y no le comprenden. ¡Oh, bien sabía Cervantes y bien conocía lo que eran los señores cortesanos, como el duque de Béjar, el conde de Saldaña y acaso algunos otros á quienes se había dirigido demandando protección! ¡Quizás quizás no es muy aventurado ver una relación directa entre los festejos y holgorios que tomando por pretexto y *anima vili* á Don Quijote celebraban los duques en su castillo y aquellas otras fiestas con que en el palacio del Virrey de Nápoles se solazaban el conde de Lemos y sus cortesanos y seguidores, mofándose de las posaderas grandísimas del clérigo Bartolomé Leonardo y del mal humor de Diego Duque de Estrada y del

memori6n descompasado del ni6o prodigio Don Gabriel Leonardo de Albi6n, hijo del secretario Lupercio. Miguel, que tenia siempre los ojos vueltos hacia N6poles y albergaba constantemente en su alma la ilusi6n y la esperanza de volver 6 aquel lugar de sus delicias juveniles, no dejaba de pensar en el conde de Lemos y en su palacio cuando describía los acontecimientos del castillo ducal.

Las nobilísimas, las delicadísimas palabras y las caballerescas acciones del Ingenioso hidalgo manchego tal vez Miguel se las representaba como suyas para el caso de verse en aquella abundancia y nobleza: y quizás, desengañado y convencido por fin de que nada podía esperarse de la altanera, desconsiderada, frívola, ignorante y burlona aristocracia de su tiempo, ó quizás sin querer, dejando volar la pluma, hacía salir del castillo 6 Don Quijote, pasadas todas las aventuras y desventuras que en él acontecieron, como hacía salir de la ínsula Barataria 6 Sancho el grande y el bueno, sin que en las volubles é inconscientes almas del duque, de la duquesa ni de sus criados quedase una suave memoria de las discretas locuras del caballero andante ni de las humanas simplezas del escudero. Cuantos, antes y después que los duques, habían tratado 6 Don Quijote, al despedirse de él le querían ó le admiraban ó cuando ménos se compadecían de sus desvaríos y recordaban sus razonables discursos y alababan sus loables prop6sitos y sus sinceros y honrados sentimientos. Nadie, ni siquiera Ginés de Pasamonte, habiendo hecho da6o, molestado ó perjudicado una vez al buen caballero, se sentía capaz de segundar en sus malos procederés. Solamente los poderosos duques habían de ser tan inhumanos que al volver el pobre caballero, vencido, de Barcelona, aún le preparasen una siniestra y ridícula mascarada sin gusto ni arte, como broma refrita y mañida que de las que anteriormente imaginaron les sobró, cual es la de la muerte de Altisidora.

Mentira parece que haya habido quien califique 6 los duques de muy discretos y delicados y no advierta que precisamente ellos son los únicos indelicados, groseros y torpes con el Caballero cuyas palabras habían bastado para urbanizar y acortesanar 6

pastores y aldeanos y para levantar á lo sublime el bajuno y villano carácter de Sancho Panza. En el palacio de los duques, el verdadero duque, el gran señor, el digno de ser respetado y servido es Don Quijote. ¿No os hace pensar algo el hecho de que á Don Quijote le entendieran y le estimaran los cabreros y no le conociesen ni le comprendieran los señores de alta sociedad? ¿No recordáis que Jesucristo nunca entró en ningún palacio y que le amaban solamente y le seguían los pescadores y las mozas de cántaro y las del partido? Vano es — Don Quijote lo acredita en esos veintisiete capítulos magistrales — llevar un ideal arrastrando por las aulas regias, implorando la protección de quien nunca le vió á la necesidad el feo rostro. No se predicán ideales ni se prometen edades de oro bajo techos de artesón, ante mesas ricas, so bordados reposteros, ni el predicador eficaz se sentó nunca en sillones muelles de terciopelo blasonado. Las ideas grandes requieren ser lanzadas con el cielo sobre la cabeza, con una piedra por púlpito ó por asiento, con un árbol por dosel, teniendo por oyentes hombres y mujeres á quienes el sol tostó las faces y la doblez no les arrugó los corazones. ¿Qué sabían ni qué entendían de estas cosas el duque y la duquesa? Poco más ó ménos lo que entendería y sabría el conde de Lemos que en Nápoles seguía, y á quien sólo pudo contentar la encristalada y encerrada poesía de los hermanos Bartolomé y Lupercio, entonces ya difunto.

Alegre por demás sacaba á Don Quijote su autor del palacio ó castillo de los duques y le volvía á poner en el camino.

En la lucha perdurable, una vez más el camino había vencido á la casa. Tornaba á sus andanzas el caballero y por si no era bastante claro todo lo anterior, tropezaba con el valiente, discreto y generoso bandido Roque Guinart, ó Pedro de la Roca Guinarda, tatarabuelo de Carlos Moor y de los ladrones generosos de Schiller y de toda la caterva y numerosísima familia de estos grandes arregladores de la sociedad injusta y parcial. Después de Don Quijote, no hay en todo el libro personaje más simpático, más humano, con más claro concepto de la vida que este buen bandido Roque Guinart, en quien Cervantes vé, como ha visto

siempre en los de su laya todo sagaz pensador, no otra cosa que un hombre resuelto encargado de compensar á su manera las irritantes injusticias y de reparar con el atropello brutal los nefastos errores y crímenes de una sociedad que se empequeñece, se acoquina y se adapta gustosa y cobarde á un régimen de caciquismo y de favoritismo, como el que entonces nos aquejaba ya y del cual aún no hemos podido librarnos.

Roque Guinart es el reverso y el contrapeso del duque de Lerma: no hubiera existido Roque sin el duque. Vienen á veces en la historia rachas como esta, en que al bandidaje de las alturas responde otro esparcido con abundancia por los campos y que sólo á los directamente perjudicados por él inspira odio y repugnancia. Nadie aborrecía á Roque Guinart como nadie odió á los Siete niños de Écija ni á José María. El sentimiento ó el presentimiento de una justicia superior á la prostituída y corrompida en manos de jueces venales y de escribanos ladrones ha existido siempre en el pueblo. Tal sentimiento dictó las páginas en que Cervantes habla de Roque Guinart con tanta admiración como cariño. Las memorias de su juventud y de la vida libre de Italia regocijaban y refrescaban la mente del anciano escritor al pintar una vida envidiable como la de Roque Guinart: libertad con riesgo, con grandeza y bravura era lo más estimable en el mundo. Obsérvese cuán finamente, cuán hondamente nota el autor del *Quijote*, el soldado de Lepanto, cómo el heroísmo español ha ido á refugiarse en las sierras fragosas y anida en los corazones de los bandidos, porque ya hace tiempo que le arrojaron de la corte. Roque Guinart es el primero de todos los capitanes de ladrones que reemplazan en la realidad y en la poesía épica popular á los antiguos capitanes de soldados: es un descendiente de Don Juan y de Don Alvaro, de Don Lope de Figueroa y de Don Manuel de León. Llevadle á América y no se llamará Roque Guinart, sino Francisco Pizarro. La vida aventurera de Roque entusiasma al escritor hundido en las plebeyías y estrecheces de su *antigua y lóbrega posada*, piso bajo de la calle del León. Con esa vida sueña y no con la regalona medianía de Don Diego de Miranda.

Por desgracia, el tiempo de los heroísmos ha pasado. Es me-

nester que el caballero de los Leones sea vencido y que su vencimiento llegue en solemne ocasión, de modo que no vuelva á eruir la altiva cabeza. Para ello elige Cervantes á Barcelona, la hermosa, la noble, la valiente, la rica. La alegría que en ella reina es el mejor fondo para "la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido". Leamos y releamos esta aventura y no dejaremos de caer en la cuenta en que modernamente se ha caído del profundo simbolismo que encierran todas sus partes y sobre todo, las tristes, las dolientes, las desmayadas y flacas palabras del desfallecido y derrotado caballero. Aquí puso Cervantes lo mejor de su corazón, aquí sacó el dón de lágrimas que poseía como pocos escritores de los nuestros. ¡Quién no se siente conmovido al ver derrumbarse en este caso el castillo interior, el ensoñado alcázar de las ilusiones de Don Quijote y no se compadece de él y de su pobre caballo, cuya flaqueza tiene algo de humana debilidad! ¿Quién no llora leyendo la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote para colmo de humillación y de bajeza? Y ¿á quién no saca por última vez de la melancolía por tales sucesos provocada el ver cómo Don Quijote, al igual de su autor, sabía sacar nuevas ilusiones y esperanzas nuevas de las cenizas de las que acababan de hundírsele y quemársele y, no repuesto aún del amargor de su vencimiento, soñaba con entregarse á la dulce vida pastoril y al cultivo de la apacible poesía de los campos, como quien sabe ya por sangrienta experiencia que en los campos encuentra la verdad quien la busca ó la piadosa mentira quien de la verdad está desengañado?

Llegan, por fin, Don Quijote y Sancho á su pueblo, abatidos, derrotados, pero alegres con la resolución bucólica que toman. Una liebre cruza el camino, perros la siguen: mal agüero es aquel. Unos muchachos pronuncian al descuido algunas palabras que misteriosamente pueden ser interpretadas. A Don Quijote le recorre el cuerpo un escalofrío de terror.

Don Quijote entra en su casa, cae malo, vuelve á la razón, muere. Una imponderable y grandísima pena inunda nuestro ánimo. Lloramos la muerte de Don Quijote y el renacer de Alonso Quijano el bueno: nos apesadumbra no tanto el que Don Qui-

jote muera como el que muera convencido de que antes había estado loco. Nos parece un nuevo engaño su desengaño, una nueva ilusión la pérdida de todas sus ilusiones: y viéndole morir y oyendo sus palabras, á las que ningunas otras igualan en grandeza y sencillez, á no ser las del Evangelio, pensamos todos en nuestra muerte y recorremos nuestra vida y reconocemos nuestro error, y tememos que aún nos queden nuevos retoños de ilusiones en el alma, los cuales, con acerbo dolor nuestro, han de ser arrancados ó destruídos.

A este íntimo arrancamiento de todo nuestro sér que la muerte de Don Quijote nos causa, no ha llegado ningún otro escritor conocido. Aquí Homero cede, calla Dante, Goethe se esconde avergonzado en su clásico egoísmo. Sólo Shakespeare puede mirar con ojos serenos esta gloria superior á las demás humanas, porque solo él, como Cervantes, supo convertir una lágrima en sonrisa y una sonrisa en carcajada, y al final, trocar la carcajada en sonrisa y hacer que la sonrisa vuelva á ser sollozo.

Y Cervantes, luego que tal hizo, como Dios, *vió que era bueno.*

CAPÍTULO LVIII

LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

Satisfecho y orgulloso de haber compuesto el último libro de caballerías y de haber sacado á luz las que él creyó primeras novelas ejemplares según el modelo de los *novelieri* italianos, y más aún, siguiendo su propio arquetipo, quiso Cervantes forjar la primera novela larga de los tiempos modernos y para ello escribió, en los descansos que le dejaban las comedias y *Don Quijote*, la *historia setentrional* de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*.

Al componerla se dejó llevar Cervantes de la inclinación de todos los viejos á alardear de que conservan viva, fresca y lozana la fantasía juvenil. Aunque la repetición sea fastidiosa, recordemos la segunda parte del *Fausto*, el exceso y tropel de la fantasía que en ella puso su autor y la confusión y perplejidad en que el lector se vé entre tan variadas y dispares representaciones. — Aquí — pensó Cervantes, como pensó Goethe, como pensaron y piensan otros ilustres viejos — voy yo á echar y á poner de mi cosecha todo cuanto sé y cuanto me imagino, para que los venideros piensen de mí que aún hubiera podido vivir doscientos años componiendo obras maestras de todo linaje. — Y sin querer, le resultó la obra más libro de caballerías que el mismo *Quijote*, no en el sentido de que encarnase ningún ideal inasequible, sino en el de ser un libro de camino, un libro en el cual no se encuentra reposo, en el cual la casa, la quietud, el sosiego salen derrotados siempre.

Pero no se hable ahora de cómo realizó su intento, sino más

bien de lo que intentó. Al acometer la empresa que él creía magna é inmortalizadora de los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, ya se había persuadido á medias ó á enteras Cervantes de que, alzado Lope con la monarquía cómica, no era posible atraer al público, influir sobre él (fines á los que, naturalmente, aspira todo autor, queriendo ó sin quererlo) por medio del teatro. Un grande hombre no intenta nunca minar el terreno á otro grande hombre ni ocupar un puesto ya ocupado por él.

A regañadientes y con todas las reservas mentales posibles Cervantes cedía el mero y mixto imperio del teatro á Lope, si bien, para sí mismo, estaba seguro de que *El engaño á los ojos*, y algunas otras de sus comedias no publicadas, aventajaban á todas las de Lope. Trabajo grande le debió de costar el arrancarse esta ilusión de anciano, pero así lo hizo, dejando al vulgo siempre vulgo del teatro que se entretuviese y distrajera con disparates. La rapidez de la acción, la escasa inteligencia ó las malas artes de los actores, la no templada cólera, impaciencia y desatención del público, por Cervantes notadas tantas veces, hacían necesario que en el teatro el arte se abajara y redujese á una habilidad ó maña de que él carecía. Nunca estos grandes genios indulgentes y benévolo, estos pintores prácticos de la vida, como llama Sainte Beuve á Cervantes, fueron apropósito para recortar la realidad en actos, ni ménos para mutilarla, presentando sólo las partes angulosas y esquinudas de ella, en perenne batalla.

Conocía Cervantes que su natural no le guiaba, como á Lope, por el camino de la iracundia y de la violencia, que son necesarias para concebir furiosamente, modelar á trastazos y hablar á gritos, con objeto de que las distraídas cabezas de los espectadores, atentos á sus negocios, á sus pasioncillas, á sus comodidades ó á sus pláticas sabrosas, se vuelvan espantadas, ó al menos interesadas hacia el escenario.

Comprendía Miguel que era inútil poner en lo escrito, si había de ser representado, más humanidad de la que tolera una muchedumbre amontonada en un corral. Todos somos humanos, complacientes y paciencudos á solas, como destemplados, intolerantes y despreciativos cuando formamos parte de una multitud.

Esa masa desconocida, que componen el señor desengañado y casero, la doncella ó la dama que no van al teatro, el religioso conocedor del mundo, el hombre maduro en quien la reflexión predomina, era el público de Cervantes, como es siempre el público de los novelistas, y raro es que, en alguna ocasión coincida con la muchedumbre agitada, callejera, tumultuosa, irreflexiva de azotacalles y gentes sin hogar, de señoritas y caballeresos deseosos de exhibirse, de novias y novios, de amantes y queridas, de seres aburridos y cansados á quienes un gran aburrimiento ó una curiosidad de ver acciones muy propia de quien es incapaz de realizarlas, conduce al teatro. En otro lugar, cuando pase algún tiempo, se estudiará el público de Lope y se le confrontará con el de Cervantes. Aquí no se ha de advertir sino que son muy distintos y lo eran desde aquel tiempo ambos públicos. Por si alguien no reparaba en ello, ya tiene Cervantes buen cuidado de notar, en la segunda parte del *Quijote*, las cualidades y condiciones de las personas que habían leído la primera.

Pero, sin dejar de conocer esto, quizás el mismo Cervantes echaba de ménos un poco de acción en la segunda parte del *Quijote*, en la cual, salvo en los capítulos referentes al castillo de los duques, la reflexión predomina, si no material, espiritualmente y cada aventura parece reflejo, consecuencia ó faceta distinta de un mismo pensamiento que con lógica va extendiéndose por la obra. Acaso y sin acaso Cervantes llegó á dudar de que su obra produjese todo el efecto apetecido por falta de rapidez y multiplicidad en la acción: acaso también se propuso halagar, buscar á aquel público abundantísimo que Lope tenía ya seducido y arrebatado con la magia y fecundidad de las acciones hormigueantes en sus obras. Era preciso, necesario hacer un gran libro de camino, de aventuras disparatadas y fantásticas que, fuera de toda razón y método, conmovieran y enajenasen á aquel público hecho ya á ver en tres horas sucederse los más extraordinarios hechos y fingirse las más increíbles historias.

Para ello, buscó un dechado en la novela griega del decadente Heliodoro *Theágenes y Chariclea*, de la cual salieron tantas otras desvariadas ficciones y comenzó por imaginar á sus héroes

de un modo completamente exótico y extraño á toda realidad, haciendo al varón Persiles hijo del rey de Islandia y á la enamorada Sigismunda hija del rey de Frislandia. Para representar lo que la fantasía de Cervantes, educada en la lectura de libros caballescicos y en la visión de las más increíbles hazañas y de los más raros peligros, hizo en los dos primeros libros del *Persiles*, no encuentro nada mejor que recordar las curiosísimas cartas geográficas que, por mandado del emperador Carlos V, dibujó y publicó en Colonia el famoso geógrafo holandés Gerardo Mercator, desde 1560 á 1595. Examinad esos interesantes mapas, cotejadlos con otros de los modernos y veréis cuán deforme y extraña noción tenían de la verdad, según hoy la concebimos, aquellos hombres que por mares y costas se arriesgaban, sin conocer nada á fondo ni con la exactitud indispensable para la navegación. Todos los continentes le parecían á Mercator mucho más anchos y más cortos que son en realidad. Africa es casi redonda, América parece una de esas nubes pesadas é informes de verano, la península escandinava tiene una infinidad de jorobas que sólo existían en la imaginación del buen Mercator ó de los aterrados navegantes que le suministraban datos é informes y en quienes el recuerdo de los pasados peligros abultaba las cosas, confundía las imágenes y trastrocaba las distancias y las proporciones. Parecen mapas del país de la Quimera, cartas del reino del Absurdo, y nos maravilla que con tan flojo auxilio pudiesen los marinos navegar, los generales mandar ejércitos y los monarcas dictar leyes y gobernar tan mal conocidos países.

Muchas veces, remirando esos mendaces mapas he pensado qué hubiera sido para Felipe II, cuando el sol no se ponía en los dominios españoles, poder contemplar un hermoso planisferio de los que dibuja Stieler, en vez de aquel pequeño y embustero globo terráqueo de metal que en su celda escurialense tenía. ¡Qué hubiera sido asimismo para Cervantes, puesto á escribir *historias setentrionales* conocer de veras el grande, poético misterio del Septentrión, olfatear sus maravillosas leyendas, incorporarlas á nuestro caudal estético, trasladarlas á nuestro idioma! Ya conocía él, al emprender los *Trabajos de Persiles y Sigismunda* que por

el Septentrión podían hallarse nunca vistas noticias, jamás sabidas ideas ni experimentadas sensaciones, pero, por desgracia suya, todos estos nombres de Islandia, Frislandia, Lituania, la isla bárbara, la isla nevada y la isla de las Hermitas no representan sino vagas é imprecisas visiones, como los nombres de Periandro y Auristela, de Rutilio y Transila, de Arnaldo y Sinforosa, de Policarpo y Zenobia no responden á criaturas humanas, sino á seres indistintos, de ficción y de ensueño.

A los que, fatigados de la realidad ó hartos de ella ó, cual suele ser más frecuente, desconocedores de las inagotables hermosuras del mundo, gustan de esos libros de pesadilla, en donde la marcha del pensamiento y de la acción no van sujetas á ningún criterio lógico ni á ninguna razón humana, bueno será recomendarles los dos primeros libros del *Persiles*, tan dignos por lo menos de ser notados entre las grandes obras puramente imaginativas como las fantasías literarias de Tomás de Quincey ó los pictóricos ensueños de Arnoldo Böcklin. Examinad atentamente el famoso cuadro *La isla del misterio*, de este originalísimo creador, y decidme si no os figuráis como algo semejante las islas que en los dos primeros libros del *Persiles* imaginó nuestro inmortal autor. De este modo comprobaréis cómo no hay en lo moderno ni en lo antiguo forma ó manifestación alguna del gusto creador ni del arte delicado que por él fuera desconocida ó hacia la cual en alguna ocasión no dirigiera sus ojos y encaminara su voluntad. Los dos primeros libros de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* se dirigen, pues, á una parte del público á quien Cervantes imaginaba ansiosa de nunca sentidas sensaciones, hambrienta de nunca vistos sucesos. En imaginarlos puso lo más sutil de su alma y también lo más cansado y trabajado de ella.

Pero, terminados estos dos libros primeros, se le ocurrió al autor esta sencilla, esta humana consideración con que empieza el tercero: "Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento y no pueden parar ni sosegar sino en su centro..... ño es maravilla que nuestros pensamientos se sucedan, que este se tome, aquel se deje, uno se prosiga y el otro se olvide, y el que más cerca anduviese de su sosiego, ese será el mejor, cuando no

se mezcle con error de entendimiento.» Así, al fatigado pensar de Cervantes, vinieron nuevas ideas que ya eran viejas en él, cuando logró sacar de las regiones del Septentrión, donde se hallaban enredados en inextricables aventuras, á los principales personajes de su cuento. Y teniéndoles en el mar ¿dónde había de llevarles el viejo poeta sino á Lisboa, á la amada ciudad de sus mejores años?

Gozoso y alegre, como quien toca tierra después de un larguísimo navegar, pone Miguel en labios de Antonio aquel magnífico elogio de Lisboa, dulce, grato y bien sonante, como requiebro de viejo enamorado: "Agora sabrás, bárbara mía, del modo que has de servir á Dios: agora verás los rincos templos en que es adorado, verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve y notarás cómo la caridad cristiana está en su punto: aquí en esta ciudad verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo: aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos: la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia y la bravura no consiente que se le acerque la cobardía: todos sus moradores son corteses, son agradables, son liberales y son enamorados, porque son discretos: la ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos: en ella se descargan las riquezas del Oriente y desde ella se reparten por el universo: su puerto es capaz, no sólo de naves que se puedan reducir á número, sino de selvas móviles de árboles que los de las naves forman: la hermosura de las mujeres admira y enamora, la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen: finalmente, esta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo..."

Los dulces recuerdos de Lisboa sacan el pensamiento de Cervantes de las regiones fantásticas por donde había volado. Ellos le hacen revivir su juventud, ellos le traen de nuevo á los caminos trillados y conocidos, ellos ponen al libro en el terreno de la verdad y hacen seguir á sus personajes una ruta cierta por lugares como Lisboa, Badajoz, Guadalupe, Trujillo, Talavera, Toledo, la Sagra, Aranjuez, Ocaña, Quintanar de la Orden y otros cual estos

conocidos y vulgares. Aquí la fantasía pura y descarriada pierde sus fueros y la verdad se impone y señorea la fábula hasta el punto de sacar á relucir en Trujillo á “dos caballeros que en ella y en todo el mundo son conocidos: llámase el uno Don Francisco Pizarro y el otro D. Juan de Orellana, ambos mozos, ambos libres, ambos ricos y ambos en todo extremo generosos”, como si con esta evocación de dos nombres tan ilustres y de tan heroica resonancia quisiera Cervantes mostrar al mundo que no era necesario subir á las regiones septentrionales para tropezar con estos grandes paladines de lo desconocido y escrutadores valientes de lo misterioso y habitantes de las regiones oscuras, nunca antes holladas.

Sucédense unos á otros en esta parte de la narración los episodios reales y posibles, como el de Feliciano de la Voz, el de la chata vieja peregrina, en quien se columbra la imagen de la muerte, la romera misteriosa que siempre aparece inesperada, y el del polaco Martín Banedre, que es, sin duda, relación de un caso real y cierto, por el mismo Cervantes visto. Llegan los viajeros al río Tajo, divisan las torres y muros de Toledo y Miguel no puede contener las dulces memorias de los tiempos lejanos ni dejar de oír el rumor sonoro del noble río, cuyas aguas repiten á las distraídas edades

el dulce lamentar de dos pastores.

“No es la fama del río Tajo — exclama lleno de poético ardimiento — tal que la cierren límites ni la ignoren las más remotas gentes del mundo, que á todos se extiende y en todos se manifiesta y en todos hace nacer un deseo de conocerle.... y así por esto como por haber mostrádose á la luz del mundo aquellos días las famosas obras del jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega y haberlas él visto, leído, mirado y admirado, así como vió al claro río, dijo: (Periandro) no diremos: *aquí dió fin á su cantar Salicio* sino: aquí dió principio á su cantar Salicio: aquí sobrepujó en sus églogas á sí mismo: aquí resonó su zampoña, á cuyo són se detuvieron las aguas deste río, no se movieron las hojas de los árboles y parándose los vientos, dieron lu-

gar á que la admiración de su canto fuera de lengua en lengua y de gente en gente por todas las de la tierra: oh, venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas ¿qué digo yo doradas? antes de puro oro nacidas, recoged á este pobre peregrino que como desde lejos os adora, os piensa reverenciar desde cerca: y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo fué esto lo que dijo: ¡Oh, peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos para volver á resucitar su muerta gloria y á ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! Salve, pues, oh ciudad santa,.....

El itinerario que los personajes del *Persiles* van siguiendo hasta Roma es el mismo que, según se ha visto ya, siguió Miguel cuando joven, criado de Monseñor Julio Aquaviva.

En su desilusionada vejez reaparecía á los ojos del anciano poeta la esplendorosa visión de Italia, de donde él se creía desterrado. Así en estos dos libros últimos del *Persiles* va sembrando los gratos recuerdos de su mocedad. No es el viejo vulgar, para quien cualquiera tiempo pasado fué mejor: seguro está Miguel de que en toda razón y con justicia completa puede afirmarse que fueron mejores los tiempos pasados, y no es por una simple incidencia de la narración por lo que nombra á Pizarro, á Orellana y á Garcilaso de la Vega, sino porque está persuadido de que aquellos eran otros hombres más hombres que los de los tiempos presentes, más bravos en la acción y más sazonados en la palabra. Cercano ya á la muerte, va haciendo Miguel un como resumen é inventario de los grandes amores de su vida y por eso los biógrafos, si quieren trazar, con la figura exterior y la relación de los hechos conocidos, un poco de la interior verdad que en el pecho de Cervantes habitaba, no deben despreciar el libro este peregrino de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, antes bien deben estudiarle y analizarle palabra por palabra y línea por línea, con el mismo cuidado y atención que el *Viaje del Parnaso*.

Para contentar á sus lectores y singularmente para entretener las ociosas horas del conde de Lemos y de sus aristocráticas

relaciones, compuso Miguel los dos primeros libros del *Persiles*. En ellos mostró cuán poderosa y fértil era aún su fantasía y cómo acertaba á entrever, cuando se le ofreciera la ocasión, desconocidos mundos é ignotas regiones y á provocar en el ánimo de quien le leyese aquellas excitaciones nuevas cuyos resortes sólo poseen los grandes genios: pero al doblar la cumbre de los dos primeros libros, el solariego, el castellano realismo se apoderaba de su pluma, los personajes de la fantástica narración iban cobrando vida, los incidentes y episodios á la verdad se asemejaban, los lugares representaban paisajes, ciudades, rios, bosques conocidos y verdaderos y hasta el lenguaje adquiría una precisión, claridad y firmeza, ni siquiera por el mismo autor superada en ninguna otra obra suya. No creó Cervantes la *novela larga* española, como algunos autores han dicho, aunque imitaciones de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* se escribiesen al mismo tiempo y salieran poco después de ella, y algunas tan bellas y dignas de aprecio como el *Caballero venturoso* del cordobés Juan Valladares de Valdelomar. Imitadores de Cervantes en el *Persiles* fueron también, entre otros muchos, Suárez de Mendoza y Figueroa en su *Historia moscóvica de Eustorgio y Clorilene*; Francisco de Quintana en su *Hipólito y Aminta*; Cosme Gómez Tejada de los Reyes en el *León prodigioso*, etc., etc. Apartada la atención pública de los libros de caballerías, en lo cual no poco influyó el *Quijote*, aunque no tanto como se ha dicho, la necesidad de acción poética experimentada en todo tiempo por la muchedumbre se satisfacía con el teatro, todo acción é intriga en manos de Lope, de Tirso y de Vélez de Guevara. Por otra parte, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* no son sino en parte, porque así lo quiso su autor, imagen de la vida.

Aún es pasmoso, mirándolo bien, que á quien había mostrado en la segunda parte del *Quijote* el más amplio y universal concepto del vivir, exponiéndolo en tan sintética manera, le quedasen bríos para presentar, al mismo tiempo una pintura analítica, una galería de cuadros y de historias tan diferentes, unas ciertas, otras artificiales y fingidas cual las que en el *Persiles* se contienen.

Cervantes no llegó á ver impresa su última obra, pero sí terminada y corregida y revisada y limada por él con tanto amor como ningún otro libro suyo. Aquí, en este libro injustamente olvidado, es donde realizó aquella promesa suya del *Viaje del Parnaso*, en que ofrecía

cantar con voz tan entonada y viva
que piensen que soy cisne y que me muero.

CAPÍTULO LIX

LA ÚLTIMA ENFERMEDAD.—EL CORAZÓN Y EL CEREBRO

En los primeros meses del año 1616 el viejo hidalgo volvió á Esquivias, donde se hallaba su mujer doña Catalina de Palacios. Recio le apretaba á ratos su mal, no tanto que agotase su heroica paciencia. En trances tan fieros y apremiantes se había visto desde muy joven que ni los dolores le sobrecogían ni las esperanzas le desamparaban. En ocasiones, cuando aquella intolerable é insaciable sed de los hidrónicos le acometía, necesitaba recurrir á toda su acumulada resignación de tantos y tantos años para no desesperar por completo. Luchaba el cerebro siempre joven y alegre con el corazón viejo y entristecido, y no vaya á creerse que esta lucha es una metáfora puesta aquí por el autor, sin que la confirmen el diagnóstico y dictamen de un ilustre profesor de Medicina, el doctor Gómez Ocaña, que con tanta lógica ha estudiado y expuesto la *historia clínica de Cervantes*. Sus sabias palabras no pueden faltar al término de ninguna honrada biografía de Cervantes.

“¿Por qué enfermó del corazón el *escritor alegre*?—dice el doctor Gómez Ocaña.—Toda la vida de nuestro historiado se condensa en lo externo, en una constante solicitud, jamás satisfecha, de medios para el sustento. Este pretendiente de por vida aparece, en lo interno, altruista como no lo hubo ni lo hay, á no ser Don Quijote, su hechura. Lógico es que enfermase del corazón el que le tenía tran grande, máxime cuando le sobraron ocasiones para sufrir.

„Las prendas intelectuales y morales del príncipe de los In-

genios declaran su temperamento nervioso cerebral. De la robustez de Miguel dan testimonio sus trabajos y fatigas, siempre llevados con buen semblante, la falta de antecedentes patológicos y la edad que alcanzó, sesenta y ocho años muy cumplidos y muy vividos. Su héroe Don Quijote, también da fe con su robustez de la del autor.

„Mas si pudo Cervantes vencer en los mil peligros que amenazaban su vida, no logró hurtar el cuerpo á la vejez y esta hizo mella, no en el cerebro, de hermosa y sólida textura, sino en los vasos y en el corazón, de fábrica más endeble. *Arterio-esclerosis* se llama técnicamente esta vejez del aparato circulatorio, de la cual derivan multitud de enfermedades del mismo corazón y de otros órganos, que todos al cabo se resienten.

„De principio larvado, insidiosa, multiforme y crónica, la arterio-esclerosis era desconocida como tal enfermedad en los tiempos de Cervantes y aún hoy se diagnostica muchas veces tarde, cuando se encuentran lesionadas las principales entrañas.

„No apunto ni en pro ni en contra de mi hipótesis la falta de síntomas cardiacos en la historia de Cervantes. Lo que si alego en pro de la cardiopatía son las alternativas del ánimo, tan pronto propicio á la esperanza como desmayado...”

Estas profundas palabras cierran toda discusión sobre la enfermedad del viejo hidalgo. La hidropesía, que los médicos de entonces consideraban como una enfermedad, no era más que un síntoma. El daño estaba en el corazón y todo cuanto acabamos de relatar lo explica perfectamente. Llevan el corazón y el cerebro á los demás órganos la ventaja de que no necesitan, en circunstancias normales, más alimento que el reposo y este no se consigue sin el equilibrio entre lo que dan y lo que reciben. El constante eretismo, la infatigable actividad del cerebro de Cervantes, cuando no fueran suficientes á recompensarlos la fama que Miguel logró desde la publicación del *Quijote* y hasta las mordidas y los arañazos de los envidiosos, que al hombre de temple superior le saben á lo que son, á involuntarias alabanzas, se hallaban pagados con la propia satisfacción, con la seguridad, por Cervantes cien veces manifiesta, de que sus obras habían

de pasar á la posteridad entre el respeto y con el aplauso universales.

Esto tiene de bueno el oficio de escritor, entre tantas partes malas, que quien le escoge, en su propio trabajo halla la remuneración, si no le dan otra y se va al otro mundo con la tranquilidad de haber hecho algo memorable, dulce y sabroso engaño que nos hace arrastrar la vida y la faena como las ojitapadas mulas de noria, que no saben si están trabajando para la inmortalidad ó para regar unas matas de berzas y lechugas.

La enorme resonancia del *Quijote* y la conocida popularidad de Cervantes fueron suficientes, sin duda, á dejar su cerebro equilibrado y buena prueba de ello es el afán con que, á dos pasos del sepulcro, habla de sus obras en proyecto. Para la intelectualidad de Cervantes, no habían existido los desengaños ni las desilusiones. Trabajo le había costado arrancar de su mente algunas ilusiones, como la del teatro. Su tácita y jamás confesada lucha con Lope había concluído en acatamiento y sumisión, con más ó menos reservas. Su cerebro estaba bien alimentado, porque reposaba, como reposa únicamente el cerebro, según los más ilustres fisiólogos, es decir, cambiando de operación y de dirección, proyectando nuevas y distintas obras: el *Bernardo*, las *Semanas del jardín* y hasta la segunda parte de *La Galatea*, de la cual hablaba el anciano creador con la infantil complacencia del sesentón que encuentra en un arcaz viejo los bizarros atavíos amorosos ó marciales de sus veinte años y se los prueba y halla que ni el talle, ni la presencia y apostura de su ancianidad desmerecen de sus gallardías de mozo, ni tal vez parezca mal, en sonada ocasión, arreararse con las gallardas prendas que no han perdido la gracia ni la hechura.

Entero, sano, fresco, juvenil, se conservó hasta los últimos días de su existencia el cerebro de Miguel, como su pluma elocuente y conmovedora hasta el postrer instante, la cual después de recibida la extremaunción y de aparejada el alma para el viaje postremo, sabía decir cuanto quería y dejaba transparentarse más claro y más sincero que nunca el pensar que la guiaba.

Pero si el cerebro estaba satisfecho y nutrido, no así el corazón, cuyo alimento son el amor y la alegría. Las mayores alegrías

y los únicos disfrutes y goces de Miguel en la vida fueron los intelectuales. Sus obras todas declaran que tenía mucho más de sentimental que de sensual. No menospreciaba la carne, como los místicos y los ascéticos contemporáneos suyos, ni el negro humor con que el beato Juan de Avila entintó los corazones y embarró la sangre, despertando el amor á la putrefacción y á la muerte antes que el macabro Valdés Leal lo glorificara en sus cuadros, se comunicó al espíritu de Miguel: pero tampoco amó exclusivamente á la carne con la epicúrea sensualidad que rebosa en las gentilezas de Baltasar del Alcázar y de algunos otros admirables ingenios (por desgracia pocos), á quienes debemos el que la alegría española no haya perecido achicharrada en un auto de fe ó estoqueada por un marido celoso de los de Calderón.

En ningún otro autor encontramos como en Cervantes el arte supremo, humano de conciliar el atractivo del deleite con el encanto de la honestidad en las cosas al amor atañaderas. Ni el mismo Lope, doctor en amorosas ciencias, ha igualado á Cervantes en esta suprema y sublime delicadeza que le ha valido un trono en el corazón de las mujeres capaces de comprender á Epicuro y de amar á Platón, las cuales son muchas más de lo que cuatro infelices piensan. Pudo ser y no fué Cervantes el más fino amador de su tiempo y, si analizamos bien la causa de sus reconcomios con Lope, tal vez hallemos que no es enteramente ni puramente literaria. No: Cervantes veía y todo el mundo sabía que Lope era amado por mujeres de todas las trazas y calidades, que Lope no hubiera podido crear un cúmulo y tropel tan inmenso de pasiones desenfrenadas como el que dió vida á su teatro si no se hubiese hallado, cual se halló él mismo, en lo más ardiente y fragoroso del torbellino que al mundo arrebató y en el cual, unos con pareja y otros sin ella, unos locos, otros tontos, estos mancos, cojos aquellos y todos ciegos, vamos envueltos sin saber á dónde, unos gozando, como Lope, otros padeciendo como Cervantes, sin llegar nunca al goce anhelado.

Podéis asegurarle, podéis creerlo: en el fondo de su alma Cervantes envidió á Lope sus amores y sus amoríos, el imperio y su gestión que por su persona, más aún que por sus escritos, ejercía

en las mujeres. Este era un modo de fecundidad que á Miguel le pareció siempre envidiable y por no haber llegado á conseguirlo fué el Ingenioso hidalgo infeliz en amores toda su vida. ¿Pensáis que no encierra algún misterio encantador la circunstancia de que Don Quijote no hubiera visto sino una ó dos veces á Dulcinea y jamás con ella hubiese cruzado palabra? Cervantes había llegado á Platón sin pasar por Epicuro y esta fué una de las grandes amarguras de su vida.

Sus amores de Portugal, su pasión por Ana Franca fueron mezquino y menguado alimento para una hambre de amor tan violenta y fuerte, por lo mismo que no era carnal ni había de apagarse ó disminuirse al huir la juventud. Y, bien mirado, no es difícil reconocer, por mucha tristeza que el declararlo nos cause, que á Cervantes nadie le quiso de veras, con la intensidad y la solicitud que él se merecía. Sólo su hermana doña Andrea, la generosa en amores, fué capaz de concederle aquella estimación constante, honda y diaria que el genio necesita para vivir á gusto, como necesitan las perlas el tibio roce de la carne femenil ó el regalo y blandura del terciopelo y la dulce presión de los algodones del estuche; pero doña Andrea estuvo toda su vida atareada en las más diversas ocupaciones, tuvo tres maridos, no pudo atender á su hermano con el esmero y la continuidad indispensables.

¿Y doña Catalina de Salazar? No la echemos enteramente la culpa. Reconozcamos los hechos y en la fuerza que ellos tienen basaremos una inducción suficiente á explicarlo todo. Un gran poeta desconocido llega, no á últimos del siglo xvi, sino hoy, á principios del siglo xx, á un pueblo como Esquivias, en la Sagra de Toledo ó en la Mancha ó en la Alcarria ó en la tierra de Campos: además de poeta es soldado y está inútil para seguir siéndolo. El amor habla á los oídos de una moza recatada y pudiente del lugar. La moza le escucha, se casa con el poeta, llega á amarle, más por sus buenos hechos y sus dulces palabras que por sus poesías, que ni entonces ni ahora dan á nadie para vivir. Luego, después del amor, está la vida y la vida, inexorable, dura, fuerza á los dos amantes, ya casados, á una triste y necesaria separación, en la cual se consume y disuelve la juventud de ambos. La esposa, no

por serlo de un genio, es también una mujer genial: harto hay con que sea, como lo fué doña Catalina, fiel y casta. ¿Quién es aquí el engañado? ¿Quién el que tiene derecho á quejarse? Con toda justicia, ni el uno ni el otro. El amor ha prendido su fuego en los dos corazones, pero la ausencia larguísima ha acabado por extinguir la llama. Y como no ha habido amor, no ha habido constancia en mantenerle, tarde y con daño ha venido la estimación: pues todavía el amor puede renacer atizando fuertemente los rescoldos que de la lumbre quedaran, pero ese calor viejo, sostenido, cotidiano, que estimación suele llamarse, no hay manera de improvisarle, ni de encenderle, como que nace del cuidado, de la previsión, de la solicitud y ahinco en que el hogar siga ardiendo, en que la puerta no se abra, ni la ventana se entorne, en que el ambiente se conserve cálido en el aposentillo, y para tener todas estas nimias atenciones no puede servir una mujer que ha pasado veinte años sola consigo misma en un pueblo triste, en un gran caserón desnudo.

Paseándose por las destartalladas salas ó sentado en el poyo de la puerta, el viejo hidalgo considera esto, que ha truncado y entristecido su vida, y la contempla como en panorama y reconoce, no un error, pues él no tiene la culpa, ni su mujer tampoco, sino su mala estrella. El intelecto está sano, fuerte, pronto á la producción, apercebido para la obra fecunda. El mismo lo ha dicho recientemente:

Tieso estoy de cerebro por ahora...

Pero el corazón está enfermo, achacoso, descaecido, como esos hombres, tantos y tantos que por todos los pueblos de España se ven y en Esquivias, aun siendo lugar rico se verían... como esos hombres digo que llegan á viejos con el cuerpo hecho una hoz de tanto encorvarse encima de la mancera y de tanto patalear las besanas y que nunca han conocido la hartura, ni aun siquiera el alimento necesario y correspondiente á tan rudo y continuo bregar con la tierra y que ya sólo desean hacer un hoyo, echarse en él y atracarse de tierra eternamente.

El corazón de Miguel ha trabajado con exceso, en medio de

las escaseces de Valladolid, de Madrid y de Sevilla, cuando niño: después en la campaña de Lepanto, en la de la Goleta, en los inútiles afanes y borrascas por socorrerla: más adelante en los horrores y peligros del cautiverio. Allí, el personal heroísmo de Miguel, tantas veces puesto á prueba, ha ensanchado su corazón, quizás le ha hipertrofiado. Cada peligro de estos es un trastorno nervioso enorme, cada trastorno nervioso un desarreglo circulatorio. El descanso, el alimento á un corazón tan fatigado han sido al volver á la patria, unos breves amores, unos pequeños triunfos de la vanidad. Luego la necesidad de la lucha se impuso de nuevo y en aquellos veinte años de malandanzas y aventuras por los pueblos, caminos, ventas y mesones de Andalucía ¿qué era lo que el errante Miguel podía dar como pasto á su corazón? Ni los prosaicos menesteres en que andaba metido servían sino para achicarle y engurrufírle, ni las esperanzas de que nunca estuvo falto eran bastantes para mantenerle. Las comisiones para saca de trigos y aceites, la cobranza de alcabalas y rentas, los apuros, angustias y escaseces pasados en Sevilla, las exigencias y amenazas de los contadores, las dos estancias en la cárcel y luego la traslación á Valladolid, el proceso de Ezpeleta, la frialdad y hosquedad de la Corte y por fin la desavenencia con su hija, á la cual debía de tener tan hondo y arraigado cariño, las malicias del dinero, que agría los caracteres y disuelve los amores y las amistades, toda esta sucesión de desazones, intranquilidades y zozobras no podían ménos de golpear en aquel corazón que indomable parecía hasta gustarle, anonadarle y aniquilarle. El cerebro había peleado con denuedo, pero siempre había salido vencedor: el corazón estaba vencido, jadeante, lleno de heridas profundas que habían abierto las añejas cicatrices: y, como consecuencia de la fatiga del corazón, los labios, el paladar y la garganta del doliente hidalgo tenían sed.

Paseando por las haldefueras de Esquivias, llegaba el viejo con algún amigo ó pariente del lugar á la fuente de Ombidales, cercana á unas tierras de su mujer. Sentábase en una peña y de vez en cuando remojaba las fauces en el agua corriente. El manso manantial cantaba contando su perenne, su indescifrable historia,

de las entrañas de la tierra salida. Por allí cerca, las alegres cogujadas andaban á saltitos, meneando graciosamente la cabeza coronada por un moñito picudo; picudo era también su canto agudillo: To-to-ví-i....! Más lejos, entre las cepas, las perdices, ya desde febrero enceladas, diseñaban su cacareo, parecido al caliente arrullo de una poderosa y morena contralto y los machos bravíos contestaban desafiándose de loma á loma:—Ssi-ssi-ssi—y enviando al final un beso apasionado á las hembras, locas de su cuerpo. Los croajantes grajos habían huido en bandales sueltos de los exhaustos olivares y en ellos comenzaba á refugiarse el cuco y tal vez en las tardes soleadas lanzaba su primer llamamiento á la alegría primaveral, aún ronquera..... El viejo poeta pensaba que la fuente, las cogujadas, las perdices y el cuco eran quienes tenían razón, toda la razón, la suprema razón de la vida.

Sólo el amor merecía la pena: *amor* solamente decía en todas sus frases el cantar imperecedero de la fuente, cual si esta palabra y este sentimiento manasen del hondón de la tierra, como el agua mansa, sin que nadie sepa de dónde ni por qué viene. El cuco y las perdices, las cogujadas y la fuente con sus amables voces le daban al poeta el mayor desengaño que hasta entonces había sufrido. ¡Tantos años de oír los ruidos y los cantos de la Naturaleza y no haber caído en la cuenta hasta que ya no había remedio! Y el viejo hidalgo sentía en su corazón enfermo las palpitations juveniles y en sus labios reseco y áridos la sed robusta que le anunciaban la primavera cercana: y tenía miedo de la primavera que nunca le fué benigna como el otoño.

Para no encontrarse con la primavera en medio del campo, volvió á Madrid, á sumirse en su antigua y lóbrega posada y en el camino le sucedió... pero no profanemos este recuerdo sacrosanto, que él mismo contó con su alada pluma. Lo mejor será copiar sus palabras de oro, conocidas de todo buen español, jamás inoportunas y menos en este lugar.

«Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que á mis espaldas venía picando con gran priesa uno que

al parecer traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces, que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venía vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales: verdad es no traía más de dos, porque se le venía a un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla; llegando a nosotros dijo: ¿vuesa mercedés van a alcanzar algún oficio o prebenda a la corte, pues allá esta su Ilustrísima de Toledo y su Majestad ni mas ni menos, según la priesa con que caminan, que en verdad que a mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de una vez? Alo que respondió uno de mis compañeros: el rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo que pasilargo. Apenas hubo oido el estudiante el nombre de Cervantes, cuando apeándose de su cabalgadura, cayéndósele aquí el cojín y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetio a mí y acudiendo a asirme de la mano izquierda, dijo: sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas. Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder á ellas y así abrazándole por el cuello, donde le eché a perder de todo punto la valona, le dije: ese es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes: yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho vuesa merced; vuelva á cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta de camino: hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algún tanto más las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento diciendo: esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano, que dulcemente se bebiese: vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. — Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido; mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides

de mis pulsos, que a más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuestra merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuesa merced me ha mostrado: en esto llegamos a la puente de Toledo y yo entré por ella, y él se apartó a entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado, mis amigos gana de decillo, y yo mayor gana de escuchallo. Tornéle á abrazar, y volvióseme a ofrecer: picó a su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, quien habría dado gran ocasión a mi pluma para escribir donaires, pero no son todos los tiempos unos; tiempo vendrá, quizá, donde anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenia. Adios, gracias; adios donaires; adios, regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida».

CAPÍTULO LX

EL ÚLTIMO PROTECTOR.— CÓMO MURIÓ CERVANTES

El arzobispo de Toledo, Don Bernardo II de Sandoval y Rojas se hallaba á primeros de marzo en la dehesa de Buenavista, huyendo la incomodidad y el desamparo de los fríos inmensos salones del Palacio arzobispal. Buenavista, hermosa casa de placer que se alza en una ladera sobre la derecha orilla del Tajo es, como su nombre declara, un lugar de bellas y apacibles perspectivas. Allí el río padre, después de haber abrazado amorosamente á la ciudad misteriosa, corre dilatado; ufano y músico, relata sus secretos á quien sabe oírlos. Al mismo lado de Buenavista, apoyados los muros en la margen del río y envuelto entre las frondas plateadas de los álamos blancos y entre el obscuro follaje de los álamos negros, el edificio que aún se llama *Los Lavaderos de Rojas*, muestra el término habitual que á sus paseos daba el arzobispo Don Bernardo, en las tardes marceras, en que es menester buscar el abrigo de los árboles y el regalo y sosiego de las frondas, donde el aire quiebra un poco y tañe en las ramas prodigiosas sinfonías. Desde aquel sitio el sol hiere de través los cerros negrizos de San Bernardo en donde las olivas se retrepan; á la izquierda, en los cigarrales famosos, los albaricoques y los almendros, las olivillas y los parronesy algun forastero nopal que vive en el regazo de una tapia, se despiden del sol fugitivo que río adelante camina y las casillas blancas cigarraleras le dirigen una sonrisa bonachona: más á la izquierda, la noble ciudad, gloria de España, asentada en su pedestal de roca viva, reluce como una joya de la tierra y hacia su centro, entre los centelleos de los

cristales, de esas amables y optimistas ventanas que en los crepúsculos nos dicen que al día siguiente habrá también sol y vida, rasgan osados el aire la puntiaguda torre de la Catedral y el cuadrado campanario morisco de San Román, famoso en la historia y en la poesía épica española.

Para Don Bernardo de Sandoval y Rojas tales bellezas eran plato de todos los días. Llevaba casi diecisiete años rigiendo la Sede Primada. Era ya viejo. Había sido antes obispo en Ciudad Rodrigo, en Pamplona y en Jaén. Había conocido todas las grandezas y las pequeñeces del mundo, y ningún negocio espiritual ni material tenía para él secretos.

Inquisidor general, conocía al dedillo los conflictos y apuros de conciencia: Consejero de Estado, las artimañas y apañuscos de la política le eran familiares: Jefe de la Iglesia española, ejerció con mesura, pero con firmeza, el formidable poder que se le confiara: prócer espléndido hasta el extremo posible de grandeza, sin tocar en el despilfarro, varias veces había tenido que prestar caudales al mismo Rey Felipe III y en reciente ocasión le sirvió con cincuenta mil ducados para un apuro de los muchísimos en que se veía aquella corte, hecha de ostentación y vanidad y rellena de roña y de miseria.

Holgadamente podía hacerlo, pues las rentas propias del Arzobispado no bajaban á la sazón de seis millones de reales, que es como decir ahora seis millones de pesetas próximamente y asentado sobre tan robusta base metálica, el poder moral del Arzobispo era invencible y el más sólido y positivo de la nación. Así, habiendo ganado el largo y memorable pleito del Adelantamiento de Cazorla, señorío de cinco villas y numerosos territorios, el cual pretendían ser suyo los Marqueses de Camarasa, porque el palaciego cardenal D. Juan Tavera se lo regaló al secretario Francisco de los Cobos, en tiempo del Emperador, Don Bernardo nombró Adelantado á su sobrino el omnipotente Duque de Lerma, pero al poco tiempo le obligó á que lo renunciase no fuera que, engreído con su privanza, quisiese también perpetuar en su familia y casa el Adelantamiento perteneciente á la Mitra. Celoso de sus fueros y derechos, como nadie, era además, según

se ve, Don Bernardo de Sandoval un gran conocedor del corazón humano.

Por eso, en sus siestas y reposos de Buenavista, se deleitaba principalmente leyendo libros que á humanidad trascendieran. Ya se ha dicho que odiaba el arte gótico: odiaba, pues, todos los encumbramientos idealistas y románticos, todas las caballerías andantes, ya á lo humano, ya á lo divino. Quizás, en el fondo, aborrecía á las féminas inquietas y andariegas como Santa Teresa de Jesús, á los audaces caballeros de Loyola y á todo espíritu alimentado con libros caballerescos. También se ha dicho que era el suyo un espíritu neo-clásico, reposado y tranquilo, amigo de la exactitud, amante de la riqueza sobria, de las líneas claras y sencillas, de los términos precisos y netos.

Por ello, grande fué su complacencia cuando uno de sus familiares, quizás el entusiasta licenciado Márquez de Torres, le leyó ó le hizo leer la segunda parte del *Quijote*.

Alguna vez vió Don Bernardo á Cervantes, varias oyó hablar de él con elogio: creía recordar que en ocasiones le había socorrido, por ser un poeta pobre, hidalgo y soldado viejo. No le contentó mucho, sin embargo, la primera parte del *Quijote* y aquella suspensión en que deja al espíritu sin saber si proseguirá ó no adelante la locura del caballero de la Mancha. Pero al leer la segunda parte, al ver á Don Quijote morir en la cama como cristiano católico, cuerdo y renegando, en sublimes palabras, de su locura, como si redujese al mundo entero con su ejemplo altísimo á abandonar los desvaríos y despropósitos á que su demente sinrazón le guiara y quisiera sujetarle á los límites clásicos, ordenados, rectilíneos de la vida, el ilustrísimo prelado aprobó con toda su alma y, tarde ya, conoció, á su manera, que Cervantes era el hombre de más claro magín que en su tiempo había.

Don Bernardo, naturalmente, deducía del libro las consecuencias favorables á su criterio. ¡Oh! Sí—pensaba el sagaz y político anciano, á quien no se le ocultaban las razones principales de las *locuras de Europa*, que dijo Quevedo, y de las tonterías de España.—Esto es lo positivo, lo real: ha acabado la época triste y funesta de las fantasías gótico-flameantes, de las caballerescas luchas

y de las muertes heroicas de los paladines en el campo de batalla: venida es ó debe ser la edad del reposo y de la razón, de que el hidalgo muera tranquilo, perdonando á todos y de todos perdonado, en su lecho familiar. Y tras la muerte de Don Quijote, entreveía el buen arzobispo una era de clásicas regularidades y de armoniosas grandezas, que llegó, no en España, sino en Francia: y de aquella futura edad de sosiego y armonía se le antojaban pronósticos halagüeños el rumor sonoro del Tajo que á sus pies pasaba grave, solemne, y el cantar del viento en las alamedas, que tenía el contrapunto y hacía la fuga al canto hondo, canónico, del río.

Regocijado por la lectura, que aún tenía poder sugestivo sobre su ancianidad, el arzobispo de Toledo preguntó si se le habían hecho nuevas mercedes á Cervantes. Alguien le anunció que el viejo poeta se hallaba enfermo y tan mal de recursos como era su costumbre. Don Bernardo previno seriamente que no se echase en olvido nunca al autor del *Quijote*.

El cual, como se ha dicho, había vuelto ya á su casa de Madrid, perdida casi del todo la esperanza de curarse, pero sostenido y alentado por la protección que de tan alto le llegaba, aunque ya era tardía. No solamente el arzobispo D. Bernardo le enviaba socorros materiales, sino además una carta, por él dictada ó escrita, consolándole en su última tribulación. Esto tienen de bueno los espíritus amantes del clasicismo: que saben reconocer las necesidades y los anhelos de la humanidad y dar á cada tiempo, á cada lugar y á cada persona lo suyo. A la carta y á las mercedes del arzobispo D. Bernardo contestó Cervantes con lo último que escribió antes de caer en el lecho. Es el famoso y venerable documento que preside las sesiones solemnes de la Real Academia Española, y dice así:

“Ha pocos días, muy Ilustre señor, que recibí la carta de vuestra señoría Ilustrísima y con ella nuevas mercedes. Si del mal que me aqueja pudiera haber remedio, fuera lo bastante para tenerle con las repetidas muestras de favor y amparo que me dispensa vuestra ilustre persona; pero al fin tanto arrecia que creo acabará conmigo, aun cuando no con mi agradecimiento. Dios le conser-

ve ejecutor de tan santas obras para que goce del fruto dellas allá en su santa gloria, como se la desea su humilde criado, que sus magníficas manos besa. En Madrid, á 26 de Marzo de 1716 años. — Muy ilustre señor: Miguel de Cervantes Saavedra.»

Escribió esta carta con tanto cuidado y atención, que de ella existen dos copias, con ligeras variantes. La clarividencia propia de los últimos días de su vida y que ya en algunos momentos tocaba en los umbrales de lo sobrehumano, le dijo que el reconocimiento de su genio por hombre tal como D. Bernardo de Sandoval y Rojas era un seguro anticipo, ó mejor dicho, era el primer mensaje de inmortalidad que le enviaban los siglos futuros. Las puertas de lo eterno se le abrían por mano del hombre que, después del Pontífice de Roma, estaba investido del más alto poder espiritual.

Una gran paz fué llenando el alma de Miguel: una grandiosa humildad infiltrándose en su corazón enfermo.

Derribado en la cama por los acerbos dolores que sentía, no quiso morir sin asirse, adherirse, abrazarse al último ideal de su existencia, la fe religiosa. A última hora, quería resolver aquella gran duda que se le ofreció á su grande y bueno Sancho Panza, cuando le explicó Don Quijote, en el capítulo VIII de la segunda parte “que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos”, y explicando lo que significaban los gigantes y demás imaginaciones andantescas añadía: “tenemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos, á la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, entre cristianos, famosos caballeros.” A lo que Sancho, el buen Sancho, después de proponer á su amo el difícil punto de si es más resucitar á un muerto ó matar un gigante, contesta aconsejando á Don Quijote que los dos se hagan santos para alcanzar más brevemente la fama “y advierta, señor—

dice—que ayer ó antes de ayer canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas y están en más veneración que está, según dije, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero.....”

Comunicaba esta última vacilación suya el acongojado Miguel con su grande amigo y dueño de su casa el presbítero D. Francisco Martínez Marcilla, el cual estimó muy conveniente que Miguel profesara con votos solemnes en la Venerable Orden Tercera de San Francisco, ceremonia que se verificó en la misma antigua y lóbrega habitación del viejo poeta, quien ni siquiera pudo levantarse de la cama, el día 2 de Abril de 1616. Profeso ya, se hizo cargo Miguel de que era aquella otra especie de andante caballería de la humildad, como las pasadas lo fueron de la soberbia y vanagloria, y si le tranquilizaba el morir como cristiano, le complacía y endulzaba sus últimas horas el morir como caballero de una orden fundada por el santo Don Quijote de Asís.

Al cabo, pensaba, desechando ya toda amargura y todo rencor para con el mundo, que él no había sido nunca otra cosa que un pobre solicitante, casado ó unido de por vida con la pobreza. Para padecer los últimos extremos de la necesidad, poca falta le había hecho declararla, ni enamorarse de la escasez y de las privaciones, como alardeaban de hacerlo otros hermanos de la V. O. T. tan poco humildes y tan poco pobres cual el Condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco y el mismo Lope de Vega, también terciarios profesos. Al hacer la profesión, se acostaba Cervantes al parecer de Sancho Panza, reconocía la vanidad y la vacuidad de la vida. ¡Quién sabe si en lo más escondido y recatado de su alma, algunos momentos, no se replicaba á sí mismo con las propias palabras de Don Quijote!

Porque es lo cierto que á ratos sentía renacer la fuerza en su pecho, y aún abría un postigo á la esperanza. En uno de estos

ratos de felicidad relativa, su imaginación voló hacia la amada Nápoles y contempló la imagen del conde de Lemos, de quien sabía que también los desengaños comenzaban á abatirle y á dominarle, y entonces, el viejo casi moribundo, sentado en la cama, con esfuerzo violentísimo, sobreponiéndose á todos sus dolores y angustias, dictó ó escribió aquella página de oro que tan bien explica y declara sus últimos pensamientos, y que no por lo sobrado conocida, puede excusarse el copiarla aquí. Es la dedicatoria del *Persiles*, y en ella puso Cervantes lo más noble de su alma agradecida, pagando con nunca vista usura los favores que debiera al conde de Lemos.

“Aquellas coplas antiguas—dice—que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan *Puesto ya el pie en el estribo*, quisiera yo no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á vuestra Excelencia, que podría ser fuese tanto el contento de ver á vuestra Excelencia bueno en España, que me volviese á dar la vida: pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos, sepa vuestra Excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de vuestra Excelencia, regocíjome de verle señalar con el dedo y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de vuestra Excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardín* y del famoso *Bernardo*: si á dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas el

fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado vuestra Excelencia, y con estas obras continuado mi deseo. Guarde Dios á vuestra Excelencia, como puede. De Madrid, á diez y nueve de abril de mil y seiscientos y diez y seis años.

Criado de vuestra Excelencia,

MIGUEL DE CERVANTES."

Cuatro días antes de su muerte, escribió Miguel estas líneas. En ellas hizo el resumen de su pensamiento acerca de la vida, de la que él fué, como todos los grandes genios que á la humanidad conducen, fiel y rendido amante. En esas palabras, ya escritas mirando cara á cara á la muerte, se encierra la filosofía suprema del *sustine* y del *abstine* que heredó Miguel con la sangre cordobesa medio senequista, medio musulmana de su ilustre abuelo el licenciado Juan de Cervantes. "Llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir", dice, en un momento de esperanza quijotesca..... y un instante después, dice, como los árabes, "pero si *está decretado* que la haya de perder.....", y añade, como ellos y como Séneca, "cúmplase la voluntad de los cielos". ¿Notáis bien ahora hasta en los últimos días de su existencia, estos dos momentos que marcan el equilibrio fundamental de su espíritu sobrehumano? Por algo se ha comparado el movimiento del espíritu con el de un péndulo bien compensado: pero no son muchas las almas que próximas al trance último y luchando en la agonía del tránsito de la muerte, conservan esa maravillosa flexibilidad que en las palabras últimas de Miguel se descubre.

Los cuatro postreros días de su existencia, hasta el veintitrés de Abril, en que murió, debieron de ser angustiosísimos. La disnea y el estertor, propios de los enfermos cardiacos, oprimían aquel anciano pecho. La sed de agua ¡terrible congoja! se trocaba en sed de aire, que los pulmones anhelosos consumían, y en sed de sangre, la cual corría furiosa, desbocada, por las venas, marcando ciento veinte, ciento cuarenta, ciento sesenta pulsaciones por minuto, sin que la fiebre se presentase: los nervios vasomotores se agitaban convulsos, en tensión insoportable. Tras esto vino un estado comático, algo como un sopor silencioso, cortado sola-

mente por el trabajoso ruido pulmonar, semejante al roce de una escoba sobre los ladrillos. Miguel cerró los ojos: no veía, no entendía ya las cosas exteriores, pero aún lo suyo interior, su alma, luchaba, quería balbucir algo, esa última palabra que se nos queda por decir siempre cuando nos despedimos de alguien y que era quizás la única justa y conveniente.

El pobre moribundo estaba sentado en el lecho, apoyado el busto en cuatro ó cinco almohadas y cabezales. Su ancha frente, que fué siempre un espejo para la luz se amortecía, se trocaba mate: su aguileña nariz pálida se encorvaba, prensil, buscando la boca: los marciales bigotes caían desmayados en la suprema dejación de toda lucha. Un último estremecimiento, un *pneuma* ó soplo misterioso que salía por la boca y narices, una inclinación suave, lenta, de la cabeza sobre el pecho, fueron las postrimeras señales. El Ingenioso hidalgo estaba muerto.

Al pie de la cama sollozaban doña Constanza de Figueroa, doña Isabel de Saavedra, doña Catalina de Salazar y rezaba el buen clérigo D. Francisco Martínez Marcilla. Pronto el vecindario curioso corrió la noticia. Mucha gente entró á ver el cadáver. Del mentidero de representantes no dejó de acudir toda la comiquería á ver muerto al escritor alegre y al regocijo de las Musas. El vecino de enfrente, Lope de Vega entró también, miró el cadáver, rezó un rato, marchóse á sus negocios, moviendo pensativo la cabeza.

Luego, vinieron los hermanos terciarios de San Francisco, amortajaron con el hábito de la V. O. T. el cadáver de su hermano en religión, le pusieron en la caja. Como el trayecto del entierro había de ser tan corto, pues pocos pasos hay desde la casa de Cervantes al convento de las Trinitarias, bastó que se arremolinaran la vecindad y los cómicos del mentidero para que la angosta calle pareciese llena. Los hermanos terciarios de San Francisco tomaron en hombros la caja. El cadáver llevaba el rostro descubierto, como las reglas de la V. O. T. previenen.

Detrás de la caja marchaban algunos personajes ricos, grandes de España y títulos del Reino, á quienes agradaba asistir á entierros humildes y demostrar así públicamente su acendrada pie-

dad. En medio de ellos, entre marqueses y condes, tal vez acompañando á su nuevo protector el duque de Sessa, el clérigo Lope de Vega Carpio mostraba sus pulcros hábitos sacerdotales, su cruz de San Juan en el pecho. El entierro en el convento de las Trinitarias fué pobre y nada ceremonioso. Dos modestos poetas de quienes casi nada se sabe, sino que admiraban al muerto, siguieron la fúnebre comitiva: se llamaban Luis Francisco Calderón y D. Francisco de Urbina, éste pariente ó deudo del secretario Juan.

La tierra cubrió el cuerpo del Ingenioso hidalgo. Rojos ladrillos taparon la fosa. No se colocó en ella lápida ni inscripción, ni siquiera un humilde azulejo. No sabemos dónde está lo que del cuerpo de Cervantes queda, si queda algo.

Tampoco sabemos qué se hizo de los manuscritos del *Bernardo*, de *Las semanas del jardín*, de la comedia *El engaño á los ojos* ni de la segunda parte de *La Galatea*.

Un año después de muerto su marido, doña Catalina vendió á Villarroel el privilegio de *Persiles*. El dinero que diese Villarroel á la viuda fué lo primero, lo único, probablemente, que doña Catalina cobró de las literaturas de su marido, por las que nunca sintió amor.

Y al llegar aquí, al biógrafo nada importante le queda por contar. Habien ahora, que materia de sobra tienen para ello, el filósofo y el crítico. El narrador ya sólo puede, parodiando los antiguos colofones de muchos libros, escribir al final de este las sacramentales palabras:

FINITO LIBRO, SIT LAVS ET GLORIA MICHAELI CERVANTIS

FIN

Madrid, Enero, Febrero de 1905.

TROZOS DE MÚSICA POPULAR MENCIONADOS EN EL TEXTO ⁽¹⁾

PÁGINAS 51 Y 282

LA NIÑA. Gañanada manchega.

La ni. ña cuan.do me ve me gui-
 La ni. ña que vi. no de se. vi-
 ña Ga lla. mo, se me vie. ne a la ma-
 lla y tru. jo un de. lan. tal de lu-
 no. Ga co. jo de. ba. jo del em. bo-
 jo y tru. jo un de. lan. tal de lu-
 zo Se di. go ca. ra de sol y lu-
 jo y aho. ra por que se le ha rom. pi-
 na ven. te con mi- go, no se. ras la pri. me-
 do la ni. ña llo. ra por que se le ha rom. pi-
 ra que se ha ve. ni. do
 do la ni. ña llo. ra

(1) La transcripción de estos cantos recogidos por el autor, ha sido hecha por el reputado maestro D. Manuel Manrique de Lara.

PÁGINA 52

JOTA PANADERA DE LA MANCHA

Four. tro pa. na. de. ros en. tran
en tu ca. sa y el u. no lo
cier. ne y el o. tro loa. ma. sa y el o.
tro lo co. je y lo me. te en el
hor. no y el o. tro lo sa. ca y yo
me lo co. mo, mi bien.

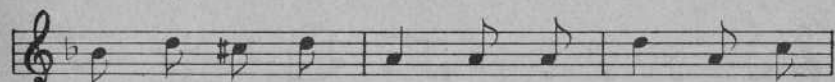
The musical score is written on six staves in a single system. Each staff begins with a treble clef, a key signature of one sharp (F#), and a 3/4 time signature. The melody is written in a simple, rhythmic style characteristic of a jota. The lyrics are written in a handwritten style below the notes, with hyphens indicating syllables that span across multiple notes. The piece concludes with a double bar line at the end of the sixth staff.

PÁGINA 157

LA RAMA DE LAUREL. Tonadilla manchega.



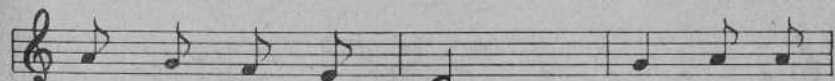
De lau. rel es la ra. ma



de ver. de lau. rel, de lau. rel siem. pre



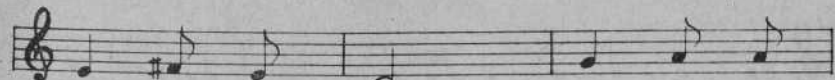
ver. de co. mo mi que. rer, la



ra. ma de lau. rel Pri. sio. ne.



ri. to mia. man. te en Ar. gel ; Je.



sus que do. lar! pri. sio. ne.



ri. to, cau. ti. vos. ta mia. mor.

PÁGINA 171

JOTA ARAGONESA ANTIGUA, DE ABEN-JOT

Si mi ma-dre fue-ra mo-ra. ————— si mi
 ma-dre fue-ra mo-ra y yo
 na-ci-do en Ar-gel ————— me cl-vi-
 da-ra de Ma-ho-ma ————— so-lo
 por vol-ver-te a ver ————— so-lo
 por vol-ver-te a ver ————— blan-ca
 y her-mo-sa pa-lo-ma —————

ERRATAS QUE SE HAN NOTADO

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
11	11	— y dejó ir	— dejó ir
14	18	encantadores	encantados
15	26	cosa	caso
ídem	27	vista	visto
23	16	pulquerrísimos	pulquérrimos
24	15	la grandes	las grandes
28	9	oculta	oculto
ídem	31	gravedad	pravedad
34	37	pescadores	pescaderos
35	5	razonados	sazonados
37	20	de su posición	de suposición
39	31	cielo y suelo y aire hablan y	cielo y suelo, aire y habla
65	32	o en cuya oreja	o en cúa oreja
69	2	en el Sr. D. Felipe	en la corte del Sr. D. Felipe
81	35	espezanzas	esperanzas
95	33	cardenalicia	eclesiástica
98	13	acudían	acudió
101	27	<i>hoc quiden</i>	<i>hoc quidem</i>
106	30	que de fuerza	que de hierro
111	36	la casaca	la coraza
133	15	culto de Pau	culto de Pan
142	32	en el dulce recuerdo	con el dulce recuerdo
145	6	la casa del Rey	la cara del Rey
148	13	en un hogar	en un hogar
150	4 y 5	sabor melancólico	sabor o melancólico
ídem	26	si se habían	sí se habían
173	21	su malos tratos	sus malos tratos
177	27	Azán-bjá	Azán-bajá
191	11	acoge y cierra.	acoge y cierra,
ídem	29	Philippio	Philippo
192	22	su perdida	su pérdida

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
223	18	Jofer-bajá	Jafer-bajá
ídem	19	Fray Gil	Fray Juan Gil
250	19	sala de estrados	sala de Estrado
255	10	Virué	Rey de Artieda
257	12	de peñas	de breñas
258	13 y 14	de que formaba parte lo	que formaban parte de lo
ídem	35	coversación	conversación
260	19	esperarse	esperar
264	22	da pie	da de pie
278	12	YOLVÍ YO	VOLVÍ YO
291	4	se esparció	se espació
293	2	y bienes el alcalde	y bienes, el alcalde
323	26	lanzaba	lanzaban
335	2	algunos viajes	varios viajes
353	20	ver rasgar	oir rasgar
368	6	picas	púas
387	19	mil veces	mil vidas
391	16	junto a	cerca de
392	6	San Bernando	San Bernardo
409	22	Masa	Mata
410	22	como tantos	como en tantos
452	29	tiempo de Toledo	tiempo en Toledo
458	35	cuelliergirda	cuellierguida
461	18	teatrales, fiestas	teatrales fiestas
472	14	probablemente la	probablemente su
474	26	gorgorón	gorgorán
475	20	publicando	preparando
485	4	reunido la	reunido a la
492	20	de Lupercio	de Lupercio,
494	37	<i>como se ha visto.</i>	<i>como se ha visto,</i>
500	9	A últimos de 1610, Miguel	A últimos de 1610, falleció Doña Magdalena. Miguel
509	13	en tan en fil	tan en fil
520	27	<i>de bien hablar</i>	<i>del bien hablar</i>
521	18	su <i>Novelas</i>	sus <i>Novelas</i>
522	9	su hermana	su sobrina
558	35	facilidad	agilidad
561	28	la importaban	le importaban
580	6	sobre él (fines	sobre él, fines
589	23	tran grande	tan grande

INDICE

	<u>Páginas.</u>
ANTEPORTADA.....	I
PORTADA.....	III
DEDICATORIA.....	V
DOS PALABRAS AL LECTOR.....	VII
CAPÍTULO PRIMERO: Patria.—Padres.—Nacimiento.—Bautizo.....	1
CAP. II: El abuelo.....	9
CAP. III: Alcalá de Henares.—Valladolid.—Los primeros héroes....	17
CAP. IV: De Madrid á Sevilla.—El colegio de la Compañía.—El amigo Mateo.....	25
CAP. V: Las Gradass de Sevilla, escuela.—Lope de Rueda, maestro. . .	33
CAP. VI: Las hermanas de Miguel.....	41
CAP. VII: Vuelta á Madrid.—La Mancha.—Getino de Guzmán.—El maestro López de Hoyos.—El duque de Alba.....	49
CAP. VIII: Los italianos en Madrid.—Locadelo.—Murmuraciones cortesanas.—Don Carlos.—Doña Isabel de Valois.—Primeros versos de Cervantes.....	58
CAP. IX: Encuentro con el amigo Mateo.—La canción de la Reina muerta.—Monseñor Julio Aquaviva.—La primera salida del Ingenioso hidalgo.....	67
CAP. X: La vida libre de Italia.—Milán.—Roma.....	76
CAP. XI: El tercio de Moncada.—Venecia.—La alegría de Italia....	84
CAP. XII: El señor Don Juan en Génova.—Los héroes de verdad.—La escuadra en Mesina.....	92
CAP. XIII: La isla de Ulises.—El día de Lepanto.....	100
CAP. XIV: El sabor de la gloria.—Victoria inútil.—Mesina.—El hospital.....	107
CAP. XV: El manco, sano.—Don Lope de Figueroa.—Navarino.—Modón.—El final de un poema.....	117

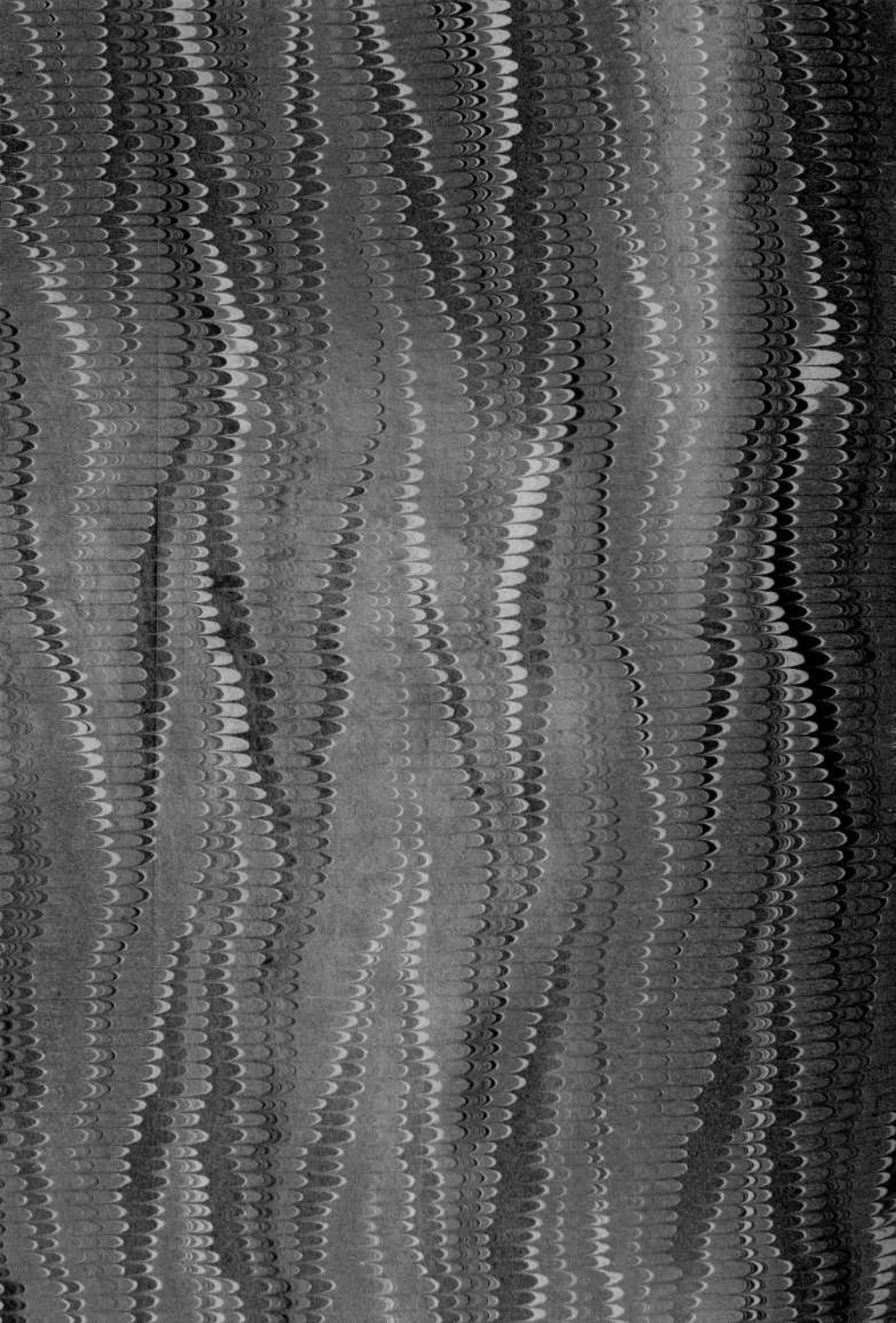
	Páginas.
CAPÍTULO XVI: La gloria y el hambre.—Los Portocarreros.—La jornada de Túnez.—Los encantos de Cerdeña.....	126
CAP. XVII: La espera de Don Juan.—Pérdida de la Goleta.—Campaña inútil.—Vuelta á Nápoles.—Promontorio.....	134
CAP. XVIII: Los héroes desengañados, la corte vencedora.—El duque de Sessa.—Adiós á Nápoles, adiós á la libertad.—Cervantes cautivo.....	144
CAP. XIX: Entrada en Argel.—Primeros intentos de fuga y de rescate.—La viudez de doña Leonor.....	155
CAP. XX: Argel por dentro.—Muley Maluc.—El jardinero Juan.—Miguel, redentor.....	165
CAP. XXI: Rescate de Rodrigo.—Pasión de Miguel.—Predicación, traición de Judas, prendimiento.....	176
CAP. XXII: La calle de la Amargura.—Juicio.—Miguel ante Pilatos. Miguel resucita y escribe una carta.....	184
CAP. XXIII: Miguel escribe otra carta que no llega á su destino.—Se adivina la aparición misteriosa de una mano blanca y de unos ojos negros.—El duque de Sessa se acuerda de un viejo soldado suyo.—De la Merced á la Trinidad.—Los héroes mueren.—“Don Juan no venir.....”.....	195
CAP. XXIV: El baño grande del Rey.—Dos renegados españoles. Cervantes, poeta mariano.—Los apuros de un mercader.—Renace la calma.....	209
CAP. XXV: “El caballero de la Triste Figura.”—Fray Juan Gil.—El drama de Don Jerónimo de Palafox.—El día de la libertad.....	219
CAP. XXVI: Miguel en Valencia y en Madrid.—Las agonías de la corte comienzan.—Los amigos poetas: Gálvez de Montalvo, Juan Rufo.—La conquista de Portugal.—Lisboa.—Comisión á Orán ..	230
CAP. XXVII: El poema del Tajo.—La Galatea.—La expedición á las Terceras.—El amor que pasa.....	241
CAP. XXVIII: Las primeras comedias.—Miguel, precursor de Lope. Miguel, poeta famoso.—Sus amigos.—Miguel busca novia.....	252
CAP. XXIX: Esquivias.—Los Salazar, los Palacios.—Miguel busca y encuentra novia.—Se casa.—Muere Rodrigo de Cervantes.—Miguel saluda á Lope y Lope no le contesta.....	262
CAP. XXX: La farsa de los romances moriscos.—Miguel se harta, tiene otras cosas de qué ocuparse, vuelve al camino.....	274
CAP. XXXI: Intervalo lúcido y momento de prudencia.—Los discretos: Lupercio Leonardo, Alonso de Barros.—Dos amigos: Pedro de Isunza, Don Esteban de Garibay.....	284
CAP. XXXII: Psicología del recaudador de impuestos.—Miguel en Ecija.—“Con la Iglesia hemos tropezado.”—Prosa, prosa, prosa....	294

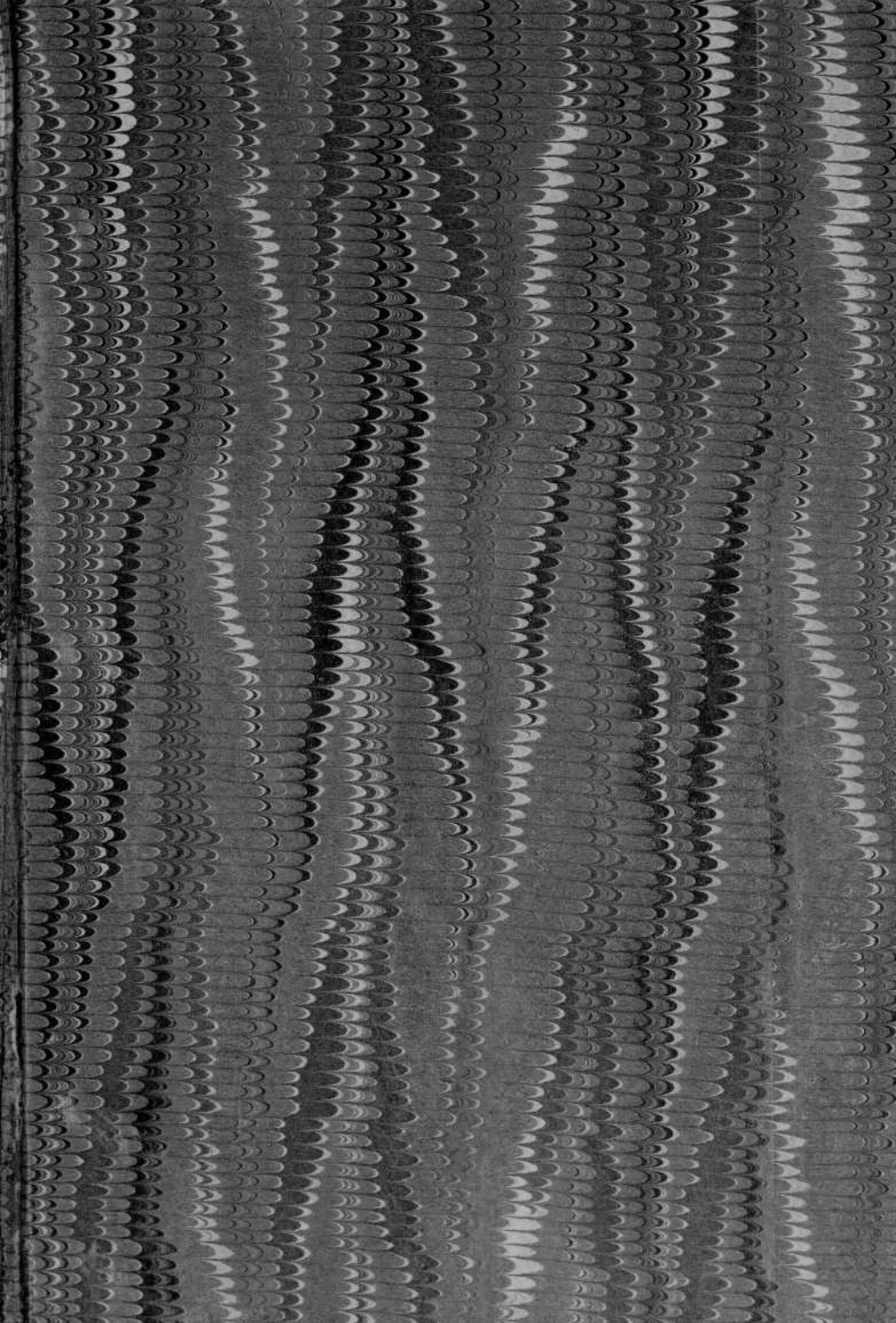
	Páginas.
CAP. XXXIII: La Armada Invencible.....	304
CAP. XXXIV: Los poetas de Sevilla. — El hampa sevillana. — Los rufi- nes dichosos.....	318
CAP. XXXV: Malandanzas y fortunas. — Miguel quiere pasar á las In- dias. — Pedro de Isunza llega. — Un santo, una bruja, un perro....	328
CAP. XXXVI: Siguen las malandanzas. — Miguel se obliga á escribir seis comedias. — Le ponen preso. — Viene á Madrid. — Se queda sin amo.....	339
CAP. XXXVII: Los tres corrales de Sevilla. — La alegría que pasa. — Las fiestas del Corpus. — La Zarabanda. — Muere doña Leonor de Cortinas.....	348
CAP. XXXVIII: El veranillo de Miguel. — Siguen las agonías de la Corte. — Granada.....	359
CAP. XXXIX: Una comisión difícil. — Una desgracia. — Miguel vuelve á la poesía.....	369
CAP. XL: El asalto de Cádiz. — Miguel de Cervantes, voz del pueblo. — ¡A la cárcel!.....	380
CAP. XLI: La cárcel de Sevilla. — Cómo se engendró el <i>Quijote</i> . — Ma- teo Alemán. — “¡Voto á Dios, que me espanta esta grandeza!”.....	390
CAP. XLII: La Academia de Pacheco. — Los libros de caballerías. — Don Quijote crece. — Muere Ana Franca. — ¿ <i>Quae est ista...?</i>	401
CAP. XLIII: Miguel trata de acogerse á sagrado. — Ve “La española in- glesa.” — Lope llega á Sevilla. — Agresión á Miguel. — El otoño de la vida.....	413
CAP. XLIV: Cervantes lee el <i>Quijote</i>	423
CAP. XLV: Cervantes piensa y repiensa en el <i>Quijote</i> . — Mira en torno suyo. — Llega á Valladolid.....	435
CAP. XLVI: Miguel en Esquivias. — Toledo, última escuela de Cer- vantes. — Aparece el <i>Quijote</i> . — Se vislumbra la gloria.....	440
CAP. XLVII: Cervantes en Valladolid. — Toros y cañas. — Ir tirando. — Cómo fué muerto Don Gaspar de Ezpeleta.....	457
CAP. XLVIII: Fin del proceso de Ezpeleta. — La Corte en Madrid. — Miguel, abuelo. — Luis de Molina. — Los sesenta años de Cervantes.	478
CAP. XLIX: Cómo decayó España. — La capilla del Sagrario. — El Ca- ballero del Verde Gabán. — Muere doña Andrea. — Doña Catalina hace testamento.....	479
CAP. L: La protección del conde de Lemos. — La amistad de los Argen- solas. — Doña Magdalena hace testamento.....	490
CAP. LI: Miguel en Esquivias. — Las Novelas ejemplares. — La Acade- mia de Pastrana. — Bodas reales.....	501
CAP. LII: Visita á Alcalá de Henares. — La casa y el camino. — El veci- no Lope. — Cervantes, ingenio de esta corte.....	512

	Páginas.
CAPÍTULO LIII: El Viaje del Parnaso.....	523
CAP. LIV: Las justas de Santa Teresa. — El Quijote de Avellaneda. — Lo que oyó el licenciado Márquez de Torres.....	535
CAP. LV: Las comedias. — El engaño á los ojos.....	546
CAP. LVI: La segunda parte del <i>Quijote</i>	556
CAP. LVII: La segunda parte del <i>Quijote</i> (conclusión).....	567
CAP. LVIII: Los trabajos de <i>Persiles y Sigismunda</i>	579
CAP. LIX: La última enfermedad. — El corazón y el cerebro.....	589
CAP. LX: El último protector. — Como murió Cervantes.....	599
TROZOS DE MÚSICA POPULAR MENCIONADOS EN EL TEXTO.....	609
ERRATAS QUE SE HAN NOTADO.....	613
ÍNDICE.....	615
COLOFÓN.....	619

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN LA IMPRENTA
ALEMANA, Á XXV DÍAS DEL
MES DE ABRIL
DE MCMV
AÑOS
D. M. S.











NAVARRO
MEDESMA



OBERVANTE
SUA VEDRA



3523

